



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

MANUEL PALAFOX EN LA HISTORIOGRAFÍA ZAPATISTA

Tesis para obtener el título de Licenciado en Historia

Presenta: Eric Adrián Nava Jacal

Asesora: Dra. Josefina Mac Gregor Gárate



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mis padres, Rogelio y Carmen,
y a mis hermanos, Jonathan y Alejandro,
con cariño y gratitud.*

Agradecimientos

Quiero agradecer por la lectura y los comentarios realizados sobre este trabajo a la Dra. Georgette José, al Mtro. Salvador Rueda, al Dr. Javier Rico, al Dr. Bernardo Ibarrola y, de manera muy especial, a mi asesora la Dra. Josefina Mac Gregor, por su gran apoyo y no menor paciencia con mis deslices durante mi investigación.

También expreso mi gratitud a mis buenos camaradas Firma, Lolo, Güichol, Nipón, Joshua, Pillo y Gabuve, así como al *resto* de amigos y compañeros que hicieron de mi paso por la Facultad de Filosofía y Letras una experiencia muy grata. De manera particular reconozco el apoyo y la compañía de Adriana Rivas.

Finalmente, no puedo dejar de agradecer las enseñanzas y vivencias que sólo un lugar como la Universidad Nacional Autónoma de México puede otorgar.

Francisco Villa: Yo no necesito puestos públicos porque no los sé “lidiar”. Vamos a ver por dónde están estas gentes. Nomás vamos a encargarles que no den quehacer.

Emiliano Zapata: Por eso yo se los advierto a todos los amigos que mucho cuidado, si no, les cae el machete. *(Risas.)*

Alfredo Serratos: Claro...

Emiliano Zapata: Pues yo creo que no seremos engañados. Nosotros nos hemos estado limitando a estarlos arriando, cuidando, cuidando, por un lado, y por el otro, a seguirlos pastoreando.

Fragmento de la entrevista que sostuvieron los generales Villa y Zapata, realizada en Xochimilco, D. F., el 4 de diciembre de 1914.

ÍNDICE

Introducción	7
I. PALAFOX RECORDADO	18
“Una página negra en la historia del zapatismo”	19
“...ni sabía nadie qué intelectuales rodeaban a Zapata”	20
Los escasos “Hombres de Razón”.	22
“...les quiero para que me compongan a esta gente”	23
“...ya sabía de qué estaba hecho”	27
“Zapata fue el cerebro que pensaba y el brazo ejecutor”	29
“...algunos de los más connotados intelectuales de la Revolución”	31
Entre “demagogos” y “admiradores”	36
“La voz de la intransigencia”	37
De caudillos y hechiceros.	43
Fieles intérpretes	46
Entre profundas aspiraciones y doctrinas colectivistas	47
“...hombre de todas las confianzas del general Zapata”	48
“...la escasa inteligencia del intransigente Palafox”	51
El buen recuerdo de un colaborador	53
II. PALAFOX RESCATADO	59
Nace un paradigma: una revolución para no cambiar	60
El acecho marxista	77
La revolución del proletariado	78
La mirada diplomática	82
Y una nueva generación vino a contradecir	89
Un último esfuerzo marxista	94
El acercamiento biográfico	96

Un trinomio revitalizador	98
Un campo distinto: la cotidianidad zapatista	107
El Cuartel General y sus hombres	112
Un rescate documental	114
Un giro hacia el estudio de la dirigencia	119
Tradición y modernidad en el zapatismo	135
El zapatismo desde dentro	143
<i>Epílogo.</i>	149
<i>Fuentes consultadas</i>	163

Introducción

La historiografía dedicada al estudio del zapatismo ha sido y continúa siendo una de las más fértiles dentro del campo mexicano. Diversos son los enfoques desde los que se le ha abordado a lo largo de casi un siglo (histórico, antropológico, sociológico, literario e incluso, filosófico). Su presencia en debates más allá del nacional es constante en una buena cantidad de libros comparativos sobre revueltas y revoluciones campesinas en el mundo, por consecuencia, su análisis se ha visto enriquecido por aportaciones teórico-metodológicas de relevancia internacional. Se puede calibrar su vigencia, también, con el número de investigaciones que han salido a la luz en la última década, así como con los coloquios y conferencias dedicados a la memoria de Emiliano Zapata y al movimiento que encabezó. En fin, la historiografía zapatista ha resistido varias veces la prueba del tiempo, y contrario a un abandono, se ha beneficiado del interés generado a partir de experiencias históricas recientes -y otras no tanto- que buscan puntos de análisis, respuestas a ciertas dudas, paralelismos o legitimidad histórica en la revolución zapatista (el caso más familiar para nosotros es el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional). De esta manera, los enfoques, métodos y temáticas con los que se ha abordado al zapatismo son abundantes y en diversas ocasiones innovadores.

Una de las temáticas que hoy en día prevalecen (pero que para nada es de reciente interés, como se verá en el presente trabajo) es la relación de Emiliano Zapata, el ejército y las comunidades zapatistas con un grupo de hombres

denominados genéricamente “intelectuales” del zapatismo (también llamados, de forma indistinta, secretarios, consejeros e ideólogos). Estos hombres, procedentes de regiones fuera de Morelos y con formaciones laborales y profesionales diferentes, colaboraron en diversos grados en tareas de propaganda, dirección, organización e ideologización, dentro del movimiento zapatista. Uno de ellos, tal vez el más polémico, y tomado por distintos estudiosos como el más importante durante varios años de la revolución zapatista, fue el general Manuel Palafox.

* * * * *

Nacido en el estado de Puebla, con estudios en ingeniería y encargado de labores administrativas en varias haciendas del centro-sur del país, Manuel Palafox Ibarrola ingresó a las filas del zapatismo pasada la mitad del año de 1911. Su ascenso dentro del movimiento fue rápido. Pronto se posicionó como secretario del Cuartel General del Sur y como hombre de gran confianza para Emiliano Zapata. Sus amplias aptitudes en su desempeño han sido contrastadas con sus polémicas actitudes contra prominentes hombres de otras facciones revolucionarias (villistas y carrancistas) y contra sus propios compañeros. El pleno desconocimiento de la autoridad de Zapata y su desertión del zapatismo en 1918, marcaron el fin de su controvertida carrera en el Ejército Libertador del Sur. En 1920 se le reconoció su grado militar al secundar el Plan de Agua Prieta, lanzado contra el presidente Venustiano Carranza y que a la caída de éste llevaría a Adolfo de la Huerta a ocupar el cargo del ejecutivo de manera provisional. En 1932 se involucraría en la contienda electoral por la gubernatura de su estado natal, y más tarde apoyaría la candidatura de Manuel Ávila Camacho a la presidencia del país

en 1940.¹

No obstante, con todo y la atracción que ha ejercido su polémica figura, el general Palafox no ha ameritado una sola investigación seria. Si bien es cierto que resulta una lamentable desventaja que su archivo personal se encuentre desaparecido, son numerosos los archivos y testimonios disponibles para tratar de indagar sobre su trayectoria, al menos, desde su incorporación al zapatismo hasta sus días como general retirado después del licenciamiento del ejército zapatista en 1920.

El presente trabajo trata de incursionar al estudio de este personaje, aunque por un camino distinto. En un principio, el objetivo que perseguía mi investigación era elaborar una biografía del general Palafox. Sin embargo, cuando comencé la revisión de la bibliografía de tema zapatista observé que el interés por Manuel Palafox, generalmente, partía de la discusión que provocaba, como ya mencioné, el papel del grupo de “intelectuales” que sucesivamente se incorporó a las filas zapatistas. Conforme avanzaron mis lecturas el tema resultaba cada vez más atractivo, no sólo por su polémica intrínseca, sino porque la figura de Palafox aparecía como un elemento explicativo bastante peculiar, como trataré de mostrar en adelante, dentro de dicha discusión. De esta manera, y tomando en cuenta la

¹ *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, vol. V, México: INEHRM, 1992, p. 646; John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad. Francisco González Aramburu, vigésima sexta edición, México: Siglo XXI editores, 2004, pp. 163 y 201-205; Samuel Brunk, “Zapata and the city boys: in search of a piece of the revolution”, en *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, vol. 73, #1, 1993, pp. 43 y 44; Ricardo Pérez Montfort, *Guía del Archivo del general Jenaro Amezcua. 1909-1947*, México: Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1982, sin paginado [pp. 18-19]; y del mismo autor “La Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur (unos zapatistas después de la muerte de Emiliano Zapata)”, en Horacio Crespo, coord., *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Cuernavaca, Morelos: CEHAM/UAEM, 1984, p. 282. Como puede observarse son muy escasos y dispersos los datos biográficos del general Manuel Palafox que poseemos, incluso no hay una referencia precisa del año de su nacimiento -se menciona 1879, 1885, 1886, 1887 y 1895, ni tampoco de su fallecimiento -se sugiere 1959 y 1960.

numerosa y diversa cantidad de testimonios y referencias en las fuentes revisadas, me propuse darle un giro al objetivo inicial de mi investigación.

Lo que me propongo presentar en este trabajo, por una parte, es qué se sabe de Manuel Palafox y de dónde proviene lo que conocemos de él. Intentaré identificar de qué habilidades se valió para despuntar en tan poco tiempo dentro de las filas zapatistas, cuáles fueron sus actividades dentro de la organización zapatista, cuál fue su actuación cuando el movimiento entró en la escena nacional, y finalmente, cuál fue su relación con Zapata, sus compañeros dirigentes y con las bases del movimiento. En otras palabras, centraré mi interés en la trayectoria de Palafox dentro de la revolución zapatista, más que en el aspecto biográfico. (Por supuesto, su formación laboral e intelectual previa y su trayectoria posterior a su desertión, también son elementos de relevancia, pero la presencia de estos datos, como se verá, es escasa en estas fuentes).

Por otra parte, y con Palafox como referente, extiendo mi análisis hacia el papel de los llamados “intelectuales” zapatistas. Trataré de presentar de qué manera se les ha visto a través de los años, por qué se les ha identificado como tales y, por último, qué papel y relevancia se le ha asignado a su participación dentro del zapatismo.

La propuesta anterior obliga a realizar un repaso muy breve, incluso esquemático, de los trabajos que han abordado el papel de los intelectuales en la Revolución Mexicana; esto con el propósito de insertar el estudio de Palafox y el de los “intelectuales” zapatistas en un marco de análisis más amplio, y con ello, tratar de aprovechar un mayor número de elementos explicativos que nos permitan obtener una mejor comprensión de su papel dentro del movimiento

zapatista.

* * * * *

No ha sido fácil evaluar el papel de los intelectuales durante la Revolución Mexicana.² Una de las dificultades (como también es visible en este trabajo), es el propio concepto de intelectual. La mayoría de los autores han asociado el término con el de ideólogo y no tardaron mucho en resaltar su ausencia durante el proceso revolucionario.³ Daniel Cosío Villegas, por ejemplo, asevera que “la aportación del intelectual a su ideología es penosamente limitada en número, calidad y eficacia”.⁴ Esto no impidió, sin embargo, que se buscaran alternativas para analizar la importancia de personajes que no cubrieran la categoría de ideólogo.

El propio Cosío Villegas advierte la presencia de “magos de la palabra” junto a los jefes revolucionarios, que ayudaron en tareas de urgencia inaplazable, como lo fue la redacción de un plan. De esta forma “el ignorante, como Emiliano Zapata, apenas alcanzó un profesor rural primitivo [Otilio Montaña] con el resultado de que la literatura que produjo fue menos trabajada, pero más sentida.”⁵

La misma línea es retomada en años más recientes por otros autores, quienes también identifican en el sentido estricto del término al intelectual con el ideólogo. Alan Knight, por ejemplo, prefiere eliminar la clasificación absoluta de ser

² La mayoría de estudios sobre esta temática centra su atención en personajes más bien “cultos”, como los miembros del Ateneo de Juventud. En este apartado sólo aludiré a aquellos trabajos que analizan a intelectuales del corte de Palafox y de sus colegas zapatistas.

³ Es bien conocida la vieja sentencia de Frank Tannenbaum acerca de que “la Revolución Mexicana fue anónima. Ningún partido organizado estuvo presente en su nacimiento. Ningún gran intelectual prescribió su programa, formuló su doctrina, delineó sus objetivos.” Frank Tannenbaum, *La paz por la revolución* [1938], ed. facsimilar, México: INEHRM, 2003, pp.135 y 136.

⁴ Daniel Cosío Villegas, *El intelectual mexicano y la política* [1966], México: Joaquín Mortiz/Planeta/CNCA, 2002, p. 75.

⁵ *Ibid.*, p. 78.

o no ser intelectual y opta por analizar a partir de niveles o grados de “intelectualidad”. Así, se puede identificar un “estrato alternativo de intelectuales” cuya contribución fue importante en el decenio de 1910-1920.⁶ De igual manera, Friedrich Katz amplía el término y toma en cuenta a hombres con cierta instrucción.⁷

Ahora bien, aunque parece superada la estrechez del término “intelectual”, los intentos de clasificación por parte de los estudiosos resultan ser disímbolos.

Alan Knight no considera dentro de esta categoría a

...los aduladores, oportunistas y charlatanes que se enganchaban a las rebeliones populares triunfantes para ponerse a salvo o en pos del prestigio o favores: ese ejército de ex-estudiantes, maestros, periodistas, abogados y otros que competían por los puestos de escribientes, secretarios y autores de discursos y manifiestos de la revolución.⁸

Knight admite que estos hombres poseían atributos de intelectuales y que cumplieron con la creación, discusión y difusión de ideas, además de darle cierto grado de expresión y publicidad a los movimientos rebeldes; pero lo que pone a discusión es la *profundidad de sus raíces populares*, su “calidad orgánica.” Bajo esta óptica, por ejemplo, asegura que Antonio Díaz Soto y Gama no era la voz auténtica del zapatismo; y que hombres como Manuel Palafox y José Vasconcelos, también tenían algunas características de charlatanismo.⁹ Aunado a esto, Knight arguye que los movimientos populares eran refractarios a la manipulación externa, especialmente al control de intelectuales ambiciosos. Es por ello que hombres como Manuel Palafox “con todo y su importancia revolucionaria”,

⁶ Alan Knight, “Los intelectuales en la Revolución Mexicana”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, año LI, núm. 2, marzo/abril, 1989, pp. 27-31.

⁷ Friedrich Katz, “Los intelectuales de la Revolución Mexicana”, entrevista realizada por Salvador Camacho Sandoval, en *Nexos*, núm. 163, julio de 1991, p. 6.

⁸ Knight, *op. cit.*, p. 42.

⁹ *Idem.*

no se ganaban el afecto de los surianos.¹⁰

En la misma línea, Knight sugiere que el fracaso de estos intelectuales para penetrar en los movimientos y dirigirlos, pudo deberse a la presencia de auténticos intelectuales orgánicos, es decir, de mayor “calidad orgánica”. Este es el caso de los curas, los profesores rurales (como Otilio Montaña, en el caso zapatista), los abogados (con estrecha vinculación con el pueblo) y otros voceros de agravios.¹¹

Friedrich Katz, por su parte, señala las variantes existentes entre intelectuales de acuerdo con las facciones revolucionarias a las que pertenecieron. En el caso del bando carrancista considera que los intelectuales no eran como ellos mismos proclamaban al asumirse sólo como “discípulos”(Luis Cabrera) o “soldados de fila” (Felix Palavicini) de Venustiano Carranza. La activa participación de hombres como Francisco J. Múgica y Heriberto Jara en la discusión del artículo 27 y 123 durante el Congreso Constituyente de 1917, según Katz, muestra un cuadro más real de la importancia de los intelectuales dentro del carrancismo. En

¹⁰ *Ibid.*, p. 43.

¹¹ *Ibid.*, p. 45. La categoría de *intelectual orgánico* fue propuesta por el pensador italiano Antonio Gramsci, quien al referirse al surgimiento de la sociedad capitalista observaba que “los intelectuales ‘orgánicos’ que cada nueva clase crea consigo misma y forma en su desarrollo progresivo, son en general ‘especializaciones’ de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social que la nueva clase ha dado a luz.” Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: los intelectuales y la organización de la cultura*, 2ª ed., México: Juan Pablos, 1997, p.12. Un ejemplo de este proceso es la creación del líder sindical dentro de la clase obrera. Gramsci, sin embargo, afirmaba que la “masa de campesinos” no era capaz de generar sus propios intelectuales “orgánicos”, ni podía “asimilar” a otro tipo de intelectuales “tradicionales”. *Idem*. Cabe señalar que otra propuesta de gran influencia sobre la temática de los intelectuales la brindó el sociólogo alemán Max Weber, quien situaba la importancia del papel del *científico* (preferentemente del científico social, que puede entenderse como intelectual) dentro de la academia, con un énfasis en el compromiso ético y social que implicaba la enseñanza y el aprendizaje; actitud que se contraponía al comportamiento del *político*, quien al tener como motivación principal la aspiración al poder suele ser propenso a faltar a sus convicciones y ya no sólo vivir para la política, sino vivir de ella. Max Weber, *El político y el científico*, trad. Martha Johanssen Rojas, 6ª ed, México: Colofón, 2004, 121 p. Un resumen útil acerca de los diversos significados, orígenes y usos durante distintas etapas históricas del término intelectual, puede encontrarse en el *Diccionario de política*, bajo la dirección de Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, trad. de Raúl Crisafio... [et al.], t. II, México: Siglo XXI editores, 1982, pp. 854-860.

cuanto al zapatismo, señala que ahí “en gran parte las ideas básicas del Plan de Ayala provenían de Zapata, aunque eran ideas muy amigas en el campesinado”, por lo que sus intelectuales jugaban un papel menos trascendental en la dirección ideológica o política del movimiento.¹²

Al ampliar el concepto de “intelectual”, Katz toma en cuenta a hombres con funciones administrativas, a propagandistas y difusores, mediadores y, finalmente, a ideólogos o intelectuales formuladores de planes (como en el ya citado ejemplo del grupo carrancista).¹³ Y fue en estas funciones en donde destacarían los intelectuales incorporados al zapatismo.

François Xavier Guerra llega a conclusiones semejantes a las citadas para el caso zapatista, aunque por una vía distinta. Para este historiador, en un movimiento de “actores sociales de tipo antiguo” como el zapatismo, quienes hacen la política moderna son precisamente los secretarios, los intelectuales llegados de la ciudad; puesto que los “actores sociales” necesariamente están fuera de la política. Un pueblo -nos dice- está en contradicción con la lógica de la política moderna, que tiene una óptica individualista.¹⁴ Por tal razón, Guerra indica que si bien se les confiere la “política” a los intelectuales, nunca dejó de existir una gran reserva hacia ellos, y que “de hecho, no son los secretarios los que estructuran y conducen el movimiento zapatista.”¹⁵ De manera que esta “tenue articulación” con la política moderna (pueblos/intelectuales), no pudo superar el

¹² Katz, *op. cit.*, pp. 5 y 6.

¹³ *Ibid.*, pp. 6 y 7.

¹⁴ François Xavier Guerra, “Teoría y método en el análisis de la Revolución mexicana”, entrevista realizada por Carlos Martínez Assad y Carlos Antonio Aguirre Rojas, en *Revista Mexicana de Sociología*, México: Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM, año LI, núm. 2, marzo/abril, 1989, p.21.

¹⁵ *Idem.*

comportamiento de un movimiento de “actores sociales de tipo antiguo”. En ese sentido, concluye Guerra, los zapatistas formaban un movimiento que por definición no llegaría al poder.¹⁶

A pesar de los matices de cada una de las anteriores propuestas, podemos atrevernos a señalar los rasgos básicos que identifican a los intelectuales dentro de la Revolución Mexicana. Tenemos que se consideran como intelectuales a aquellos personajes con cierta instrucción -ya sea técnica o académica- incorporados en actividades de diversas índoles dentro de las distintas facciones revolucionarias, que van desde labores en la esfera política hasta tareas de amanuense. Se sugiere, asimismo, la existencia de intelectuales locales (“orgánicos”) y civiles (“urbanos”) durante el proceso revolucionario, pero de inmediato se desecha cualquier probabilidad de dirección o manipulación por parte de estos últimos sobre los movimientos revolucionarios, acentuándose esta imposibilidad en lo referente a movimientos más ligados al campo, como el zapatista. De este modo, los intelectuales, sobre todo civiles, sólo llegaron hasta donde el jefe revolucionario y sus bases sociales les permitieron.

En adelante veremos en qué medida estos planteamientos generales han sido aprovechados por los estudiosos del zapatismo para la cuestión de los intelectuales. Observaremos la manera en que se reafirman, matizan, contradicen, o en su defecto, se ignoran las sugerencias aquí expuestas.

* * * * *

En cuanto al aspecto formal, el trabajo se divide en dos partes. La primera de ellas abarca obras escritas en un periodo que va desde 1918 hasta 1967. Elegí

¹⁶ *Ibid.*, pp. 21 y 22.

presentarlas con un orden cronológico que permitiera al lector notar el cambio ocurrido en los intereses sobre el zapatismo con el paso de los años. Se notará, por ejemplo, que si bien Zapata es el tema central en la mayoría de los trabajos, poco a poco los autores incluyen otros elementos que permiten explicar el movimiento de forma más general (la relación de Zapata con sus intelectuales es uno de ellos). Además, casi todos los autores de esta etapa escriben sólo una obra acerca de Zapata o el zapatismo, por lo que sus tesis no se ven modificadas o complementadas como en el caso de los autores posteriores.

Esta sección lleva por título *Palafox recordado*,¹⁷ pues la mayoría de autores aluden a Manuel Palafox más por el recuerdo y la memoria que por la documentación o el análisis serio de su papel dentro del zapatismo. Hombres como Otilio Montaña, Atenor Sala, Gildardo Magaña, Octavio Paz Solórzano, Antonio Díaz Soto y Gama y Marte R. Gómez conocieron a nuestro personaje o tuvieron contacto estrecho con él, y es de esta relación personal de donde surge su testimonio. En buena medida esto se refleja en la poca atención que guardan entre sí estos escritores, pues si bien pueden encontrarse referencias cruzadas, casi todos parten de cero para elaborar su propia versión de los hechos.

La segunda parte, titulada *Palafox rescatado*, abarca obras que van desde 1969 hasta los años recientes. La obra *Zapata y la revolución mexicana* de John Womack Jr., aparecida en aquel año, y considerada como uno de los mayores referentes dentro de la historiografía zapatista, es el punto de arranque para

¹⁷ La elección de los títulos se favoreció de la propuesta de Álvaro Matute en su ensayo “La revolución recordada, inventada y rescatada”, quien a su vez retoma estas categorías de la obra del historiador Bernard Lewis, *La historia, recordada, rescatada e inventada*. Matute altera el orden de las categorías para caracterizar la historiografía de la Revolución Mexicana, pero mantiene el sentido que les asigna Lewis. Álvaro Matute, *La revolución mexicana: actores, escenarios y acciones*, México: Océano/INEHRM, 1993, pp. 17-22.

nuestra revisión.

En esta etapa el orden cronológico se ve alterado debido a la gran variedad de autores y a la cantidad de sus trabajos con distintos años de publicación. Me pareció más conveniente agrupar las obras de cada uno para su análisis, con el fin de obtener una mejor comprensión de sus tesis en conjunto. En esta ocasión, se observará que las investigaciones se valen más las unas de las otras que en la etapa anterior, por lo que podemos hablar de un diálogo entre sus autores, así como la ampliación de temáticas y de recursos teóricos y metodológicos.

Por último, presentaré las consideraciones finales obtenidas al término de este trabajo.

I. PALAFOX RECORDADO¹

Desde su irrupción en el año de 1911, el movimiento zapatista provocó una enorme reacción en la esfera política y en la opinión pública, principalmente, de la capital del país. La mayoría de las plumas se ocuparon en la difamación y vituperio de los insurrectos. Otros se preocuparon por entender, a su manera, las causas que los llevaron a la rebelión. Hubo también quienes al paso de los años, conforme el zapatismo alcanzaba mayor presencia nacional, simpatizaron con el movimiento y surgieron como verdaderos apologistas. Así, la figura del líder de esa revolución, Emiliano Zapata, se balanceó entre el “bandido” y el “reivindicador” durante varias décadas.²

Las obras que a continuación se analizarán deben verse, en gran medida, como el resultado de esa disputa por la legitimidad y autenticidad del movimiento zapatista. La presencia dentro de sus filas de algunos hombres llamados fuereños, políticos de la ciudad, catrines o intelectuales, será una de las cuestiones que mayor relevancia adquirirá dentro de ese debate.

“Una página negra en la historia del zapatismo”

¹ Debido a que buena parte de los autores incluidos en este capítulo pueden resultar poco conocidos para el lector, insertaré -en la medida de lo posible- algunos datos biográficos acerca de los mismos.

² Para un acercamiento a la historiografía zapatista de esta primera parte del trabajo, puede consultarse el estudio de María Eugenia Arias Gómez, *El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)*, México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1979, 345 p (Tesis de Licenciatura en Historia). Este trabajo fue publicado con algunas modificaciones como “Algunos cuadros históricos sobre Emiliano Zapata y el Zapatismo. (1911-1940)”, en Martha Rodríguez García, *et al.*, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*, México: INAH, 1980, pp. 181-280.

Una de las referencias más tempranas con respecto a la participación de Manuel Palafox dentro del movimiento zapatista fue hecha por el profesor Otilio Montaño. Dicha referencia destaca por dos cuestiones: por quien lo dice y por lo que de Palafox se dice. Otilio Montaño, considerado -junto con Emiliano Zapata- como el autor del Plan de Ayala y uno de los hombres más importantes del zapatismo durante su etapa inicial,³ fue acusado de tratar de negociar la rendición del movimiento en tiempos de la presidencia de Huerta y posteriormente con el bando carrancista. Tales acciones generaron la desconfianza de Emiliano Zapata y la de su nuevo secretario, Manuel Palafox, entre otros personajes.

La situación llegó a su extremo cuando se le acusó de ser el autor intelectual de una rebelión contra la dirigencia zapatista en Buenavista de Cuéllar, en el estado de Guerrero. A pesar de que Zapata trató de evitar su enjuiciamiento, éste se llevó a cabo y Montaño fue condenado a la pena de muerte en mayo de 1917. Montaño, al ser informado del veredicto, pidió colaboración para elaborar su *Testamento político*, en el cual protestó contra la sentencia hecha por sus “enemigos políticos”, quienes lo condenaron -según él mismo- con el fin de satisfacer “venganzas mezquinas y ambiciones miserables”. Acusó al Consejo de Guerra por no aceptar pruebas para su defensa y no comprobar uno solo de los delitos imputados; en especial inculpó al general Manuel Palafox, presidente del consejo, quien había sido su “enemigo político y personal desde tiempo atrás”, y al

³ Andrés Molina Enríquez, por ejemplo, lo consideró “el verdadero sociólogo del zapatismo”.

licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, también integrante del consejo, quien procuró deshacerse de él por “rencillas políticas de camarilla”.⁴

Más allá de la intervención de Palafox, el testimonio nos revela, por el momento, una disputa entre importantes miembros de la dirigencia zapatista. El proceso adquirirá mayor significación en años venideros, cuando se trate de explicar, por ejemplo, las causas de la derrota del zapatismo. En este sentido, también aumentará la relevancia de la participación de Palafox en esta “página negra en la historia del zapatismo” (según la expresión de Juan Pérez Salazar). Por tal motivo, decidimos incluir el relato de este suceso, ya que a partir de él aparecerán varios de los primeros juicios (y prejuicios) sobre nuestro personaje.

“...ni sabía nadie qué intelectuales rodeaban a Zapata”

Uno de los primeros personajes radicados en la capital del país que mostró interés por el movimiento sureño fue Atenor Sala.⁵ Este hacendado tabasqueño, con el afán de colocar en el debate nacional sus propuestas -conocidas como el “Sistema Sala”- sobre una reforma agraria, inició un intercambio de cartas con Emiliano Zapata en 1914. Su objetivo rindió pocos frutos. Cuatro años más tarde, como testimonio de su gran interés por el aspecto agrario de la revolución, publicó en un

⁴ Juan Salazar Pérez, *General Otilio Montaña. Biografía*, Cuernavaca, Morelos: Cuadernos Morelenses, 1982, 57 p. Originalmente el documento fue publicado en el periódico *Excelsior* el 21 de enero de 1919.

⁵ Atenor Sala Suárez (1870-1936 ¿38?): Nació en Tabasco en el seno de una familia acaudalada. Mantuvo un interés constante por la cuestión agraria durante la etapa armada de la Revolución Mexicana. Entre sus principales publicaciones se encuentran *El problema agrario en la república mexicana* (1913) y *Emiliano Zapata y el problema agrario en la República Mexicana* (1919). *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, vol. VI, México: INEHRM, 1992, p. 773.

cuadernillo la correspondencia que sostuvo con Zapata y con otro destinatario, Manuel Palafox.

En el prólogo de su *Emiliano Zapata y el problema agrario en la República Mexicana*, Atenor Sala menciona (lo que parece una temprana muestra de la idea de que los campesinos por sí mismos eran incapaces de hacer una revolución) que él no sabía “ni sabía nadie qué intelectuales rodeaban a Zapata”⁶ y que investigarlo era para él de la mayor importancia, por lo que envió a un comisionado para indagar sobre la situación de la zona zapatista, y sobre Zapata y sus hombres. El comisionado encontró que “entre los luchadores había *intelectuales que trabajaban por miras o influencias disímboles y hasta divergentes.*”⁷ Es de suponerse que al saber quiénes asesoraban a Zapata, el tabasqueño podía calcular cómo plantear y dirigir sus propuestas, o bien, establecer directamente contacto con alguno de ellos, como fue el caso de Manuel Palafox.

No es mi propósito exponer el contenido de la correspondencia, pues rebasa el carácter de este trabajo. Sin embargo, por ser significativo para nuestro análisis, es válido citar que en la primera carta que Sala dirige a Palafox manifiesta que lo considera “un hombre instruido y de arraigadas convicciones, relativas a la imperiosa necesidad de que en nuestra patria se solucione el problema agrario.”⁸ Con esto podemos observar un par de líneas conductoras del presente trabajo: el

⁶ Atenor Sala, *Emiliano Zapata y el problema agrario en la República Mexicana. El sistema Sala y el Plan de Ayala. Correspondencia sostenida con el jefe suriano y su secretario Manuel Palafox*, México: Imprenta Franco-Mexicana, 1919, p. 6.

⁷ *Idem.* Las cursivas son mías.

⁸ *Ibid.*, p. 26.

interés que causaba saber quiénes eran los intelectuales del zapatismo y el reconocimiento de Palafox como un elemento prominente dentro su dirigencia.

Al final del cuadernillo se incluye un epílogo firmado en mayo de 1919 por M. Romero Ibáñez, amigo y partidario de Atenor Sala. Después de explicar los méritos del “Sistema Sala”, emprende una severa crítica contra el proyecto agrario de Zapata. Obviamente, la muerte del líder sureño un mes antes, significó para Romero Ibáñez, como para muchos otros, el fin del movimiento que encabezó. Más aún, para él

Zapata era un cadáver político desde mucho tiempo antes de que su trágica vida terminara en Chinameca. *La fe irrazonada que puso en una ley absurda*, a trozos ingenua, y a trozos pueril, *que consejeros torpes o pérfidos le hicieron adoptar como la realización perfecta del ideal agrario del Plan de Ayala*, eso fue lo que le cegó e impidió conocer la verdad que intentó demostrarle en sus cartas el autor del Sistema Sala...⁹

Si dejamos de lado la evidente parcialidad de Romero Ibáñez, resulta significativo encontrar como culpables del fracaso zapatista a esos mismo intelectuales que Atenor Sala tanto quería conocer, opinión que será uno de los diagnósticos con mayor presencia en la historiografía zapatista.

Los escasos “Hombres de Razón”

En 1927 aparece el primer libro cuyo interés central es Emiliano Zapata, nos referimos a *Emiliano Zapata. Exaltación*, de Germán List Arzubide.¹⁰ Aunque son

⁹ *Ibid.*, p. 87. Las cursivas son mías.

¹⁰ Germán List Arzubide (1898-1998). Nació en el estado de Puebla y falleció en el Distrito Federal. Realizó estudios en Derecho. En 1923 militó en las filas del carrancismo como parte del batallón obrero “Paz y Trabajo”. Fue uno de los firmantes del *Manifiesto No. 2* del movimiento estridentista (1923). Perteneció a diversas ligas antiimperialistas. Como periodista colaboró en la revista *Ruta* (1938-1939) y *Tiempo* (1941-1953), y en el periódico *Excelsior*. Entre sus obras destacan: *El movimiento estridentista* (1926), *Emiliano Zapata. Exaltación* (1927) y *Ramón López Velarde y la*

escasos los datos proporcionados sobre el movimiento zapatista, y la posición estridentista e idealista del autor tampoco es de mucha ayuda,¹¹ llama la atención que List Arzubide admita que

...nadie estuvo con él [Zapata] fuera de sus indios; escasos elementos, *tan escasos* que se pueden contar por unidades, de entre los que llamaríamos presuntuosamente *Hombres de razón*, que se le adhirieron y que son quienes pueden ahora aquilatar lo que el gran sacrificado valía...¹²

Tomando en cuenta la tendencia literaria de List Arzubide, no resulta difícil inferir que con la expresión “hombres de razón”, el autor se refiere a los intelectuales -o bien, gente educada- del movimiento. Ahora bien, debemos destacar que la parca mención de estos elementos es diametralmente opuesta a la exaltación -constante en su relato- de un movimiento genuino del pueblo y de su líder. Estridente e idealista, no obstante, esta posición resurgirá en diferentes momentos de la historiografía zapatista, aunque con argumentos distintos y, en algunas ocasiones, más sólidos.

“...les quiero para que me compongan a esta gente”

revolución mexicana (1963). Humberto Musacchio, *Milenios de México*, t. I, México: Hoja Casa Editorial, 1999, p. 1008.

¹¹ El *estridentismo* fue un movimiento literario que se presentó en México de 1921 a 1928, cuya “aspiración innovadora” era “fundir la vanguardia poética con la ideología radical”. Junto con el *agorismo*, una tendencia literaria aún más radical, fue movido “por el impulso latinoamericano de justicia social, sin mayor programa ideológico” y correspondió a la “efusión demagógica del momento”, es decir, al de la institucionalización revolucionaria. Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en *Historia general de México*, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos, versión 2000, México: El Colegio de México, 2000, pp. 1003-1005. Una escena que puede ejemplificar esta visión es la conocida anécdota de la promesa que Zapata hizo a su padre, desde muy pequeño, de recuperar las tierras que les arrebataban los hacendados. List Arzubide es el primer autor que la relata.

¹² Germán List Arzubide, *Emiliano Zapata. Exaltación* [1927], México: ¡Uníos!, 1998, p. 32.

La tragedia zapatista de Alfonso Taracena¹³ fue publicada en 1931. Este es un bosquejo cronológico del movimiento zapatista que va desde 1911 hasta 1919. Taracena recurre a algunos archivos, periódicos y testimonios recogidos en el estado de Morelos.

Varios son los sucesos relatados que merecen atención. Uno de ellos es que en abril de 1911 en Jaltetelco, Morelos, Zapata comentó a Otilio Montaña (a quien Taracena observa como un hombre de avanzadas ideas y dueño absoluto en ese entonces de la voluntad de Zapata) la necesidad que tenía de intelectuales: “Les quiero –le dice- para que me compongan a esta gente, que una vez que empieza el combate no hay Dios que los detenga.”¹⁴ Si tomamos como válidas estas palabras –como lo hacen varios autores, incluso en años recientes-, podemos sugerir que fue la necesidad de organización del movimiento la que hizo a Zapata pensar en intelectuales. Qué tipo de intelectuales o a qué se refiere exactamente con intelectuales, aún no lo sabemos.

Otro aspecto que aborda la obra son las traiciones y deserciones de algunos de los principales líderes zapatistas, como las de los generales Jesús “Tuerto” Morales, Francisco Pacheco y Lorenzo Vázquez. Pero lugar especial ocupa en su descripción la presunta traición de Otilio Montaña. Taracena incluye un relato en el que Zapata comenta a Antonio Díaz Soto y Gama que Montaña le había sugerido dejar las armas y concertar tratos con los carrancistas. Asimismo, incluye parte de la defensa hecha por Montaña y afirma que fue fusilado sin un

¹³ Alfonso Taracena (1899-¿?): Nació en Cunduacán, Tabasco. Periodista y escritor. Fue miembro del Partido Vasconcelista. Autor de obras como *En el vértigo de la revolución*, *La tragedia zapatista*, *La verdadera revolución mexicana* y *La historia de la revolución en Tabasco*, entre otras. *Diccionario... op. cit.*, vol. VI, pp. 779 y 780.

¹⁴ Alfonso Taracena, *La tragedia zapatista*, México: Bolívar, 1931, p. 12.

solo cargo comprobado. Al parecer, las intrigas de sus victimarios (Palafox y Díaz Soto y Gama), principal alegato de Montañón en su defensa, se respiraban aún en el ambiente.¹⁵

En cuanto a nuestro personaje, nos es referido que el 13 de marzo de 1915, en pleno gobierno convencionista, una de las primeras providencias de Roque González Garza como presidente designado por la Convención, fue el nombramiento de autoridades para el Distrito Federal, pero de inmediato se encontró con que el Cuartel General del Sur, a sugestión de Palafox, ya tenía un hombre para ese puesto. Días más tarde, con el fin de llegar a un acuerdo, González Garza envió al jefe de su Estado Mayor, José María Caraveo, para encontrarse con Zapata en Texcoco, “pero allí el jefe suriano recibió un telegrama de Palafox en el que decía que no se dejará sorprender de los políticos y que hiciera respetar los actos del Cuartel General del Sur, apegados al Plan de Ayala.”¹⁶ Zapata, “excitado por el licor” -continúa el autor-, hizo ordenar a Amador Salazar, general zapatista, comandante de la Plaza de la Ciudad de México, que vigilara “a esos tales políticos, sentados muy tranquilos mientras otros se andan sacrificando en el campo frente al enemigo, y que, si había de fusilar a algunos, que empezara con el Lic. Antonio Díaz Soto y Gama, con Montañón y que siguiera con los demás.”¹⁷

¹⁵ *Ibid.*, pp. 75 y 76.

¹⁶ *Ibid.*, p. 52.

¹⁷ *Ibid.*, p. 53. En una serie de aclaraciones que aparecen al final de su libro, Taracena menciona que el relato del encuentro le fue proporcionado por el propio González Garza, pero acepta que no concuerda con la que también le refirió el zapatista Serafín Robles. Parece claro que si la versión de González Garza es la que aparece en el texto, es porque la considera de mayor veracidad o más acorde con sus intereses. Lo que de plano olvidó fue remitirnos a algún documento específico en el cual encontrar las sugerencias de Palafox a Zapata y las de éste a Amador Salazar, sin lugar a dudas polémicas si las tomamos como ciertas.

Pese a esto, después de una entrevista en la que González Garza reprochó a Zapata varias de sus faltas, se llegaron a acuerdos para el nombramiento de las autoridades.

Para nuestro interés, el evento más atractivo del que se nos da cuenta en *La tragedia zapatista*, es el relativo a la desertión de Manuel Palafox del movimiento zapatista. El 5 de noviembre de 1918 -relata Taracena- aparecieron unas instrucciones firmadas por Palafox para que los jefes surianos desconocieran a Emiliano Zapata y se constituyera un nuevo ejército bajo las órdenes del general Everardo González. También los conminaba a exigir responsabilidades por manejo de fondos a Zapata y a Gildardo Magaña. Posteriormente apareció un manifiesto fechado en el Cuartel General de Santo Domingo, Morelos, y firmado por el mismo Palafox, en el que se acusaba a Zapata de inactividad, acumulación de bienes, negar ayuda a subalternos, restar buenos elementos a la causa –como Amador Salazar y Otilio Montaña- y le recriminaba haber adoptado una política netamente reaccionaria (como lo probaba un manifiesto emitido el 20 de abril de 1918).¹⁸

Comenta Taracena que Palafox intentó huir hacia Guatemala, pero que fue detenido y remitido al Cuartel General. Zapata lo destituyó y lo obligó a vegetar en un poblacho. Como bien lo advirtió el general Gildardo Magaña, Palafox escapó junto a Everardo González y le insinuó a éste que él podría ser el jefe de la revolución. Después de esto, Palafox formuló un nuevo Plan de Ayala y escribió

¹⁸ *Ibid.*, p. 81. El propio Taracena menciona que muchos calificaron ese manifiesto como un “suicidio político” de Zapata, puesto que en él se conjugaban las demandas del Plan de Ayala y la reorganización financiera acorde con las leyes emanadas de la Constitución de 1857. *Ibid.*, p. 78.

las referidas instrucciones y el manifiesto anterior que, en rigor, abundan en cargos injustos,¹⁹ concluye Taracena.

Nos encontramos ahora con el primer autor que aborda la defección de Palafox del movimiento zapatista. Dentro del acto, saltan a la vista las fuertes acusaciones hechas contra Zapata. Podemos advertir que esta dureza, más que la deserción misma, traería serias repercusiones en la imagen que se construiría de Manuel Palafox en aquellos años (sobre todo en escritores pro-zapatistas). Tampoco debemos descuidar que el otro blanco de sus críticas es Gildardo Magaña, nada menos que el sucesor en la dirigencia del zapatismo una vez muerto Zapata, y considerado también como un intelectual del movimiento. De nuevo hallamos a nuestro personaje ante una disputa en (y por) la dirigencia del zapatismo (como lo fue con Otilio Montaño), sin que se haga mención de algunas de sus actividades dentro del movimiento.

“...ya sabía de qué estaba hecho”

Emiliano Zapata. Biografía de Baltasar Dromundo,²⁰ escrita en 1934, fue otro de los primeros intentos por indagar sobre la vida del dirigente sureño. La exaltación y admiración del autor por el revolucionario es evidente en sus objetivos, ya que es una de las diversas obras que pretendía destruir la imagen del “Atila del Sur”, que había circulado y aún prevalecía en torno a Zapata y sus hombres, para así

¹⁹ *Idem.*

²⁰ Baltasar Dromundo Chorné (1906-1987): Nació en Parral, Chihuahua, y murió en la ciudad de México. Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional. Participó en la lucha por la autonomía de dicha institución en 1929. Fue profesor de diversas materias en enseñanza media y superior. Fue secretario particular del gobernador de Durango (1936-1940), diputado por el Partido Revolucionario Institucional (1954-1957) y funcionario del Departamento del Distrito Federal. Autor de *Poemas y romances* (1932), *Emiliano Zapata. Biografía* (1934) y *Vida de Simón Bolívar* (1935). Musacchio, *Milenios... op. cit.*, t. I, p. 823.

reivindicarlo como “el apóstol de los indígenas”. Dromundo incluye entre sus fuentes a libros que lo preceden –Bulnes, List, Taracena, Tannenbaum-, varios números de *El Diario del Hogar* y algunos testimonios. Sin embargo, fue muy dependiente de la memoria de Juan Andrew Almazán –como señala Womack- por lo que el general zapatista aparece prácticamente como coprotagonista en la obra.

Dromundo pretendía desmentir a “escritorzuelos de alquiler” que deformaban la historia. Como muestra arremete contra la versión del “maderista” Taracena sobre el suceso entre González Garza y Zapata, aunque sin prueba que lo refute.

Sobre el fusilamiento de Montaña, el autor alude al anterior comportamiento del profesor, cuando en la ciudad de México, junto con el ‘Tuerto’ Morales, pretendía la sumisión de Zapata al general Huerta. Sin entrar en mayor detalle, Dromundo hace un comentario sobre la defensa que hizo Montaña en su juicio. Asevera, no obstante las irregularidades en el proceso, que la traición se comprobó, según varios testigos.²¹

Con respecto a nuestro personaje, comenta que el 5 de noviembre de 1918 aparecieron una “ridículas instrucciones” de Manuel Palafox en donde se hacen “cargos injustos” contra Zapata. Describe, siguiendo a Taracena, el comportamiento previo de Palafox y su intento de huir del territorio zapatista, por lo que Zapata -según el autor- no le concedió mayor importancia a su desertión, pues ya sabía cómo actuaba Palafox.²²

De esta manera, se sostenía la misma imagen de nuestro personaje.

²¹ Baltasar Dromundo, *Emiliano Zapata. Biografía*, México: Imprenta Mundial, 1934, p. 85.

²² *Ibid.*, pp. 171 y 172.

“Zapata fue el cerebro que pensaba y el brazo ejecutor”

Emiliano Zapata y el Agrarismo en México (1934-1951) es la primera obra documentada de manera amplia acerca del movimiento zapatista.²³ Los primeros dos tomos de los cinco que consta, fueron publicados entre 1934 y 1937, por Gildardo Magaña, el sucesor de Zapata en la dirigencia del Ejército Revolucionario del Sur.²⁴

Se debe subrayar, de nuevo, que Magaña ha sido considerado como uno de los más prominentes intelectuales zapatistas, por lo que al formar parte del grupo dirigente mantuvo un estrecho contacto con Manuel Palafox. Tampoco se debe olvidar que Magaña fue el segundo blanco de las acusaciones de Palafox cuando éste desertó. De manera que la lectura de su obra posee un buen incentivo.

El autor seleccionó y ordenó de manera cronológica una gran cantidad de documentos -muchos de ellos inéditos en su momento-, testimonios y relatos que

²³ Los cinco tomos completos que conforman la obra fueron editados hasta 1951. Los dos primeros, a cargo de Gildardo Magaña, salieron a la luz entre 1934 y 1937; el tercero en 1946, y el cuarto y quinto en 1951; estos tres gracias a la colaboración de Carlos Pérez Guerrero. Debido a la amplia brecha temporal entre el primer y el último tomo, y al cambio de autores, en este apartado analizaré sólo los dos primeros correspondientes a la autoría de Magaña, mientras los restantes se presentarán en el orden cronológico que se ha mantenido.

²⁴ Gildardo Magaña Cerda (1891-1939): Nació en Zamora, Michoacán, y murió en el Distrito Federal. Realizó una carrera comercial en los Estados Unidos. En 1907 se unió a grupos antiporfiristas en la ciudad de México y dos años después se afilió al Partido Antireeleccionista. Participó en el complot de Tacubaya de 1911, pero a causa de la frustración del mismo huyó hacia los Estados Unidos, en donde se afiliaría al maderismo. A mediados de ese año se adhirió al zapatismo. Un año después, en 1912, fue aprehendido y recluido en la penitenciaría de la ciudad de México, lugar en donde conocería a Francisco Villa y momento desde el cual fungiría como mediador entre éste y Zapata. Fue gobernador del Distrito Federal y secretario de gobierno durante el gobierno de la Convención. A la muerte de Zapata, en 1919, fue nombrado jefe del Ejército Libertador del Sur. Como tal secundó el Plan de Agua Prieta en 1920. Participó en la organización de la Confederación Nacional Agraria en 1923 y fue gobernador de su estado natal (1936-1939). *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, vol. IV, México: INEHRM, 1991, p. 230.

dan cuenta de la historia del movimiento suriano, desde sus primeras manifestaciones hasta la caída del gobierno de Madero. En contraparte, son muy pocas sus intervenciones en la narración y descripción de los sucesos presentados. Es posible que Magaña haya considerado de mayor relevancia el conocimiento de los documentos que sus propias interpretaciones.

Entre los pocos comentarios del autor destacan los motivos por los cuales publicó su obra. Uno de ellos fue desmentir a aquellas personas que consideraban que “alguno o algunos de los intelectuales que sucesivamente colaboraron con Zapata –y los hubo sinceros y de valía- fueron el cerebro del movimiento suriano. Nada más inexacto. *Zapata fue el cerebro que pensaba y el brazo ejecutor.*”²⁵ Añade que Otilio Montaña fue por bastante tiempo el único intelectual que colaboró con el zapatismo, pues en ninguna otra facción revolucionaria se dio tan marcadamente el tradicional distanciamiento entre los intelectuales y las masas populares.²⁶

Después de estas indicaciones, Magaña no vuelve a tocar el tema a nivel de polémica. Sin mayor detalle, por ejemplo, relata el primer encuentro entre su hermano Rodolfo Magaña y Emiliano Zapata, a raíz del cual encontraron afinidades en sus demandas, y lo que facilitó la posterior incorporación de Gildardo al movimiento zapatista.²⁷

Acaso si la investigación de Magaña hubiera abarcado algunos años más – pienso en 1914 y 1915, los más álgidos en cuanto a la organización interna del

²⁵ Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, t. I, México: Comisión para la conmemoración del centenario del natalicio del general Emiliano Zapata, 1979, p. XVI. Las cursivas son mías.

²⁶ *Idem.*

²⁷ Magaña, *Emiliano Zapata...*, *op.cit.*, t. II, pp. 98 y 99.

zapatismo y en los que Palafox adquirió protagonismo-, su testimonio tal vez habría hecho hincapié en el funcionamiento de la dirigencia y su relación con el jefe suriano.

“...algunos de los más connotados intelectuales de la Revolución”

Toca el turno de la obra de otro personaje considerado como uno de los intelectuales del zapatismo: *Zapata* de Octavio Paz Solórzano,²⁸ escrita en 1936. Más que una biografía, es un atractivo relato de diversas actividades políticas y militares del movimiento zapatista. Su brevedad, sin embargo, le hace reparar poco en el análisis de momentos trascendentales. De igual manera, es evidente su propensión a recurrir constantemente a la memoria.

Como otros tantos escritores que salieron a la defensa de Emiliano Zapata contra las opiniones adversas a su liderazgo, Octavio Paz puso énfasis en el talento natural y la clarividencia de Emiliano Zapata, así como su esfuerzo por instruirse (leía de dos o tres horas diarias, según el autor) consciente del enorme papel que jugaba. Paz ofrece una atractiva anécdota para confirmar el buen entendimiento de Zapata:

Nos encontrábamos a mediados del mes de mayo de 1916, en el comedor del cuartel general, en el pueblo de Tlaltizapán, un grupo de revolucionarios visitando al general Zapata para tratar diversos asuntos, *contándose entre los presentes algunos de los más connotados intelectuales de la Revolución*, como el licenciado Soto y

²⁸ Octavio Paz Solórzano (1883-1936): En 1911 obtuvo el título de abogado. Se incorporó al zapatismo en 1914 (el mismo año en que nació su hijo, el conocido escritor Octavio Paz). En 1916 fue acreditado como agente confidencial de Emiliano Zapata en los Estados Unidos. En 1920 regresó a México, después de los pobres resultados obtenidos en su misión. Se incorporó al Partido Nacional Agrarista y obtuvo una diputación durante el gobierno de Álvaro Obregón. Fue colaborador del periódico *El Universal*. Javier Rico Moreno, *Poesía e historia en El Laberinto de la soledad*, México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2006, pp. 51 y 52 (Tesis de doctorado en Historia).

Gama, el general Palafox, el general Amezcua y otros varios. Se le daba cuenta de los trabajos emprendidos por la Convención y se le leía el programa de reformas[...] y todos quedábamos sorprendidos con la facilidad de comprensión que demostró el general Zapata, al ejemplificar y explicar muchos de los más arduos problemas que encierra dicho programa.²⁹

A pesar de lo anecdótico y somero del relato, ésta es una de las primeras descripciones de la relación de Zapata con sus intelectuales. Por otra parte, no podemos dejar de notar que dentro de este “connotado” grupo estaba incluido Palafox. Esta distinta valoración de nuestro personaje persistirá en el relato de Octavio Paz.

La temprana (y al parecer significativa) intervención de Palafox en las decisiones políticas del movimiento es un buen ejemplo de lo anterior. Paz intenta explicar a sus lectores cómo se escribió el Plan de Ayala. Entre las versiones apuntadas incluye una contada por el propio Palafox, quien atribuía al cura de Axochiapan, a Montañó y a Zapata su redacción “y que, cuando se discutía quién debía ser el jefe de la Revolución lo llamaron a él, que acababa de incorporarse al movimiento, para que diera su opinión, proponiendo a Pascual Orozco”.³⁰ Dicha sugerencia, de acuerdo con el relato, alarmó a Otilio Montañó, quien consideraba que eso equivalía a someterse, suposición que causó hilaridad a Zapata y al cura, pues era imposible que desde Chihuahua se hiciera efectiva la jefatura de Orozco, mientras que políticamente era correcto, afirma Paz, porque con ello se le obligaba a levantarse en armas contra Madero y al mismo tiempo se provocaba la desconfianza del gobierno contra él.³¹

²⁹ Octavio Paz Solórzano, *Zapata* [1936], México: EOSA, 1986, p. 35. Las cursivas son mías.

³⁰ *Ibid.*, p. 84.

³¹ *Idem.*

También refiere Paz un fuerte pleito entre Palafox y el ingeniero Ángel Barrios en 1914, ocasionado porque éste inició conversaciones con carrancistas sin la autorización de Palafox, quien tuvo tal disgusto que por poco el pleito acababa en un intercambio de balazos.³²

Paz proporciona, además, otros elementos con respecto a la relación de Zapata y sus intelectuales. Dice que “sólo en los casos de suma trascendencia llamaba a los intelectuales de la revolución, que por lo regular vivieron en Cuautla, Cuernavaca, Yautepec o Jojutla, les exponía el caso y se discutía amplia y libremente entre ellos, hasta llegar a un acuerdo.”³³ Este sería el tipo de testimonios, para nada despreciables, que Magaña, de continuar su obra, tal vez nos hubiera proporcionado. Como se desprende de la cita anterior, parece ser que Octavio Paz se consideraba un intelectual, por lo cual no tenía problemas para mostrarse y mostrar a sus colegas como tales, aunque sin menoscabar la autoridad del Zapata. De esta consideración puede desprenderse lo llamativo del comentario que veremos a continuación.

Otilio Montaña, a quien hemos visto como el primer intelectual del zapatismo, es juzgado desde otra perspectiva. Paz afirma que Montaña no tardó en volverse completamente ambicioso y tratar de aceptar puestos públicos (comportamiento que extrañó a Zapata). Además, dice que nada tenía de intelectual y, por el contrario, era sumamente tonto.³⁴ Esta afirmación, aunada al conocimiento perfecto que tenía Zapata de la lucha que sostenía, agrega Paz,

³² *Ibid.*, p. 145. Cabe mencionar que también Ángel Barrios ha sido considerado por algunos autores como un intelectual del zapatismo.

³³ *Ibid.*, p. 37.

³⁴ *Ibid.*, p. 118.

desecha la idea de que el líder suriano era un inconsciente y que todo lo hacían los intelectuales que lo rodeaban.³⁵

Otro suceso destacado que Paz describe son las conferencias entre Zapata y el padre de Pascual Orozco. Cuando el acercamiento entró en crisis al punto de llegar a la orden de fusilar a Pascual Orozco padre y sus acompañantes, Montaña intercedió a su favor -según Paz- porque había estrechado amistad con ellos. Fue Palafox quien sospechó de este acercamiento y los tuvo bajo vigilancia. Los fusilamientos se llevaron a cabo y “desde esa época, éste [Montaña] y el general Palafox, se distanciaron completamente, siendo entonces sustituido Montaña en su cargo por Palafox.”³⁶

A continuación, Octavio Paz aborda el enjuiciamiento de Montaña. Nuestro autor remarca el hecho de que Zapata ya desconfiaba desde tiempo atrás de la actitud de Montaña y por la vinculación que sostuvo con las anteriores deserciones de los generales zapatistas Jesús el “Tuerto” Morales, Lorenzo Vázquez y Francisco Pacheco. Estos dos últimos y Montaña, de acuerdo con el autor, se declararon francamente enemigos de los convencionistas, especialmente de Díaz Soto y Gama y Palafox.³⁷

Paz refiere que cuando se sometió la sublevación de Lorenzo Vázquez algunos de sus hombres declararon que su director intelectual fue Otilio Montaña y que habían lanzado un plan desconociendo a Zapata con el lema “El respeto al derecho ajeno es la paz.” Enterado Zapata de lo sucedido, “no queriendo fusilar a Montaña” –dice Paz-, lo comisionó para que no estuviera o para que ya no

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Ibid.*, p. 132.

³⁷ *Ibid.*, p. 159.

regresara al campamento cuando la trama de la sublevación se resolviera. Montañó “tontamente” regresó. Se le formó consejo de guerra y se le sentenció “pues se le comprobaron todos los cargos que pesaban sobre él”, debido a varias declaraciones y a que se entregó una caja que contenía documentos relativos al dichoso plan y a la sublevación de Vázquez.³⁸

La revaloración del papel de Palafox es patente en la obra de Paz. La intervención de Palafox en las decisiones políticas del movimiento desde sus inicios es ejemplo de ello. Tal vez el evento más sugerente sea la descripción del conflicto que sostuvo con Montañó en la dirigencia del movimiento. La inclinación del autor por Palafox parece clara cuando arremete contra la ignorancia y la traición de Montañó; y lo es más si recordamos que, según el autor, fue el acercamiento de Montañó con fuerzas enemigas lo que provocó su descenso y a su vez permitió el despunte de Palafox. En este sentido, no debe quedar de lado la omisión sobre la defección de Palafox, más aún si tomamos en cuenta el énfasis que Paz puso en la de Montañó y otros generales zapatistas.

La posición del autor refleja, al mismo tiempo, una división dentro del grupo de intelectuales zapatistas, como también lo muestra el citado pleito de Palafox con Ángel Barrios. La obra de Paz es, por el momento, la que nos proporciona los primeros atisbos sobre la relación de Zapata con sus intelectuales. En síntesis, el autor acepta su presencia y su valiosa colaboración dentro del movimiento, pero, como se ha dicho, sin demeritar de manera alguna el talento y capacidad de su dirigente.

³⁸ *Ibid.*, pp. 173 y 174.

La sucesión en la secretaría del cuartel y los conflictos entre los intelectuales se afirmarán como temas constantes en el estudio de la organización interna del zapatismo, desde entonces hasta la actualidad.

Entre “demagogos” y “admiradores”

En 1943, con un enfoque distinto al de quienes lo precedieron, Jesús Sotelo Inclán³⁹ publicó su ya clásico libro *Raíz y razón de Zapata*.

El autor confiesa que su acercamiento al movimiento zapatista responde a las visiones sumamente contradictorias que prevalecían sobre la figura de Emiliano Zapata. Para ilustrar dicha contradicción, Sotelo inició su obra con un listado de opiniones en donde se confronta la imagen de un Zapata “bandido” (como en los escritos de Francisco Bulnes, José María Lozano y José Vasconcelos) y la de un Zapata “apóstol” (como en los relatos de Baltasar Dromundo, Germán List Arzubide y Alfonso Taracena). Uno de los contrastes que señala el autor es que mientras el primer Zapata “no tuvo verdaderos principios ideológicos como no fueran un falso del confeccionado por *unos demagogos que lo hicieron su presa y lo utilizaron como pelele*”,⁴⁰ el segundo “fue apóstol de un gran ideal [y] el espíritu del Plan de Ayala fue una auténtica aportación suya. Si

³⁹ Jesús Sotelo Inclán (1913-1989): Nació en la ciudad de México y murió en Guanajuato. Estudió Derecho en la Universidad Nacional. Fue profesor en la Escuela Nacional de Maestros. Fue uno de los fundadores del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio (1945). Director del Instituto Nacional de Bellas Artes y de la Escuela Normal Ignacio Manuel Altamirano. Autor de varias obras de historia y de teatro -la mayoría dirigida a los niños-, entre las cuales destacan *Raíz y razón de Zapata* (1943) y *Malintzin, Medea americana* (1957). Musacchio, *Milenios... op. cit., t. III*, p. 2871.

⁴⁰ Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y Razón de Zapata* [1943], México: CNCA, 1991, p. 27. Las cursivas son mías.

algunos intelectuales le rodearon fue porque admiraban su bandera, no porque se la hubieran dado."⁴¹

Aunque la investigación de Sotelo Inclán se orientó más hacia las causas históricas del movimiento zapatista (que lo remiten hasta la época prehispánica), que sobre el periodo revolucionario, los resultados que obtuvo le permitieron realizar algunas sugerencias sobre la polémica antes aludida.

El autor terminó por desechar al "bandido" y se inclinó por el Zapata "apóstol", aunque con algunos matices. A su vez, arremetió contra los detractores que descalificaban al líder suriano por su incultura, cuestionando si sólo los hombres cultos pueden tener derechos y reclamarlos. En todo caso, nos dice el autor, si se toma en cuenta la incultura de Zapata debe ser para darle el mérito de haberse sobrepuesto a ella para defender sus derechos.⁴²

En fin, basado en esa amplia tradición de luchas políticas de pueblos como Anenecuilco, muy bien estudiada por él, Sotelo Inclán parece rechazar cualquier colaboración intelectual decisiva en el zapatismo. Esta autenticidad del zapatismo como un movimiento del pueblo, será uno de los argumentos más recurridos para contrarrestar aquellas opiniones a favor de una intervención definitiva de agentes externos.

La voz de la intransigencia

El tercer tomo de *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, como ya se ha mencionado, fue publicado en 1946 y los dos restantes en 1951. El continuador de

⁴¹ *Ibid.*, p. 28. Las cursivas son mías.

⁴² *Ibid.*, pp. 172 y 173.

la obra de Magaña, Carlos Pérez Guerrero,⁴³ no varió el estilo de su predecesor y optó por dar más peso a la amplia documentación que a la interpretación. Los sucesos referidos en los tres tomos abarcan los años de 1912 y 1914, etapa en la que, por cierto, Palafox comenzó a tener mayor protagonismo dentro del movimiento zapatista.

Entre los principales acontecimientos en los que intervino nuestro personaje que se documentan a lo largo estos tomos, encontramos la firma del acta constitutiva de la Junta Revolucionaria del Sur y Centro de la República, en donde aparece como secretario de la misma;⁴⁴ parte de la correspondencia sostenida con Atenor Sala (tanto con Zapata como con Palafox)⁴⁵ y las importantes conferencias que sostuvieron zapatistas y carrancistas en 1914.⁴⁶

Si bien estas conferencias habían sido referidas anteriormente (en los trabajos de Taracena, Paz y Dromundo, por ejemplo), poco se reparó en su trascendencia. Retomaremos aquí la amplia descripción que sobre ellas contiene el quinto tomo de esta obra, puesto que significarán, quizá, el evento más polémico en el historial de Palafox y una de las referencias más recurridas al abordar la relación entre Zapata y sus intelectuales.

⁴³ Carlos Pérez Herrero (1888-¿?): Nació en el estado de Oaxaca. Se incorporó al Ejército Libertador del Sur en 1913 y fue nombrado coronel en 1916. Fue secretario de Instrucción Pública del gobierno zapatista en 1917. Director de Educación Primaria en el estado de Morelos en 1920. Fue miembro del Comité Directivo Nacional del Frente Zapatista de la República. Coautor de la obra *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. Musacchio, *Milenios...* op. cit., t. III, p. 2322.

⁴⁴ Gildardo Magaña (con la colaboración y continuación de Carlos Pérez Guerrero), *Emiliano Zapata...*, op. cit., t. III, pp. 189 y 190.

⁴⁵ Gildardo Magaña (obra continuada por Carlos Pérez Guerrero), *Emiliano Zapata...*, op. cit., t. IV, pp. 308-332.

⁴⁶ Gildardo Magaña (obra continuada por Carlos Pérez Guerrero), *Emiliano Zapata...*, op. cit., t. V, pp. 68-100.

El autor describe que a raíz del esfuerzo de radicales agraristas del bando constitucionalista, el estrecho contacto de algunos de ellos (como Juan Sarabia) con algunos colaboradores del zapatismo (como Antonio Díaz Soto y Gama), y la buena voluntad y disposición de Emiliano Zapata, ambos bandos acordaron realizar un encuentro en territorio morelense a finales del mes de agosto de 1914, es decir, una vez destituido el presidente Victoriano Huerta y acordada la ocupación de la capital del país por el ejército constitucionalista.⁴⁷

La comisión carrancista estuvo integrada por Luis Cabrera -antiguo partidario del maderismo, Antonio I. Villarreal y Juan Sarabia -ex militantes del Partido Liberal Mexicano. De acuerdo el autor, estos hombres habían mostrado interés por la cuestión agraria, motivo por el cual Zapata los tenía en un alto concepto. En el primer encuentro, llevado a cabo el 27 de agosto, no se contó con la presencia de Zapata, por lo que sólo sostuvieron un intercambio de impresiones con Manuel Palafox, personas invitadas por él y algunos miembros del cuartel general. De esta manera los carrancistas procedieron más bien por buena fe, en palabras de Pérez Guerrero; sin embargo, añade el autor, este proceder no disminuye sus errores cometidos, pues aprovecharon que no se les solicitó presentación de credenciales para eludir sus opiniones en cuanto les fue posible.⁴⁸

Cuenta el autor que por la mañana del día siguiente, previo a la segunda reunión que sostendrían, algunos zapatistas se reunieron para informar lo que habían visto y oído en el primer encuentro. Por lo que allí se dijo, comenta Pérez Guerrero, la participación de algunos surianos fue sincera y demasiado franca;

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 63-68.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 72.

muy explícito y vehemente fue, por ejemplo, Manuel Palafox, actitud que contrastó con la de Cabrera, “quien como buen abogado y mejor político, estuvo parco, excepto en sus preguntas, que con frecuencia desviaron la discusión, y de este modo logró saber todo cuanto quiso, ‘sin soltar prenda’.”⁴⁹

Otro de los zapatistas presentes, Enrique Villa, comentó que no fue dicha vehemencia la que sorprendió a los enviados, sino la exposición de las auténticas demandas zapatistas, puesto que en la capital supusieron que sólo bastaba la presencia de estimables correligionarios y unos cuantos argumentos para terminar el conflicto. Con base en lo anterior, el autor afirma que el éxito o fracaso de las conversaciones dependía de Venustiano Carranza y de sus comisionados, pues con sus informes podían influir en pro o en contra de la causa.⁵⁰

En la segunda reunión -todavía ausente Zapata- se les pidieron las credenciales a los enviados, pero respondieron que aun cuando tenían ciertas autorizaciones verbales de Carranza, sólo asistieron como simpatizantes del problema agrario, como *partidarios inoficiales*. Esta situación aumentó las reticencias del bando zapatista, quienes esperaban una comisión dispuestos a tratar formalmente la situación. De ahí se suscitaron “fogosas” exposiciones y opiniones del bando suriano, que los carrancistas sólo se dedicaron a observar sin dar respuesta alguna. Para el autor, su actitud era muestra de la línea de conducta impuesta por Carranza o elegida por ellos debido a su fuerte inclinación hacia su jefe, ratificada por el contraste entre sus anteriores actos abiertamente agraristas y su verdadero proceder en el medio agrarista de Morelos. Pérez Herrero deduce de

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 73 y 74.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 74 y 75.

esto, aunque otros autores están en desacuerdo con esta apreciación, que los carrancistas eran partidarios de los principios, pero no de los hombres que los sostenían, en gran parte por sus prejuicios de clase, el medio en que vivieron y la influencia de la prensa que tanto denigró a los sureños.⁵¹

El pesimismo aumentó entre los zapatistas: si aquellos a quienes se tenía como sinceros partidarios de la causa pensaban así, cuestiona Pérez Guerrero, ¿qué podría esperarse de los hombres preparados? Es por eso, responde el autor, que los zapatistas desconfiaban de los intelectuales mientras no demostraran plenamente su lealtad a la causa.⁵²

El 29 de agosto Zapata llegó a Cuernavaca para la esperada conferencia formal. Los zapatistas lo pusieron al tanto de lo ocurrido en los anteriores encuentros. Se pensó que en ese momento los enviados presentarían, ahora sí, las propuestas de Carranza. Esto no ocurrió. El clímax de la reunión llegó cuando se exigió la adhesión del bando constitucionalista al Plan de Ayala. Los enviados argumentaron que esto significaba una sumisión. Los zapatistas sostuvieron que era necesario, puesto que el programa constitucionalista sólo proclamaba normas de carácter político, sin atender lo económico, ni lo social.⁵³ Antonio I. Villarreal tuvo el “pésimo tino” -en palabras del autor- de decir que el Plan de Ayala era totalmente desconocido y que incluso él no lo conocía. Zapata arremetió contra éste al expresar que no entendía cómo un agrarista se mostrara desinteresado por

⁵¹ *Ibid.*, p. 76.

⁵² *Ibid.*, p. 77.

⁵³ *Ibid.*, p. 78.

el contenido revolucionario de su plan. Así, la esperada conferencia no llegó a feliz término.⁵⁴

Después de dar cuenta de lo sucedido en los encuentros, el autor incluye parte del informe que Luis Cabrera y Villarreal dieron a su jefe, Venustiano Carranza, sobre lo que percibieron en las conferencias.

Algunas de sus descripciones resultan significativas para nuestro trabajo. Por ejemplo, durante las primeras dos conferencias observaron un predominio absoluto de las opiniones de Manuel Palafox y Alfredo Serratos sobre el resto de los representantes (Enrique Villa, Antonio Díaz Soto y Gama y Genaro Amezcua, entre otros) Mientras que durante la tercera reunión notaron que la mayor parte de las anteriores opiniones expresadas por Palafox fueron aceptadas por el general Zapata. Asientan, a su vez, que Palafox fue quien llevó la voz de la intransigencia en el curso de la conferencia y se mostró poco flexible.⁵⁵

El autor considera, después de la lectura del informe, que el fracaso de la negociación se debió principalmente a que al “apegarse al criterio y a los intereses políticos del Primer Jefe, los comisionados caen en el muy lamentable error de dar un valor absoluto a las palabras y giros muy propios de una discusión acalorada”.⁵⁶ Además, indica que el informe no debe dejar la impresión de que los surianos eran exagerados e intransigentes, cuando la verdadera causa de su comportamiento era que sus principios estaban en juego, aunque admite que cometieron el error de ser demasiado francos, explícitos, sinceros y confiados.⁵⁷

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *Ibid.*, p. 79. El informe está fechado el 4 de septiembre de 1914.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 87.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 88.

Éste fue el acercamiento más importante que sostuvieron zapatistas y constitucionalista durante la etapa armada de la Revolución Mexicana. El triunfo de estos últimos en los años venideros aumentó la relevancia del fracaso de las conferencias para el bando zapatista. Por consecuencia, los protagonistas y sus respectivas acciones adquirieron una mayor dimensión con el paso de los años. Manuel Palafox fue parte de este proceso.

Hasta este momento se debe tener en mente el nuevo retrato de Palafox: un dirigente zapatista intransigente, con amplio predominio sobre el resto de sus compañeros, e incluso, en las opiniones del propio Zapata, y que por ese mismo papel preponderante es ubicado como uno de los mayores responsables del fracaso de las conferencias, según lo informado por los comisionados constitucionalistas. No se debe olvidar que el retrato es proporcionado, precisamente, en un informe hecho al tiempo de las conferencias y por personajes del bando contrario, no por el autor de la obra, quien con evidente partidismo, aunque no tan lejano de la realidad, no reduce el asunto al comportamiento de nuestro personaje, y plantea que el problema de fondo era que los auténticos principios del movimiento zapatista estaban en juego. Por otro lado, debemos subrayar que *Emiliano Zapata y el agrarismo en México* ha sido una obra de amplia consulta para los interesados en el tema, lo que quizás propició que con el transcurso de los años se difundiera más la imagen de un Palafox intransigente.

De caudillos y hechiceros.

Zapata de Mario Mena⁵⁸ publicado en 1955, ejemplifica el punto extremo al que llegó el interés fantasioso por el líder suriano y sus colaboradores.

Una de las cosas con las que acabó la Revolución Mexicana, a decir del autor, fueron los consejeros de los caudillos militares, una constante en la historia de México.

Mena apunta que desde la prehistoria ha aparecido la figura del “hechicero” (el hombre de ideas) junto a la del caudillo (el hombre de armas). El hombre de armas, nos dice, era quien se llevaba la gloria, mientras que el de las ideas era quien, sin arriesgar, tenía el poder efectivo a espaldas del brillo del poder; el primero solía morir violentamente, mientras el segundo dormía en cama. En el caso de la revolución el hechicero reapareció con la figura del “señor licenciado”. Así, mientras Zapata, Villa y Obregón, fueron asesinados; Antonio Díaz Soto y Gama, José Vasconcelos y Luis Cabrera, murieron en su cama.⁵⁹

De acuerdo con el autor, junto a Zapata vivió sus últimos capítulos el “señorlicenciadismo”: Zapata fue el jefe y sus consejeros los hechiceros de la prehistoria. Mena sugiere que fue en el zapatismo en donde se dio el divorcio del pueblo armado y los intelectuales del movimiento.⁶⁰ Para él, basta con confrontar la imagen de un zapatista con escapulario y una stampa de la Virgen de Guadalupe en su sombrero, con la de Antonio Díaz Soto y Gama durante su intervención en la Convención de Aguascalientes.⁶¹

⁵⁸ De acuerdo con la presentación hecha por la editorial Jus su obra, Mario Mena nació en 1930 en Toluca, Estado de México. Se ha desempeñado como contador público, empresario y editor del periódico *El Herald de Toluca*. Es autor de *Zapata, Álvaro Obregón: historia militar y política. 1912-1929* y *Aventuras de Hernando Cortés*, entre otras obras.

⁵⁹ Mario Mena, *Zapata* [1955], 2ª ed, México: Jus, 1998, pp. 6 y 7.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 7.

⁶¹ *Idem.*

Mena admite que Zapata no sabía nada de lo que firmaba en un alto porcentaje de documentos. Las citas cursis de la historia de Roma que contenían, por ejemplo, no eran propias de un caballerango como Zapata. Así, mientras los “mentirosos consuetudinarios” que lo rodearon no cuentan la historia de la secretaría del zapatismo, apunta el autor, no queda más que recurrir al recurso de adjudicar a la ignorancia de Zapata las “parrafadas” que firmó. Según Mena, este lado oscuro del zapatismo es lo que provoca a muchos gritar: “¡Vivan los secretarios!”⁶² Es de suponerse que con ello alude a quienes precisamente sostienen la imagen de un Zapata manipulado por sus intelectuales.

Es claro que varios intelectuales -que dentro del zapatismo, considera, se le puede llamar así a quien supiera leer- abusaron de la ignorancia de Zapata y metieron sus doctrinas históricas y políticas en los documentos que redactaron; no obstante, en un movimiento de origen tan popular como el zapatismo, los intelectuales salían sobrando. De ahí la desconfianza con que los zapatistas miraban a los hombres de letras que se les acercaban.⁶³ Hombres como Díaz Soto y Gama y Montaña -afirma Mena- pasarán a la historia como los hechiceros del movimiento.

En este contexto, la deserción de Manuel Palafox, un “resentido” que buscó “enlodar” la figura de Zapata, es sólo un ejemplo de las pocas convicciones que tenían los intelectuales partidarios del líder revolucionario.⁶⁴

Si dejamos de lado el marco interpretativo -algo disparatado- desde el cual se posiciona Mena, es visible que el prejuicio hacia los intelectuales, incluido

⁶² *Ibid.*, p. 152.

⁶³ *Ibid.*, p. 160.

⁶⁴ *Ibid.*, p.151.

Palafox, proviene de la suposición de que ellos manipularon el movimiento y que condujeron a Zapata a tomar decisiones erróneas. Su respuesta, como se ha advertido, es recurrir a la autenticidad del movimiento para reducir la posible trascendencia que tuvieron sus intelectuales.

Fieles intérpretes

En el año de 1960 apareció *Emiliano Zapata. Datos biográficos-históricos* de Porfirio Palacios,⁶⁵ la biografía del líder sureño más lograda hasta esos momentos. Este militante del Frente Zapatista de la República se valió de una buena cantidad de documentos que estaban bajo el resguardo de dicha organización, así como de las contribuciones de autores anteriores.

Una de las cuestiones que el autor pone a discusión en su obra es la grandilocuencia presente en los documentos zapatistas. Ésta indica, según Palacios, que el líder “fue auxiliado por personas cultas, como el profesor Otilio E. Montañón y algunos más -primero-, así como por el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, Gildardo Magaña y otros -después-, quienes fueron *fieles intérpretes* del pensamiento del caudillo del Sur.”⁶⁶

El comentario difiere en gran medida de los que se han expuesto hasta el momento. Ya no son los intelectuales que imposibilitaron arreglos con otras

⁶⁵ Porfirio Palacios Morales (1901-1990). Nació en Cuautla, Morelos, y murió en el Distrito Federal. En 1914 ingresó al zapatismo bajo las órdenes de Maurilio Mejía. Obtuvo el grado de coronel de caballería. Fue uno de los miembros fundadores del Partido Nacional Agrarista en 1920 y del Partido Nacional Revolucionario. Laboró en la Secretaría de Agricultura y Ganadería. Miembro fundador de la Confederación Campesina Mexicana y del Frente Zapatista de la República. Fue director y gerente del periódico *El Campesino*. Autor de *El Plan de Ayala, sus orígenes y su proclamación y Emiliano Zapata. Datos biográfico-históricos. Diccionario... op. cit.*, vol. IV, pp. 584 y 885.

⁶⁶ Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata. Datos biográficos-históricos*, México: Libro Mex, 1960, p. 107. Las cursivas son mías.

facciones, los que llenaron de inútil retórica los documentos zapatistas o los que manipularon a los campesinos morelenses; tampoco los que nada tenían de intelectuales y eran totalmente prescindibles para los zapatistas, ahora son vistos como verdaderos aliados del movimiento y fieles intérpretes de sus demandas.

No obstante, no debemos soslayar que Palacios era integrante de una organización que, en gran medida, fue impulsada por algunos de esos antiguos dirigentes zapatistas, por lo que era poco probable que lanzara su pluma contra alguno de ellos. Por ejemplo, en las referidas conferencias entre zapatistas y carrancistas, sólo señala que el principal obstáculo fue el artículo 12 del Plan de Ayala, referente a la designación de un presidente provisional.⁶⁷

Entre profundas aspiraciones y doctrinas colectivistas

Continuamos en el año de 1960 cuando apareció un ensayo por demás sugestivo en torno al zapatismo: “Un factor decisivo de la revolución agraria en México: ‘el levantamiento de Zapata (1911-1919)’” de la autoría del reconocido historiador francés François Chevalier.⁶⁸ Fue éste un gran esfuerzo por dar un panorama histórico de larga duración del zapatismo. Lo que obtenemos respecto a nuestro tema es poco en cuanto a información, pero valioso porque el trabajo de Chavalier aporta una nueva perspectiva acerca de la organización y dirigencia del zapatismo, tópicos de los que es imposible separar a Manuel Palafox.

⁶⁷ *Ibid*, p. 146.

⁶⁸ François Chevalier, “Un factor decisivo de la revolución agraria de México: ‘El levantamiento de Zapata (1911-1919)’”, en *Cuadernos Americanos*, México: Editorial Cultura, núm 6, año XIX, vol. CXIII, 1969, pp.160-187. No está demás recordar que Chevalier es el primer historiador de profesión que se acercó al tema zapatista. Es autor de la notable obra *La formación de los latifundios en México* (1956).

Chevalier muestra a un Zapata perfectamente identificado con el pueblo, “aunque poco a poco este hombre sagaz haya logrado elevarse personalmente y de manera singular por encima de los campesinos que lo rodeaban.”⁶⁹

El autor señala la inspiración popular y rural que, a través de Zapata, dio origen al Plan de Ayala. Empero, admite que posteriormente “doctrinas colectivistas parecen haber vestido a veces al movimiento agrario surgido del plan, en la medida en que coincidieron con las profundas aspiraciones de las comunidades campesinas.”⁷⁰ Explica que la desconfianza de Zapata y los suyos hacia las argucias de la mayoría de los juristas, provocó un cambio radical en su actitud. A pesar de esto, comenta, Zapata “sin duda recibió la influencia de algunas lecturas y de las ideas del joven abogado Díaz Soto y Gama, católico de opiniones avanzadas que se había unido a su causa.”⁷¹

El estudio de Chevalier, cuyo conocimiento sobre las comunidades rurales en México es incuestionable, marcó un nuevo derrotero para quienes estudiarían al zapatismo desde dentro, es decir, desde las comunidades zapatistas. Esta perspectiva, con los años, brindaría atractivos elementos sobre la relación de éstas con la dirigencia del movimiento, incluida su parte intelectual.

“...hombre de todas las confianzas del general Zapata”

⁶⁹ *Ibid.*, p. 176.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 179.

⁷¹ *Ibid.*, p. 180. Cabe señalar que una de las fuentes del historiador son documentos y relatos proporcionados por el propio Antonio Díaz Soto y Gama. Es posible que esto haya influido en el protagonismo que el autor le atribuye. En contraparte, Chevalier pasa por alto la innegable colaboración de Montañón en la redacción del Plan de Ayala y la activa participación de Manuel Palafox en las Comisiones Agrarias y sus actividades en la Secretaría de Agricultura durante el gobierno convencionista, a pesar de resaltar lo significativo de las primeras y lo trascendental de las acciones dirigidas por la segunda. *Ibid.*, p. 183.

En 1961 fue publicada *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata su caudillo* del ex-dirigente zapatista Antonio Díaz Soto y Gama.⁷² La obra está integrada por varios artículos periodísticos del autor escritos en la década de los cincuenta. Díaz Soto y Gama incluyó trabajos que ya eran referentes para el estudio del zapatismo (Gildardo Magaña, Sotelo Inclán) y algunos documentos inéditos, aunque sus anécdotas personales constituyen uno de sus recursos principales. Como en el caso de Magaña, la relevancia de Soto y Gama en el movimiento zapatista y su pertenencia al grupo intelectual, incrementa nuestro interés por su obra.

El autor, no obstante, habla poco de su antiguo compañero Manuel Palafox. A pesar de ser testigo presencial de las conferencias con los carrancistas, sólo opina que fue la negligencia de éstos la que impidió un buen arreglo. Del resto de las causas, dentro de las cuales estaría la actitud de Palafox, considera que son puntos de importancia mínima.⁷³

Por otra parte, relata las desavenencias entre Palafox, como Secretario de Agricultura, y los presidentes convencionistas Eulalio Gutiérrez y Roque González Garza, y el enérgico apoyo que le brindó el líder suriano durante esas confrontaciones, puesto que Palafox era “hombre de todas las confianzas del

⁷² Antonio Díaz Soto y Gama (1880-1967): Nació en San Luis Potosí. En 1900 fue vicepresidente del Club Liberal Ponciano Arriaga, mismo año en que terminó sus estudios en Derecho. Organizó el Primer Congreso Liberal en San Luis Potosí en 1901. Desde el periódico *Regeneración*, dirigido por Ricardo Flores Magón, atacó al gobierno de Porfirio Díaz, por lo que fue encarcelado en varias ocasiones. En 1911 participó en la reorganización del Partido Liberal en la ciudad de México; también ayudó a fundar la Casa del Obrero Mundial en 1912. Después de que el presidente Victoriano Huerta ordenó el cierre de ésta en mayo de 1914, Díaz Soto y Gama se incorporó a las filas del zapatismo. Participó activamente durante la Convención de Aguascalientes. Fue diputado en varias ocasiones y líder del Partido Nacional Agrarista. Entre sus obras destacan *La revolución agraria del Sur y Emiliano Zapata su caudillo* y la *Historia del agrarismo en México. Diccionario... op. cit.*, vol. VI, pp. 81-83.

⁷³ Antonio Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del Sur y Emiliano Zapata su caudillo* [1961], México: El Caballito, 1976, p. 178.

general Zapata.”⁷⁴ No obstante la brevedad del juicio, es relevante que quien era considerado por algunos como el más importante ideólogo de Zapata y toda una autoridad sobre el tema en la época, admitiera que Palafox gozaba de la alta estima de Zapata. Además, con base en “un amplio relato” que Marte R. Gómez le proporcionó, describe algunos aspectos de la organización de las Comisiones Agrarias, en la cual destacó la participación de Manuel Palafox.⁷⁵

Díaz Soto y Gama consideró los años de 1918 y 1919, como un periodo crítico para el zapatismo. Las derrotas ante la avanzada carrancista, nos narra, comenzaron a hacer estragos en las fuerzas zapatistas. Parte del desánimo se reflejó en las deserciones de varios jefes, en sus retiradas del campo de batalla y en su aceptación de ofertas del enemigo. Entre otros, menciona a personajes como Domingo Arenas, Lorenzo Vázquez y Otilio Montaña; no así a Palafox.⁷⁶ Con respecto al enjuiciamiento de Montaña, refiere que desde años atrás Zapata miraba con recelo al profesor rural, y para corroborar su versión, cita el relato de Octavio Paz sobre ese acontecimiento.⁷⁷

Al final de su libro el autor incluye una serie de reflexiones en torno a la personalidad de Emiliano Zapata. Destaca el claro talento político que poseía el líder, quien en la resolución de infinidad de asuntos obraba por su propia inspiración y sin consejo. Así, los colaboradores que lo rodearon únicamente

⁷⁴ *Ibid.*, p. 207.

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 217-219. Marte R. Gómez fue uno de los estudiantes de agronomía que participó en dichas comisiones. El “amplio relato” al que alude Díaz Soto y Gama, sería publicado por Gómez algunos años después como *Las Comisiones Agrarias del Sur*. Más adelante se analizará esta obra.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 228.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 230 y 231.

daban forma “más o menos gramatical o literaria” a los documentos y manifiestos expedidos por el general en jefe.⁷⁸

De nuevo tenemos a otro intelectual zapatista que admite la importancia de las aportaciones de este grupo, pero sin detallar la relación que sostuvieron con Zapata. Díaz Soto y Gama, sin embargo, ocupa un lugar especial si recordamos que él estuvo involucrado casi en las mismas cuestiones polémicas que Palafox (como las conversaciones con los carrancistas y el fusilamiento de Montaña). Es por eso que se extraña la ausencia de argumentos más sólidos que expliquen dichos eventos. Defender su posición, prácticamente, era defender a Palafox, o bien, por el contrario, pudo aprovechar la ocasión para atribuirle las faltas y deslindarse así de toda culpabilidad. En todo caso, lo escrito por Díaz Soto y Gama parece demasiado parco para la gravedad de los asuntos en los que estuvo involucrado.

“...la escasa inteligencia del intransigente Palafox”

En 1961, a casi treinta años de distancia de su primera publicación, Baltasar Dromundo publicó la *Vida de Emiliano Zapata*. Según sus propias palabras, no lo consideraba una nueva edición de su anterior *Emiliano Zapata*, sino una obra aparte. Si bien es notable el aumento de fuentes consultadas para su investigación, es poca la información que agrega para el tema que nos interesa. En esta ocasión no pasa inadvertida la intransigencia de Palafox y Serratos en las conferencias con los carrancistas. Tacha de “primario obstinado” al primero y al segundo de “mediocre sin capacidad intelectual”, empero, otorga mayor peso para

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 258 y 259.

el fracaso de tales conferencias a las pocas facultades de los carrancistas para aceptar el Plan de Ayala.⁷⁹

Nos da cuenta, de nuevo, de la deserción de Palafox, el “traidorcillo” que a pesar del perdón de Zapata reincidió en la deslealtad para sabotear al “apóstol”. El dato que añade al referirse a nuestro personaje es que Palafox había sido asesor de Zapata desde los inicios del movimiento, y que él fue quien escribió la parte del Plan de Ayala contraria al señor Madero, junto con los denuestos y las invectivas;⁸⁰ que si bien durante mucho tiempo se pensó que fueron hechas por Montañón o el cura de Ajuchitlán, a medida que se investigó este aspecto del Plan, se constató que ninguno de ellos era el autor y que “tales infamias eran fruto de la *escasa inteligencia del intransigente Palafox*.”⁸¹ Agregaba que si esto había hecho con Madero, nada menos podría hacer con el propio Zapata.

Dromundo no presenta una sola de las investigaciones que, según él, comprobaron la participación de Palafox en la redacción del Plan. De acuerdo con nuestra revisión, sólo Octavio Paz –treinta años atrás- brindó una versión similar, sin admitirla del todo y con la advertencia de que fue el propio Palafox quien la proporcionó. La diferencia entre ambos es que el primero la dio por válida para descalificar a Palafox, y el segundo, por el contrario, la presentó como una de varias versiones y tenía en alta estima al ex-líder zapatista.

A pesar de la aparente reincidencia de esta versión, los contextos de ambos escritores nos mostrarían que no hay tal. En la obra de Octavio Paz, como ya se mencionó, la versión es una de varias, lo que refleja que todavía era terreno

⁷⁹ Baltasar Dromundo, *Vida de Emiliano Zapata*, México: Guaranía, 1961, p. 194.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 245.

⁸¹ *Idem*. Las cursivas son mías.

oscuro el conocimiento de la revolución zapatista. Por su parte, Dromundo escribe cuando ya está bien avanzada la institucionalización de los héroes de la revolución; por lo que Zapata, el “apóstol del agrarismo”, no podía haber arremetido contra Madero, “el apóstol de la democracia”. Que de nuevo le haya atribuido a Palafox los ataques contra Madero, pudo deberse a la aversión que sentía por aquel y a la referencia hecha por Paz.

El buen recuerdo de un colaborador

En el año de 1961 se publicó un libro más que significativo para nuestro objeto de estudio: *Las comisiones agrarias del Sur*, escrito por Marte R. Gómez.⁸² El autor presenta una breve semblanza de la formación y desarrollo de las comisiones que realizaron el reparto agrario más importante durante la etapa armada de la Revolución Mexicana (1915), principalmente en el estado de Morelos.⁸³ Describe la incorporación de los alumnos de la Escuela Nacional de Agricultura -él entre ellos- a dichas comisiones y la manera en que éstas fueron puestas en marcha.

De acuerdo con el autor, el estudiante Alfonso Cruz fue el contacto que facilitó la incorporación del alumnado al movimiento agrario zapatista. Relata que

⁸² Marte Rodolfo Gómez Segura (1896-1973): Nació en Reynosa Tamaulipas y murió en la ciudad de México. Ingeniero agrónomo. En 1915 estuvo a las órdenes de Zapata como topógrafo de la Comisión Agraria del Distrito de Yautepec. Dirigió la Escuela Nacional de Agricultura, que trasladó de San Jacinto a Chapingo (1923-1924). Secretario de Agricultura y Fomento en el gobierno de Emilio Portes Gil (1928-1930), cargo que volvería a ocupar durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946). Senador por el estado de Tamaulipas (1930-1934), secretario de Hacienda con Abelardo L. Rodríguez (1934) y gobernador de Tamaulipas (1937-1940). Embajador de México en los Países Bajos, Francia y Suiza, y ante la Sociedad de Naciones. Entre sus obras destacan *Las comisiones Agrarias del Sur*, *Explotaciones y orientaciones sobre el crédito ejidal* y la *Historia de la Comisión Nacional Agraria*. Musacchio, Milenios... *op. cit.*, t. II, p. 1128.

⁸³ La puesta en marcha de estas comisiones ya había sido referida brevemente por algunos autores, aunque sin profundizar en sus actividades y significado. Porfirio Palacios y Antonio Díaz Soto y Gama fueron los autores que más se acercaron al tema debido, en buena medida, a que dispusieron del trabajo de Marte R. Gómez aún cuando no estaba publicado.

Cruz alguna vez contó que en uno de sus viajes por el noroeste del país a fines de 1910, se encontró

...con el que todavía no era más que contador y comerciante, o agente viajero, pero que ya en nuestros tiempos sería Secretario de Agricultura y encargado por el General Zapata de poner en obra las promesas del Plan de Ayala. Hablo naturalmente del General Manuel Palafox.⁸⁴

De aquel encuentro surgió una gran confianza que sería trascendental en años posteriores, pues fue Alonso Cruz quien se encargó de la selección de los alumnos que participarían en las comisiones.

El autor continúa con la narración de algunas de las peripecias que pasaron en los pueblos que les asignaron y la dificultad para relacionarse con algunos de los jefes militares de la zona, testimonio que bien puede ejemplificar la reticencia que causaban los “fuereños” dentro del territorio zapatista.

Marte R. Gómez, por otra parte, expone sus comentarios acerca de los principales hombres que dirigieron sus trabajos, entre los que aparece “en primerísimo lugar” el general Manuel Palafox.”⁸⁵ Este autor, por primera vez y sin tapujos, da un papel primordial a Palafox dentro del zapatismo. Desde su punto de vista, más allá de los resentimientos y contactos personales que impidieron llegar a un acuerdo en las polémicas conversaciones entre zapatistas y carrancistas, el informe de éstos a Venustiano Carranza demuestra el ascendiente que Palafox llegó a tener en materia agraria, pues fueron sus opiniones, junto a las de Alfredo Serratos, las que Zapata tomó más en cuenta.⁸⁶

⁸⁴ Marte R. Gómez, *Las comisiones agrarias del Sur*, México: Manuel Porrúa, 1961, p. 21.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 44.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 44 y 45.

Así, Manuel Palafox pasó de ser el intransigente secretario de Zapata a ser un verdadero protagonista del movimiento. Marte R. Gómez, consciente de las críticas adversas sobre Palafox, hizo explícita su defensa:

Hago justicia a su obra y a su memoria, consignando aquí que fue alma de las Comisiones Agrarias del Sur, puesto que tuvo la idea y la voluntad de organizarlas y que las puso a trabajar, obedeciendo órdenes del General Zapata, seguramente, pero secundándolo con inteligencia y entusiasmo.⁸⁷

A pesar de la vehemencia en sus palabras, el autor ofrece muy poco para deslindar (o justificar) a Palafox de los controvertidos eventos en los que se vio envuelto. Por ejemplo, atribuye a “razones de alta política” que nunca fueron de su conocimiento, la separación de Palafox como ministro de Agricultura de la Convención.⁸⁸ De igual manera, al referirse a su desertión, comenta que

...en determinado momento fatigado de la lucha, u hostigado por sus mismos jefes y compañeros -las explicaciones que de ello se me han dado las pongo aparte, deliberadamente, porque no quiero sino reconocer sus méritos-, lo hicieran que dejara la causa del sur, aunque, por lo que varias veces me dijo, sin dejar de reconocer su grandeza.⁸⁹

La fatiga o el hostigamiento de sus compañeros son causas que brindan ciertos indicios sobre la desertión de Palafox, pero tal vez lo trascendental esté precisamente en lo no dicho por Gómez.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 45.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 46.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 48. En su correspondencia personal publicada en dos voluminosos tomos bajo el título *Vida política contemporánea*, Marte R. Gómez reitera a Palafox como el mayor artífice de las Comisiones Agrarias. Rechaza que sólo fuera un advenedizo y subraya la profunda confianza que Zapata le guardó aún después del fracaso del gobierno convencionista, aunque no proporciona -de nuevo- pista alguna sobre los motivos de su relego dentro del cuartel zapatista y de su posterior desertión. Marte R. Gómez a Francisco Vela González, 9 de marzo 1972, en Marte R. Gómez, *Vida política contemporánea: cartas de Marte R. Gómez*, selección de Emilio Alanís Patiño, t. II, México: FCE, 1978, pp. 976 y 977.

El autor asienta también que fue uno de los pocos amigos de Palafox hasta sus últimos años y finaliza su relato sobre nuestro personaje con la descripción de su deceso:

Murió el sábado 25 de abril de 1959 y fue sepultado en el Panteón Jardín el domingo 26. Falleció a la edad de 73 años, víctima de una trombosis intestinal que le acarreó la gangrena de una de las asas del intestino. De lo anterior se desprende que, aunque en 1915 a nosotros nos parecía hombre de mucha autoridad y ya maduro, en realidad cuando desempeñó la cartera de Agricultura en el Gobierno de la Convención, sólo tenía escasos 29 años. De su vida y de su obra hablé mientras lo velábamos en las Capillas Gayosso de la Calle Sullivan, con los contados dolientes que nos congregamos en esa ocasión.⁹⁰

Más allá de los datos de utilidad biográfica que nos proporciona, únicos hasta el momento, me parece oportuno que el autor destaque la temprana edad en la que Palafox llegó a puestos de relevancia, no sólo en la estructura zapatista, sino a nivel nacional. La juventud del ex-zapatista, además de ser motivo para ameritar su talento, también puede ayudar a comprender -entre otros factores- algunas de sus atrevidas actitudes dentro del zapatismo y la Convención.

Encontramos también por primera vez, aunque en una fuente algo endeble, algunos de los oficios que ejerció Manuel Palafox antes de su incorporación al zapatismo (contador, comerciante o agente viajero). Tal vez no revelen, a primera instancia, aspectos significativos sobre él, pero a partir de dichos oficios varios historiadores, intentarán comprender las habilidades de Palafox en la organización del movimiento zapatista. Asimismo, será a partir de esta obra, con todo y la parcialidad del autor a favor de Palafox, cuando la figura de éste adquirirá un valor verdaderamente protagónico dentro del zapatismo.

* * * * *

⁹⁰ Gómez, *Las comisiones... op. cit.*, p. 48.

Es momento de plantear algunas consideraciones sobre lo expuesto hasta ahora y con ello terminar este capítulo. Es evidente el carácter biográfico/apologético de la historiografía zapatista en esta primera etapa y la preponderancia de la memoria personal y las anécdotas sobre la consulta documental. Estas constantes tuvieron, sin lugar a dudas, serias repercusiones en la calidad de lo producido. La más notable es el enorme descuido sobre el movimiento en general, en aras de un interés excesivo en la sola figura de Zapata. Con excepción de la parte militar, poco se habla de la organización y composición del Ejército Libertador del Sur. De esta manera, las alusiones sobre dirigentes o jefes militares son escasas o sólo adquieren mayor relevancia cuando alguno de ellos entró en polémica o conflicto con Emiliano Zapata.

A pesar del limitado cuadro que obtenemos de estas lecturas sobre el zapatismo, no dejan de existir elementos sugerentes para los objetivos de este trabajo. Uno de ellos es la persistencia, casi desde el inicio del movimiento, del interés por el papel de los intelectuales. Su cercanía con el líder suriano pronto los hizo blanco de comentarios, críticas, e incluso, ofensas. Su mejor defensa, por otro lado, fue que gran parte de ellos tuvo oportunidad de escribir sobre el zapatismo y su actuación dentro del mismo. Es debido a esto que en algunos casos tenemos unos intelectuales manipuladores y poco identificados con el movimiento, y en otros, unos intelectuales respetuosos y reconocedores de las cualidades rectoras de Emiliano Zapata, que sólo se dedicaron a dar cierta forma a sus peticiones y demandas.

En este contexto aparece Manuel Palafox. Fue su participación en polémicos eventos y su deserción del movimiento lo que atrajo la atención de la

mayoría de los autores, no tanto la importancia de sus labores dentro de la dirigencia zapatista. Quienes aportan más elementos sobre su vida o sus actividades dentro la dirigencia zapatista son aquellos autores que lo conocieron. Por tal motivo, no es casualidad que el retrato más completo y con mayor protagonismo nos lo proporcione un servidor y camarada suyo como Marte R. Gómez. De ahí que en esta etapa podamos hablar más bien de un “Palafox recordado”.

II. PALAFOX RESCATADO

En la medida en la que la investigación sobre el zapatismo dejó de ser territorio, principalmente, de antiguos participantes o testigos de la revolución armada -o más tarde de la “institucionalizada”, y fue emprendida por profesionales de diversas disciplinas (no sólo historiadores), aumentó nuestro conocimiento sobre Zapata, el zapatismo y los zapatistas, incluido Manuel Palafox. La asidua consulta de acervos documentales y la aplicación de diversos modelos teóricos y de distintas herramientas metodológicas, serán la marca que distinguirá a las nuevas generaciones de estudiosos del zapatismo (aunque no a todos por igual).

En el presente capítulo, como resultado de estos cambios, se apreciará el aumento en la cantidad y calidad de investigaciones sobre el movimiento zapatista. Asimismo, se observará que a pesar de la diversidad de temáticas, enfoques y posturas, el interés por los intelectuales del zapatismo será una constante en los trabajos aquí analizados. Cuestiones como la procedencia de estos hombres, su formación ideológica, su actuación e importancia dentro del movimiento suriano, y la relación que mantuvieron con Zapata, los jefes militares y las comunidades zapatistas, son las que encontraremos en los análisis -sean generales o específicos- de estos autores. En este nuevo contexto aumentará de forma considerable el interés en torno a la figura de Manuel Palafox, y a la par, se

le asignará un protagonismo que ya se podía vislumbrar en algunas de las obras de la etapa anterior.¹

Nace un paradigma: una revolución para no cambiar

Iniciamos este capítulo con el análisis de una obra clásica, y sin lugar a dudas, una de las más influyentes en la historiografía de la revolución en general y del zapatismo en particular. Nos referimos a *Zapata y la revolución mexicana*, del historiador estadounidense John Womack Jr, publicada en español en 1969. Su amplia documentación, su ágil narrativa y la originalidad de muchas de sus interpretaciones convirtieron a este libro en un parteaguas para el estudio de la revolución y del zapatismo.²

Womack describe los inicios de la revolución zapatista como un movimiento muy local y de limitadas intenciones, incrustado en una movilización política de carácter nacional. Después de la ruptura con Francisco I. Madero, declarada con la firma del Plan de Ayala, los zapatistas continuaron en rebeldía aunque no se preocuparon mayor cosa por la organización del movimiento.³ En ese entonces la Junta de Ayala (que tenía por dirigente a Zapata) carecía de un campamento fijo, de un cuartel general y hasta de un secretario de tiempo completo, lo que reflejaba

¹ Para la historiografía zapatista de esta segunda parte del trabajo, puede consultarse el estudio de Felipe Arturo Ávila Espinosa, "La historiografía del zapatismo después de John Womack", en Laura Espejel López, coord., *Estudios sobre el zapatismo*, México: INAH, 2000, pp. 31-55.

² Un ejemplo drástico del cambio experimentado y el impacto que provocó, lo proporciona el escritor Alfonso Taracena, a quien ya hemos mencionado. En su libro *Zapata. Fantasía y Realidad*, publicado en 1970, afirma que los biógrafos de Zapata sólo se ocuparon por denigrar a Madero, por lo que escribe su obra "para contrarrestar en algo la labor indigna de los Womack Jr. y demás cronistas de extracción huertista", Alfonso Taracena, *Zapata. Fantasía y realidad*, México: B. Costa-Amic, 1970, p. 6. De acuerdo con el autor, un buen número de las citas de las que hace alarde la obra de Womack, se reducen en detallar una "mera política de campanario" y, en cambio, omite datos fundamentales. *Ibid.*, p.11.

³ Womack Jr, *Zapata... op. cit.*, p. 127.

que “los jefes de Ayala, evidentemente, no querían una estructura complicada de inspiración nacional o local.”⁴

La inesperada llegada de Victoriano Huerta al poder en 1913 modificó de forma radical los planes zapatistas, pues como consecuencia de las prácticas represivas y hostigamiento en la zona morelense, muchos habitantes que no eran zapatistas se sumaron al mando unificado de Emiliano Zapata. En este contexto comenzó a ser necesaria una organización interna del movimiento que lo fortaleciera y expandiera. Womack refiere que, a diferencia del cuartel informal de un año atrás, “ahora ejercía el control profesional de los asuntos de los rebeldes un nuevo director, Manuel Palafox.”⁵ Menciona que mientras Gildardo Magaña se encontraba encarcelado y Montaña descuidaba la administración para convertirse en un “héroe de las armas”, Palafox se constituyó como el “intendente principal del movimiento”. Añade que sus experiencias lo prepararon para el cargo, primero como estudiante de ingeniería en su natal Puebla, y luego como vendedor y contador de diversas compañías en varias partes del país “había aprendido los aspectos más esenciales de la actividad, la precisión, la escrupulosidad y la intriga”.⁶

El autor relata que Palafox conoció a Zapata en octubre de 1911. Como empleado de la hacienda de Tenango le hizo llegar un soborno, por lo que Zapata por poco lo manda matar. Sin ofrecer mayor detalle, refiere que “Zapata lo dejó en libertad y lo envió en una misión a Emilio Vázquez Gómez, en San Antonio, y

⁴ *Ibid.*, pp. 128 y 129.

⁵ *Ibid.*, p. 163. Para hacer el siguiente retrato de Palafox, Womack se valió en buena medida de las “Notas sobre el Gral. Manuel Palafox”, escritas por Marte R. Gómez en 1966. El manuscrito, según el propio Womack, le fue proporcionado por el mismo autor. *Idem.*

⁶ *Idem.*

después de su regreso Zapata había hecho un uso cada vez mayor de sus talentos administrativos y, tal vez, de sus consejos políticos.”⁷ Su papel como fiscal en el juicio de los comisionados de paz enviados por Pascual Orozco en 1913, afirmó su posición dentro del cuartel. El autor concluye su descripción así:

De corta estatura, marcado de viruelas, tenía sólo 26 años de edad, pero estaba dotado de una energía ambiciosa tan intensa que logró imponer un sistema regular hasta en los revueltos asuntos de la oficina de su jefe. Y a medida que coordinaba planes y despachaba órdenes las operaciones rebeldes se fueron estructurando con claridad.⁸

A partir de ese momento Palafox adquiere un papel protagónico, no sólo en el trabajo de Womack, sino en el desarrollo de la revolución zapatista. Prueba de ello es su sustancial participación en la reorganización del ejército como secretario de la Junta Revolucionaria del centro y sur de la República, órgano rector del movimiento, así como su estrecha colaboración con Zapata para organizar la ofensiva sobre el estado de Guerrero desde octubre de 1913 (la toma de Chilpancingo e Iguala se lograría, en colaboración con rebeldes locales, hasta abril de 1914).⁹

Conforme a lo anterior, podemos ver que en poco menos de dos años Manuel Palafox tuvo un ascenso vertiginoso dentro del cuartel zapatista. Se puede resumir, por el momento, que las dos actividades en donde destacó el talento administrativo de Palafox fueron: por un lado, organizar la incorporación de nuevos rebeldes al movimiento, y por otro, dar forma y coherencia a la estructura del

⁷ *Idem.*

⁸ *Idem.*

⁹ *Ibid.*, pp. 168-179. El autor refiere que para ambos casos se emitieron instrucciones a los jefes del ejército zapatista, probablemente redactadas por Palafox, encaminadas en esencia a perfeccionar la estructura formal del mismo.

ejército.¹⁰ Es decir, fue en la estructura interna del zapatismo en donde adquirió su potencial.

Con la derrota del huertismo y el sucesivo encuentro de las facciones revolucionarias, el zapatismo entró al escenario de la política nacional. Dentro de este contexto sucedieron las referidas conferencias con los carrancistas en agosto de 1914. Womack indica que además de una atmósfera de campo ajena a la que los enviados carrancistas vivían, se encontraron con una densa hostilidad. También advierte que este sentimiento, se debía en gran medida a una actitud deliberada por parte del cuartel general, de manera particular de su secretario. De esta manera, después de que en un principio se le hizo a un lado en la concertación de las conferencias, Palafox había recuperado el control de la situación.¹¹ Womack observa un cambio radical en nuestro personaje, pues “en los últimos meses, había surgido en él un devorador apetito de mando. Su firma, en otro tiempo modesta y clara, era ahora ampulosa, hinchada. El pequeño Manuel Palafox se había convertido en figura de relieve nacional, en un ministro en potencia, por lo menos.”¹² Sus aspiraciones, entonces, dependían del sometimiento de Carranza y sus partidarios.

Después de una detallada descripción de lo sucedido en los tres encuentros que sostuvieron carrancistas y zapatistas (basado en la documentación expuesta

¹⁰ Cabe señalar también que fue él quien se encargó de recibir y asignar puestos en la organización zapatista a los intelectuales procedentes de la Casa del Obrero Mundial en 1914, entre los que destacaron Antonio Díaz Soto y Gama, Rafael Pérez Taylor, Luis Méndez y Miguel Mendoza López Schwerdtfeger. *Ibid.*, p. 190.

¹¹ *Ibid.*, p. 200. Womack asegura que la fuente real de la desconfianza hacia los enviados era el miedo que prevalecía en todo el Morelos por los abusos y traiciones de anteriores forasteros. Tal vez por esa razón, sugiere, Zapata partió de Cuernavaca antes de la llegada de los carrancistas. *Ibid.*, p. 201.

¹² *Ibid.*, pp. 200 y 201.

en la obra de Magaña y Pérez Guerrero), Womack realiza un balance de sus resultados.

De acuerdo con el autor, del lado carrancista los comisionados no supieron cómo explicar la dureza con que se les trató en el campo zapatista, pues ellos mismos habían defendido dentro de su bando al movimiento de Ayala. La culpa no recayó para Villarreal en Zapata; el culpable había sido Manuel Palafox. En carta a Emiliano Zapata -documenta Womack-, Villarreal recriminó que todas las amenazas de guerra partían principalmente de Palafox (quien alardeaba la sumisión de Villa al Plan de Ayala). Cabrera, por su parte, opinó ante un agente norteamericano que Palafox imponía condiciones. Sarabia, con mayor dureza, escribió a un amigo anarquista de Estados Unidos que Zapata era un ciego instrumento de bribones hábiles como Palafox y Serratos.¹³

Womack considera, sin embargo, que éstas eran “reacciones, no análisis”. Según él, las conversaciones tuvieron distintos significados para cada uno de los involucrados: para Palafox y Serratos se abría el camino para negociar con los villistas (tal vez con fines personales); para Díaz Soto y Gama fue un punto de reunión de antiguos anarcosindicalistas que ahora militaban en las facciones carrancista, zapatista y villista, y finalmente, para los aldeanos fue la muestra de que el *aislamiento* era la mejor forma de hacer política.¹⁴

Una vez realizada la Convención de Aguascalientes y después de terminar relaciones con el bando carrancistas, las tropas villistas y zapatistas ocuparon la ciudad de México. Sus respectivos líderes, Villa y Zapata, tuvieron una conferencia

¹³ *Ibid.*, pp. 205 y 206. Sin descontar, por supuesto, las acusaciones vertidas en los informes a Carranza.

¹⁴ *Ibid.*, p. 206.

en Xochimilco el 4 de diciembre de 1914. Después de una plática informal, ambos ingresaron a una habitación acompañados sólo por Manuel Palafox.¹⁵ Luego de concertada la alianza Villa-Zapata, mediante el Pacto de Xochimilco, se erigió el gobierno convencionista y ambos bandos reiniciaron sus respectivas operaciones militares.

La situación no tardó en complicarse. Zapata tomó la ciudad de Puebla y la dejó al mando del advenedizo Juan Andrew Almazán, con un cuerpo de antiguos orozquistas. Pronto hicieron tratos con felicistas y liberaron a odiados huertistas. Los jefes villistas reclamaron por la acción, y aunque Palafox sugirió a Zapata no descuidar ese frente, éste hizo poco por arreglarlo. A partir de este incidente, comenta Womack, “en la ciudad de México, Palafox cargó con lo más pesado del resentimiento villista.”¹⁶

Womack destaca, por otra parte, el reparto agrario llevado a cabo en Morelos en 1915, lo que para él fue una verdadera “revolución en la tenencia de la tierra” y un proceso ordenado, en gran parte, por Manuel Palafox. Posicionado como secretario de Agricultura en el gobierno de la Convención, nuestro personaje no tardó en emprender acciones en la cuestión agraria (la cual, según el propio Palafox, tenía “ampliamente estudiada”). El autor señala que “éstos parecían ser tan sólo los comienzos de una carrera histórica. [Pues] Cuando los zapatistas ocuparon la Ciudad de México, Palafox había entrado en el foro de la gloria y del estadismo”.¹⁷ Y agrega que

¹⁵ *Ibid.*, p. 217.

¹⁶ *Ibid.*, p. 219.

¹⁷ *Ibid.*, p. 225.

Todavía no se sabe de qué manera concebía su destino este hombrecillo meticulado, sagaz, apasionado, pues sus archivos privados supuestamente han sido quemados, sus colaboradores han muerto en su mayoría o han aprendido a vilipendiarlo, y sus pocos confidentes supervivientes mantienen el secreto o tienen dudas acerca de él; pero es probable que se haya considerado a sí mismo como otra gran figura reformista de la estirpe que se remontaba a través de los inmortales de mediados del siglo XIX, Benito Juárez y Melchor Ocampo, hasta los ilustrados fundadores de la República. Atrevido e ingenioso en su programa, decidido, arrogante, increíblemente activo, Palafox entró en acción a la primera oportunidad.¹⁸

Después de encargar el cuartel general a Santiago Orozco, Palafox creó un nuevo centro zapatista en la capital. Comenta el autor que, desde el inicio de sus labores, Palafox produjo desconfianza en los agentes norteamericanos, quienes pronto lo tacharon de perturbador. Durante el mes de diciembre, documenta Womack, un agente le pidió un salvoconducto a Palafox para visitar una hacienda de propietarios norteamericanos. Palafox se rehusó y explicó que esas propiedades también serían divididas, sin importar que fueran de norteamericanos. En reportes a sus superiores, el agente informó que Palafox daría mucho trabajo al secretario de Relaciones Exteriores. Posteriormente, lo calificó de “intolerable” y advirtió que sus “rabiosas ideas socialistas” no serían de mucha ayuda, aunque se regocijó al suponer que Villa se encargaría de él cuando se escindieran las facciones.¹⁹

Palafox organizó su secretaría. Fundó el Banco Nacional de Crédito Agrícola, ordenó el establecimiento de una Fábrica Nacional de Herramientas Agrícolas y comenzó a examinar las peticiones de tierras. El 14 de enero fundó una oficina para su reparto, dentro de su propia secretaría. Instó a campesinos de

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 226.

otras regiones, como Hidalgo y Guanajuato, a comenzar el reclamo de sus tierras.²⁰

En Morelos la reforma dio inicio en cuanto pudo organizar las comisiones agrarias. Palafox no tardó en mostrar medidas radicales. Por ejemplo, conservó bajo su control las tierras no distribuidas entre los pueblos, por las que -al parecer- no pagaría indemnizaciones y sencillamente las confiscaría. De igual manera, Palafox confiscó los ingenios azucareros y las destilerías (los primeros se echarían a andar como servicios públicos).²¹

Después de un breve lapso de haber desocupado la capital del país, el gobierno convencionista se reinstaló en el mes de marzo. Palafox y Díaz Soto y Gama comenzaron una dura embestida contra el presidente en turno Roque González Garza. Los reproches entre ambas partes por el incumplimiento de lo pactado desde la conformación del gobierno convencionista se intensificaron. Por ejemplo, Palafox exigió a González Garza recursos para el pago de uniformes del ejército sureño. El presidente se negó y trató de sacarlo del gabinete. Díaz Soto y Gama arregló una tregua, pero Palafox no cejó en su comportamiento

²⁰ *Idem.*

²¹ *Ibid.*, p. 231. Womack comenta que Palafox no estuvo lejos de tentaciones durante el ejercicio de su cargo. Refiere, por ejemplo, que en marzo de 1913 el estadounidense Hubert L. Hall, quien había sido administrador de un hotel en Cuernavaca y había adquirido tierras en los alrededores del pueblo de Santa María, con la intención de recuperarse de las pérdidas causadas por los rebeldes zapatistas en sus propiedades desde 1911, intentó organizar una compañía para el "fraccionamiento de terrenos" en la que serían accionistas Zapata y sus principales jefes, pero su propuesta fue rechazada. Con el triunfo de los revolucionarios a mediados de 1914, de nuevo puso en marcha sus planes. En Estados Unidos, después de presentarse como amigo de Zapata y con una actitud zalamera -comenta Womack- logró conseguir credenciales diplomáticas para presentarse en el campamento zapatista. Presentó a varios jefes su proyecto de la Colonia Cooperativa del Ejército Libertador. Pocos fueron quienes en verdad lo escucharon. Cuando visitó a Palafox en abril de 1915, en la Ciudad de México, la respuesta no fue un rechazo formal, pero Palafox investigó si Hall era en verdad agente estadounidense. La respuesta que obtuvo fue negativa. A partir de ese momento, Hall no volvió aparecer en los asuntos de Morelos. *Ibid.*, pp. 232-235.

“irrespetuoso”, por lo que González Garza lo obligó a renunciar. Zapata llegó a la ciudad para exigir, en vano, su restitución. Un mes más tarde cayó González Garza, y con un nuevo ejecutivo, Palafox regresó a su puesto.²²

Al transcurrir el año, el gobierno convencionista comenzó a perder terreno. En agosto, el general carrancista Pablo González ocupó la ciudad de México. El 10 de octubre, instalada en Toluca, la Convención se dividió. Los villistas huyeron al norte y los zapatistas hacia Morelos, “donde, dirigidos por Palafox, reunieron los restos [de la Convención] y los declararon encarnación oficial y exclusiva de la revolución nacional.”²³ Womack indica que los secretarios zapatistas no se percataron de la solidez e importancia del movimiento constitucionalista, y que al actuar como voceros de los morelenses sólo alimentaron sus “obstinadas esperanzas”. También recalca el papel dominante de Palafox y su intolerancia hacia cualquier conciliación, pues “a medida que él y Soto y Gama fueron perdiendo poder, se fueron volviendo más intransigentes en la política.”²⁴ De esta manera, observa el autor, en los años 1915-1916 “apareció el mismo complejo de tensiones que se había producido en 1914: la retirada de Zapata de la política grave e importante y la rígida oposición de Palafox.”²⁵

El 26 de octubre de 1915, a pesar del ambiente adverso, se publicó una ley agraria “radical y notable”, en palabras del autor.²⁶ De los coautores probables, indica Womack, sin duda Palafox era el más importante. La ley proveía al secretario de Agricultura amplia autoridad sobre la propiedad urbana y rural y los

²² *Ibid.*, p. 235.

²³ *Ibid.*, p.241.

²⁴ *Ibid.*, pp. 241 y 242.

²⁵ *Ibid.*, p. 242.

²⁶ Esta medida puede entenderse como respuesta a la ley agraria expedida por el bando carrancista el 6 de enero de 1915.

recursos naturales, y hacía al Secretaría de Agricultura la agencia central de la reforma nacionalizadora en México.²⁷

Por su parte, el ejército carrancista reinició acciones de guerra contra los sureños a finales de 1915. En mayo del año siguiente, Pablo González tomó Cuernavaca y declaró terminada la campaña. Las tensiones dentro del cuartel general fueron evidentes. Durante esos meses jefes importantes como Francisco Pacheco, Otilio Montaña y Lorenzo Vázquez, se quejaron de que las derrotas que estaban sufriendo eran culpa de los convencionistas Palafox y Díaz Soto y Gama, pues ellos habían impedido negociar con los constitucionalistas.²⁸ Pacheco fue fusilado en abril por establecer vínculos con Pablo González. Montaña y Vázquez no tardarían en correr la misma suerte.

En noviembre de 1916 los carrancistas detuvieron su avance. El cuartel general creyó haber derrotado al adversario. Ese mismo mes, a sugerencia de Zapata, Díaz Soto y Gama estableció el Centro de Consulta para la Propaganda y la Unificación Revolucionaria, con la intención de continuar con la reforma y refundación del estado morelense. Entre sus creadores se encontraba Manuel Palafox. El Centro a su vez se subdividía en Asociaciones para la Defensa de los Principios Revolucionarios, encargadas de fomentar entre los morelenses los principios y el valor de la lucha. En febrero de 1917 se emitió la primera ley, elaborada por Palafox, que disponía dotar de un cargo regular a los

²⁷ *Ibid.*, p. 243.

²⁸ *Ibid.*, p. 258

representantes de los pueblos en la problemática agraria, independiente del consejo municipal.²⁹

Deshecho el gobierno de la Convención, los líderes zapatistas decidieron que desde el cuartel general, de nuevo, salieran las órdenes superiores. Palafox dividió el cuartel en los departamentos de Agricultura, Guerra, Educación y Justicia, y Hacienda y Gobernación. La atención especial sería sobre los asuntos municipales.³⁰ Sin embargo, con todo y sus esfuerzos, el gobierno zapatista – afirma Womack- en la práctica “fue una serie de actos burdos y desarticulados.”³¹

Cuando Carranza asumió la presidencia el 1º de mayo de 1917, los zapatistas debían definir el rumbo que tomaría su oposición. Sus posibles caminos, señala Womack, eran: 1) deponer las armas; 2) conseguir aliados o 3) continuar como un movimiento independiente.³² Mientras se presentaban estas interrogantes, en el cuartel general florecieron las intrigas: Lorenzo Vázquez y Otilio Montaña fueron fusilados ese año.³³

En 1918 la política zapatista tomó nuevos y decisivos derroteros. La prioridad para Zapata en la política exterior con Gildardo Magaña como delegado y la importancia de la conciliación con gente dentro y fuera del gobierno, excluyeron a Palafox del primer plano de la política zapatista. Su característica intransigencia

²⁹ *Ibid.*, pp. 271-273.

³⁰ *Ibid.*, p. 274.

³¹ *Ibid.*, p. 276.

³² *Ibid.*, p. 279.

³³ *Idem.*, p. 279. Sobre el fusilamiento de ambos el autor acepta algunas versiones ya mencionadas en este trabajo. Sobre Vázquez, Womack da cuenta de sus continuas quejas por ser víctima del rechazo de Palafox y Soto y Gama. En cuanto a Montaña, el autor comenta -como ya lo había hecho Octavio Paz- que Zapata nunca había sentido mucho respeto por él y que, además, era incapaz de escribir una simple oración. También refiere las continuas sugerencias que le hizo a Zapata para abandonar la lucha. Así, al ser desplazado del cuartel comenzó a estrechar vínculos con Pacheco y Vázquez. A estas bajas se agregó la muerte de Eufemio Zapata y las desertiones de otros jefes. *Ibid.*, pp.280-282.

le fue de poca ayuda en este nuevo contexto. Palafox se dedicó “compulsivamente” -califica Womack- a ejecutar reformas locales. Presumía que un agente estadounidense había dicho que su reforma agraria era “el mejor del sistema del mundo”. Tampoco tardó en proclamarse autor del Plan de Ayala. Así, durante la primavera de 1918 -considera Womack- Manuel Palafox “se vino abajo”. Debido a su comportamiento y a rumores acerca de su homosexualidad, fue objeto de desprecio y burla dentro del cuartel general. Zapata consideró matarlo, pero Magaña le advirtió lo riesgoso de otra baja después de la de Montaño. Zapata reconsideró su decisión y envió a Palafox al campamento de Tochimilco, bajo las órdenes del propio Magaña.³⁴

Palafox huyó de Tochimilco junto con su colega Enrique Bonilla, y se refugió en el campamento de Cirilo Arenas.³⁵ Desde ahí envió en noviembre un Manifiesto a los sureños en el cual les pedía abandonar a Zapata y unirse al movimiento agrarista que acababa de organizar. Mencionaba que proseguiría la lucha por el Plan de Ayala bajo el lema “Tierra y Libertad”. Aunque Palafox estaba aún “en desgracia” entre los zapatistas, Womack comenta que quien se aliara a él estaría en condiciones de formar parte del prometedor movimiento opositor encabezado por Manuel Peláez, quien dominaba los campos petroleros de Tamaulipas y defendía los intereses de terratenientes y de compañías petroleras. Empero, no hubo ninguna deserción importante ante este llamado, los pocos que enviaron respuesta lo hicieron para insultarlo y echarle en cara su ingratitud.³⁶

³⁴ *Ibid.*, pp. 301 y 302.

³⁵ *Ibid.*, p. 306.

³⁶ *Ibid.*, pp. 308 y 309. Maurilio Mejía se dirigió a él como “un pobre diablo de sexo equivocado” y Emigdio Marmolejo como “hombre intrigante y malagradecido”. *Ibid.*, p.309.

Acaecida la muerte de Zapata el 10 de abril de 1919, comenzó la elección del nuevo jefe del movimiento. Uno de los jefes locales que tuvo esta pretensión fue el veterano Francisco Mendoza. Womack indica que lo alentaba, en gran parte, su secretario Arturo Deloy, quien había sido en otro tiempo ayudante de Palafox. Desde mediados de abril Palafox comenzó a escribir a zapatistas que no se rindiesen, pero que tampoco no se volvieran felicistas. En julio, envió cartas a los jefes de Morelos y Puebla, en las cuales decía que se encontraba en Oaxaca cumpliendo la misión del difunto Zapata y les pedía ayuda a sus antiguos camaradas. Para contrarrestar esta acción, Gildardo Magaña, uno de los pretendientes a suceder el cargo de Zapata, relató en una circular “la vergonzosa historia de la destitución de Palafox”³⁷.

Sin embargo, Palafox, de regreso en el cuartel de Peláez, informó que se debía sacar provecho de la reticencia de varios jefes hacia Magaña. A fines de julio Palafox entró en contacto con Deloy. En carta del 10 de agosto, Palafox le proponía unificar a los surianos. Le explicó las causas de la caída del movimiento, entre las que consideraba las constantes distracciones de Zapata con los gallos, los caballos, las mujeres y la bebida. También mencionaba que al apoderarse Magaña del cuartel general, surgieron las divisiones y desuniones, y que poco le faltó para asesinarlo a él mismo, razón por la que tuvo que huir del campamento. Por último, le pedía a Deloy que recordara a Mendoza las ofensas que le hizo el propio Zapata.³⁸

³⁷ *Ibid.*, pp. 335.

³⁸ *Ibid.*, p. 336.

Nada ni nadie, no obstante, convenció a Mendoza de romper con el moviendo local. En su respuesta a Palafox, el 20 de agosto, Deloy le informó a éste que cesaría de insistirle a Mendoza. Además, le insinuó que su presencia en estos asuntos aumentaría las posibilidades de disensión en el movimiento.³⁹

Con el suceso anterior concluye la aparición de nuestro personaje dentro del relato de Womack. Sin lugar a dudas nos encontramos ante el inicio de un verdadero *rescate* de la figura de Manuel Palafox y de la revolución zapatista en general.

Según lo descrito por Womack, son visibles dos perfiles contradictorios en las acciones de Palafox. Por un lado, encontramos a un hombre destacado por su fuerte presencia y eficacia en el funcionamiento interno del Cuartel General. Por el otro, un personaje con una constante reticencia (o intransigencia) para concertar pactos y relaciones con otras fuerzas políticas, es decir, fuera del ámbito zapatista. En pocas palabras, su fuerza la adquirió y desarrolló en la estructura interna del zapatismo, en su órgano rector, desenvolvimiento que es bien ilustrado en la obra de Womack. Durante el gobierno convencionista, en cambio, cuando Palafox descuidó esa posición por dedicarse a la “alta política”, dejó de funcionar para el zapatismo. Esta debilidad también se evidenció en su interacción con otros políticos mejor preparados que él en ese terreno, tal es el caso de Luis Cabrera.

Ahora bien, ¿qué tan relevante es el papel no sólo de Palafox sino de los intelectuales en general durante la revolución zapatista? Es claro que buena parte del estudio de Womack se centra en la dirigencia del zapatismo, por lo tanto, los intelectuales son personajes de primer orden en su estudio: con una indudable

³⁹ *Ibid.*, p. 337.

aportación (ya sea con sus logros, limitaciones o fracasos) en la organización, en la diplomacia, en la propaganda y en las negociaciones de la facción zapatista con las otras. Dentro de este marco, Womack también observa los desencuentros existentes entre el grupo intelectual y los jefes locales, así como las diferencias al interior de ambos grupos.

Por otra parte, Womack comienza a desentrañar una cuestión que con anterioridad se plantearon de alguna manera varios autores: la relación entre los intelectuales y las bases sociales o populares del movimiento zapatista, específicamente, las comunidades campesinas. En pocas palabras la interacción entre los “hombres instruidos” y el común de los campesinos.

Womack describe esta relación tensa y de constante cabildeo. En ocasiones encontramos a hombres como Palafox y Magaña trazando -e incluso imponiendo- las directrices a seguir por el movimiento suriano, mientras que en otras los vemos llegar sólo hasta donde las comunidades lo permitían, hasta donde les fuera conveniente, más aún, aparecen sin relevancia alguna cuando los pueblos pusieron en marcha *su* revolución. Esta paradoja, bien advertida por Womack, aunque no del todo dilucidada, será parte de un debate constante en las nuevas generaciones de estudiosos del zapatismo.⁴⁰

El interés de Womack por nuestro personaje no decreció con el paso de los años. Si bien abandonó casi por completo el estudio del zapatismo, no desaprovechó otros trabajos para hacer mención del tema. Este es el caso de su

⁴⁰ Una de las características de la obra de Womack -como él mismo lo advierte en su prefacio- es que su análisis no es explícito, el relato mismo lo incluye, lo envuelve. En esta peculiar característica algunos autores han visto un manejo magistral de la narrativa histórica, mientras que otros han criticado la falta de un posicionamiento claro por parte del autor; Arturo Warman, por ejemplo, le llama “timidez declarativa”.

ensayo “La revolución mexicana, 1910-1920” publicado en 1986. Con un balance distinto sobre la revolución en general y un cambio de enfoque en su estudio (ya no sobre la revolución social, sino en torno a la gestión política), nuestro personaje adquiere distintas connotaciones. Su anterior escrupulosidad, intransigencia, hostilidad y ambición, no son parte de este nuevo Manuel Palafox, “que había mostrado ser un honrado, respetable, astuto, intrépido y visionario ejecutor de la reforma agraria.”⁴¹ Tampoco vemos a los antiguos miembros de la Casa del Obrero Mundial con una decisiva participación en la dirección del movimiento, ahora tenemos que “los anarquistas no figuraban en las decisiones que tomaban los zapatistas en cuestiones de estrategia o normas de actuación. Pero lo que sí hicieron fue divulgar el zapatismo como azote de la civilización burguesa.”⁴²

La nueva perspectiva del autor sobre la revolución, me parece, hizo más evidentes aquellas opiniones que no expresó con claridad en su primer trabajo, e incluso, provocó su cambio de posición (es decir, con más énfasis en la actividad política -en especial- de la dirigencia zapatista, que en la dinámica social del zapatismo). Un ejemplo más puede ratificar esto.

En un año mucho más reciente, Womack reiteró la enorme atracción que le causaba nuestro personaje. En su artículo “Los estudios del zapatismo: lo que se ha hecho y lo que hay que hacer”, publicado en el año 2000, el autor, entre otras cuestiones, recalca la falta de un estudio que nos dijera quién fue Manuel Palafox. En este trabajo, Womack sostiene que Palafox fue el secretario más importante del zapatismo, pues al coordinar las fuerzas sociales del sur en 1913 y 1914, hizo

⁴¹ John Womack Jr., “La revolución mexicana, 1910-1920”, en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina* [1986], trad. Antonio Acosta, t. 9, Barcelona: Crítica, 1986, p. 106.

⁴² *Idem.*

del zapatismo una fuerza de carácter nacional de 1914 a 1915. Y agrega que “fue ésta una obra formidable, histórica, definitiva. *Yo creo que sin Palafox, el zapatismo, por admirable que fuera, nunca hubiera llegado a tener la influencia que alcanzó en algunas regiones del país, ni en el Sur mismo.*”⁴³

Corroboramos el cambio advertido con una propuesta, a mi juicio, bastante atrevida. Por el momento sólo nos enfocaremos a analizar la sugerencia de Womack. La necesidad de un estudio sobre nuestro personaje planteada por el autor, no es proporcional a las sugerencias sobre posibles líneas o vías de investigación. Me parece que esto tiene que ver con el desinterés del autor sobre el tema zapatista –que él mismo acepta- en los años siguientes a la elaboración de su *Emiliano Zapata y la Revolución Mexicana*. Creo que el desconocimiento de nuevas aportaciones (sobre todo los de los años 80's), tanto documentales como interpretativas, condujo al autor a realizar preguntas sustentadas en el vacío, sin propuestas concretas.

Con todo, la novedad y perspicacia de las aportaciones de Womack -así como sus limitaciones-, se constituyeron en referentes obligados para el estudio del zapatismo. El cambio radical efectuado en la historiografía posterior a su primer obra será el mejor testimonio de su trascendencia.⁴⁴

⁴³ John Womack Jr, “Los estudios del zapatismo: lo que se ha hecho y lo que hay que hacer”, en Laura Espejel López, coord., *Estudios... op. cit.* Las cursivas son mías.

⁴⁴ Es justo señalar que *Las luchas campesinas del siglo XX* de Eric Wolf, aparecido en 1969, fue otra de las obras que catalizaron dicho cambio. Si bien este análisis comparativo aborda al movimiento zapatista, me parece que la aportación de Wolf al tema -en esta y otras tantas de sus obras- es más teórica que histórica, por lo que darle cabida en el presente estudio implicaría también la de otros tantos estudiosos como Eric Hobsbawm, Barrington Moore y Teodor Shanin, por mencionar algunos, sin duda alguna importantes, pero cuya discusión desbordaría los límites de este trabajo.

El acecho marxista

El mismo año que apareció la obra de Womack, también se publicó *Zapata: ideología de un campesino mexicano*, de Robert Millon. Desde un enfoque marxista (poco flexible) el autor sitúa al zapatismo dentro una revolución nacional antifeudal, antiimperialista y democrática-burguesa.

Millon enfatiza en la consistencia de la trayectoria agrarista del zapatismo, desde el Plan de Ayala hasta el Programa de Reformas de la Convención. De igual manera, afirma -contra opiniones que aún prevalecían- que sus propósitos no eran socialistas, anarquistas o indigenistas.⁴⁵

El autor alude a la presencia de intelectuales *pequeñoburgueses* como Díaz Soto y Gama, Gildardo Magaña y Octavio Paz Solórzano, dentro del movimiento. Afirma que es evidente la influencia de sus conceptos en las declaraciones públicas de los zapatistas, pero que la misma situación prevalecía en otras facciones. Sugiere que tal vez la generalidad de los zapatistas no era capaz de expresar claramente sus objetivos o planear de manera adecuada las reformas que necesitaba, como lo hacían sus intelectuales, pero considera como una “altanería” suponer que el campesino zapatista era incapaz de comprender la situación que vivía o que estaba desinteresado de los cambios que precisaba. Por el contrario, argumenta que el “campesino había adquirido la comprensión de sus problemas y los medios para solucionarlos a través de sus experiencia de la vida diaria.”⁴⁶

⁴⁵ Robert Paul Millon, *Emiliano zapata: ideología de un campesino mexicano* [1969], México: El Caballito, 1977, pp. 95-99.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 101.

Millon toca un punto básico en su argumento al subrayar la presencia de 'intelectuales' en otras facciones, pues parece, según veo, una contestación contra el prejuicio que suponía a los campesinos (en este caso a los zapatistas) como el único -o casi único- sector social susceptible a la manipulación de los políticos de la ciudad, tanto para los actores de la época, como para varias generaciones de escritores de la revolución.

Sin embargo, muchas de las categorías marxistas empleadas –y en no pocos casos forzadas- por Robert Millon, deslucen opiniones como las anteriores. Si a esto sumamos la poca novedad de datos que proporciona -pues sólo se valió de fuentes secundarias-, la aportación de esta obra para nuestro tema es más bien escasa. En todo caso, el trabajo de Womack le hubiera resultado útil, pero la coincidencia en la fecha en que aparecieron sus respectivos trabajos le imposibilitó su consulta.

La revolución del proletariado

Adolfo Gilly publicó *La revolución interrumpida* en 1971. La efervescencia político-social de esos años y su novedoso y polémico enfoque sobre el proceso revolucionario, hizo de este libro lectura obligada. Para Gilly, el campesinado nacional fue el factor más importante en el inicio de la revolución, pero sus propias limitaciones de clase le impidieron tender lazos con el proletariado, quien a su vez carecía de organización y dirección para guiar por cuenta propia la revolución. Sólo bajo su dirección se podría haber alcanzado el triunfo de la revolución.⁴⁷

⁴⁷ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder* [1971], México: El Caballito, 12ª ed, 1979, pp. 49-56.

Dentro de este esquema el autor analiza el movimiento zapatista, pero a diferencia de Millon, Gilly construye un panorama más completo y menos endeble (en parte, por ser más histórico). El periodo al que mayor tiempo dedica es el de los años de 1914 y 1915, en los que cobró vida “La comuna de Morelos” y en donde Palafox aparece como figura indiscutible.⁴⁸

El análisis que hace de nuestro personaje se centra en dos aspectos. Por un lado, en la expedición de la ley agraria de octubre de 1915, a la que considera sin lugar a dudas inspirada y redactada por Palafox; y por otro, en su decadencia dentro del movimiento revolucionario.

Gilly sostiene que la ley era la expresión legal de las acciones emprendidas por los campesinos y las comisiones agrarias desde principios de 1914, mismas que Palafox echó a andar. Gilly destaca -al igual que Womack- la radicalidad de las medidas que decretaba. Considera que a pesar de su escasa aplicación, su importancia residía en su significado pragmático, puesto que era un “programa de transformación completa del país a partir de las medidas agrarias revolucionarias.”⁴⁹ De acuerdo con el autor, su puesta en marcha en algunas zonas de Morelos es lo realmente significativo, puesto que no había existido un antecedente de Estado obrero (o campesino) hasta ese entonces en la historia. El único suceso similar había sido la Comuna de París. Es por esto que Gilly considera la posibilidad de que entre las lecturas de Palafox se encontraran algunas sobre tal evento.⁵⁰

⁴⁸ El autor aclara que la mayor parte de su relato sobre este periodo está basado en la obra de Womack, aunque su interpretación sea distinta. *Ibid.*, p. 236.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 250.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 251 y 252.

El autor arguye que la promulgación de la ley sólo fue posible debido a la conjunción de la iniciativa y voluntad de las masas, y a las posiciones socializantes del ala radical de Palafox.⁵¹

Con respecto a lo anterior, para Gilly es clara la existencia de tres sectores en la estructura zapatista: el campesinado, los jefes campesinos con Zapata a la cabeza y un pequeño grupo de secretarios (pequeñoburgueses) que formaban parte del “estado mayor político” zapatista y que en cierto modo eran sus portavoces. Entre ellos el más importante e intransigente era Palafox, quien reflejaba el estado de ánimo de los zapatistas. Asimismo, dentro de este “estado mayor político”, el autor distingue tres posiciones: la izquierda representada por Palafox, el centro liderado por Díaz Soto y Gama y la derecha conciliadora encabezada por Magaña.⁵²

Entre 1916 y 1917, nuestro personaje perdió terreno ante la corriente de Díaz Soto y Gama. Palafox se hallaba –señala Gilly- en medio de una crisis personal y el derrumbe de su perspectiva política. Comenzó así su decadencia dentro del movimiento.⁵³ A juicio de Gilly, el fusilamiento de Otilio Montaña marcó el fin político de Palafox, quien además ya no podía ofrecer una política nueva y había renunciado a la que alguna vez llevó a cabo.⁵⁴

En 1918 se produjo la crisis definitiva. Palafox fue relegado de los problemas políticos y se le echó en cara su anterior intransigencia. Gilly considera que “la acusación era falsa, porque la intransigencia de Palafox era un reflejo del

⁵¹ *Ibid.*, p. 252.

⁵² *Ibid.*, pp. 256-258.

⁵³ *Ibid.*, p. 275.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 277.

ascenso de la revolución campesina, no una cualidad de su persona, así como su crisis actual era reflejo del descenso de esa misma revolución.”⁵⁵

Sin embargo, agrega el autor, mientras los campesinos resistían en armas, la “debilidad de clase” de Palafox lo llevó al derrumbe personal. De acuerdo con Trotsky, cita Gilly, la revolución desgasta rápidamente a los hombres, empero – continúa el autor- el líder ruso “se refería a hombres de temple teórico, político y de clase muy superior al de los improvisados políticos del ejército suriano.”⁵⁶ Por último, hace referencia a las acusaciones sobre su homosexualidad, su confinamiento y su deserción.⁵⁷

En cuanto a la relación entre Zapata y sus intelectuales, Gilly afirma que “Zapata, no sus secretarios, era quien encarnaba la centralización del poder. Los campesinos a través de él se veían ellos mismos ejerciendo el poder central, tal como lo ejercían en los pueblos.”⁵⁸ Por tal razón, ninguno de sus secretarios pequeñosburgueses igualó su autoridad y la confianza depositada en él. No obstante, Gilly nota diferencias entre ellos, como ya se ha mencionado.

A décadas de distancia, resulta atrevido sostener varios elementos de la polémica interpretación de Gilly (sin olvidar su escaso apoyo documental). Sin embargo, existen algunos puntos rescatables. Si tomamos en cuenta el papel primordial que Gilly asigna al campesinado y el ortodoxo análisis teórico al que somete a la revolución en general, es de llamar la atención la importancia del *pequeñoburgués* Manuel Palafox en su relato. Gilly sustenta esta posición -

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 279 y 280.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 280.

⁵⁷ *Idem.*

⁵⁸ *Ibid.*, p. 299.

bastante sugerente- al considerar que en Palafox se depositó el impulso revolucionario del campesinado; razón por la que incluso llega a diferenciarlo y ponerlo por encima del resto de sus compañeros intelectuales.

Es decir, es la autenticidad de las funciones de Palafox la que lo distingue del resto. Que debido a su “debilidad de clase” no culminara como un hombre “de temple” su participación en la revolución, es discutible. Es más rescatable, en cambio, cuando lo sitúa dentro de la dinámica del propio movimiento y como reflejo de los altibajos que éste padeció, aunque esto también se pueda discutir.

La mirada diplomática

En el año de 1979 hicieron su aparición los volúmenes cuatro y cinco de la *Historia de la Revolución Mexicana*, obra colectiva editada por el Colegio de México. Los volúmenes mencionados son de la autoría de Berta Ulloa y llevan por título *La revolución escindida* y *La encrucijada de 1915*, respectivamente. En el primero de ellos, la autora analiza la instauración y caída del gobierno convencionista. La parte inicial de la obra es una breve descripción de las tres fuerzas protagonistas del periodo: carrancistas, villistas y zapatistas. Entre otras características, refiere que los tres jefes que las encabezaron se rodearon de hombres cultos, pero que ninguno logró ejercer influencia decisiva sobre ellos.⁵⁹ Del bando zapatista menciona a Gildardo Magaña, Dolores Jiménez y Muro y Paulino Martínez, provenientes de la frustrada conspiración de Tacubaya de 1911. También

⁵⁹ Berta Ulloa, *La revolución escindida*, México: El Colegio de México, 1979, p. 5 (*Historia de la Revolución Mexicana*, periodo 1914-1917, núm. 4).

considera a ex-integrantes de la Casa del Obrero Mundial, como a Antonio Díaz Soto y Gama y Rafael Pérez Taylor.

Ulloa da cuenta de algunos acercamientos entre las facciones anteriores a la conformación del gobierno convencionista. Uno de ellos fue el que realizaron zapatistas y carrancistas en agosto de 1914. En ese momento -dice la autora- había tres tendencias dentro del cuartel zapatista:

...la de los antiguos miembros de la Casa del Obrero, dispuestos a hacer concesiones para unificar a los revolucionarios de principios con los anarcosindicalistas; la de Zapata y los jefes locales, y el grupo de Manuel Palafox, que era hostil a cualquier arreglo y acabó por imponerse.⁶⁰

De nuevo, nuestro personaje adquiere un rol protagónico dentro la política zapatista, aunque la autora no abunda en explicaciones.

Al describir la puesta en marcha del gobierno convencionista, Berta Ulloa nos expone -con base en documentos procedentes de archivos estadounidenses- varios sucesos de la trayectoria política de Palafox como miembro del gabinete, desconocidos hasta ese entonces. Uno de ellos, son las fricciones que tuvo con los agentes estadounidenses León J. Canova y John R. Silliman durante los últimos días de 1914. Una de las tareas de estos agentes era proteger al ex-gobernador huertista Eduardo Iturbide, quien se había esforzado en cuidar los bienes extranjeros durante 1914. Al mismo tiempo, las autoridades zapatistas ya habían ordenado su aprehensión por “crímenes contra el pueblo”. Iturbide se refugió en la embajada inglesa. Silliman consiguió la promesa de Díaz Soto y Gama y Rodrigo Gómez de retirar la orden, aunque no descartaron juzgarlo después. William J. Bryan, secretario de Estado norteamericano, insatisfecho con

⁶⁰ *Ibid.*, p. 21

la labor de Silliman y Canova, se hizo cargo del asunto. Éste consiguió salvoconductos para trasladar a Iturbide hacia el norte y logró que Villa no se percatara de que iba escondido en un tren.⁶¹

Palafox fue el primero en enterarse del escape. Declaró que acusaría a Silliman y Canova de venderse a Iturbide, y logró que Villa dictara una orden de aprehensión contra Iturbide. Bryan amenazó a Villa y Zapata con atenerse a las consecuencias si se llevaban a cabo las decisiones de Palafox. Villa no se intimidó y prosiguió con la búsqueda, aunque finalmente no evitó la fuga.⁶² Palafox, quien a juicio de Ulloa “se había mostrado tan arrogante, imperioso e inflexible”, cumplió su amenaza y publicó en la prensa de El Paso su acusación contra Silliman y Canova. Sin embargo, ante las presiones de otros agentes norteamericanos y miembros del gabinete convencionista, Palafox se retractó de sus declaraciones, negó su acusación y la retiró en el mes de enero.⁶³

Otro episodio que aborda Ulloa es el relativo a las diferencias entre Palafox y Roque González Garza, quien relevó a Eulalio Gutiérrez en la presidencia por mandato de la Convención.⁶⁴ Las fricciones comenzaron desde enero de 1915, pero fue en abril –de acuerdo con la autora– cuando ocurrió el choque más violento, pues González Garza descubrió y desconoció “contratos turbios” que realizó Palafox durante la presidencia de Gutiérrez.⁶⁵

⁶¹ *Ibid.*, pp. 85-88.

⁶² *Ibid.*, pp. 87 y 88.

⁶³ *Ibid.*, pp. 90 y 91.

⁶⁴ Aunque el conflicto había sido abordado anteriormente (por Taracera y Womack, principalmente), Berta Ulloa, valiéndose de nueva documentación, nos presenta un cuadro mucho más completo.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 139.

Uno de ellos era relativo a la construcción de unos edificios en Pachuca y otro para proveer de 20,000 uniformes al ejército zapatista. Palafox montó en cólera, insultó a González Garza y lo acusó de desviar fondos originalmente destinados a la Secretaría de Agricultura y al ejército. Sin amedrentarse, González Garza comunicó a la asamblea convencionista y a Zapata su decisión de cesar a Palafox. Díaz Soto y Gama intervino y logró que el presidente cesara en su empeño al advertir que podría sobrevenir una ruptura. González Garza accedió pero a cambio de que otro zapatista que también lo acosaba, el ministro de Justicia Jesús Rodrigo Gómez, fuera sustituido.⁶⁶

Pronto volvieron los ataques de los zapatistas. El presidente pidió el cese de Palafox y fue aprobado por la asamblea. Zapata recriminó la decisión y anunció que partiría a la ciudad de México para arreglar el asunto. La prensa comunicó las declaraciones de ambas partes. Palafox dijo que no renunciaría porque la asamblea sesionó ilegalmente, sin descontar que no se le habían probado los cargos y que tampoco se le dio oportunidad de defenderse.⁶⁷ El gobierno, por su parte, entregó a la prensa un informe detallado sobre los altercados y la correspondencia que Palafox mantuvo con el contratista de uniformes. Zapata y el presidente se entrevistaron, y aunque aparentemente quedaron en buenos términos, a su regreso a Morelos, Zapata ordenó a sus representantes en la asamblea destituir al presidente si insistía en cesar a Palafox.⁶⁸

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 139 y 140

⁶⁷ *Ibid.*, p. 140. Cabe anotar que son los mismos argumentos presentados por Otilio Montaña ante la sentencia que le dictó el Consejo de Guerra, encabezado por Manuel Palafox.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 140 y 141

Para mayo de 1915 la situación era insostenible. González Garza renunció al poder ejecutivo, no sin quejarse en su último informe de las continuas obstrucciones de los zapatistas e insistir en el cese de Palafox.⁶⁹

En *La encrucijada de 1915* la autora realiza una revisión particular de cada facción revolucionaria en tiempos de la convención. En el caso zapatista, nos interesa en particular cuando aborda los conflictos internos.

Ulloa destaca, basada en la obra de Womack, las rivalidades existentes entre los pueblos mismos y los conflictos entre las autoridades militares y las civiles. La autora refiere los constantes abusos por parte de núcleos de poder militar sobre las autoridades civiles, a las cuales se negaron a entregar el territorio nacionalizado.⁷⁰ Como ejemplo, aunque sin emitir opinión alguna al respecto, cita una queja de Roque González Garza dirigida a Villa, en la cual expresa que varios jefes militares zapatistas se quedaron con algunas las mejores tierras y que de esta manera crearon una nueva clase de terratenientes, como el “bribón” de Palafox”.⁷¹

Por otra parte, Ulloa acepta la importancia de nuestro personaje en la reforma agraria llevada a cabo en Morelos. Sin embargo, la nacionalización de las haciendas y las tierras que no pertenecían a los pueblos llevada a cabo por el secretario de Agricultura, que hasta ahora era vista como la acción más radical y de mayor expresión de la revolución zapatista, no parece serlo para Ulloa. Señala que Palafox conservó muchas tierras y que eso le acarreó acusaciones como la de

⁶⁹ *Ibid.*, p. 141.

⁷⁰ Berta Ulloa, *La encrucijada de 1915*, México: El Colegio de México, 1979, p.129 (*Historia de la Revolución Mexicana*, periodo 1914-1917, núm. 5). Aunque el propio Womack acepta que los abusos eran ocasionales y personales.

⁷¹ *Ibid.*, p. 130.

“bribón”, antes mencionada, por parte de González Garza.⁷² Lo que no especifica es el uso -o mal uso- que hizo de ellas, sin olvidar que no proporciona otra fuente que no sea la correspondencia del propio González Garza.

Otro episodio que involucra a nuestro personaje es la malograda empresa del viajero norteamericano Huber L. Hall, en el territorio morelense, mismo que ya había sido tratado por Womack. No obstante, Ulloa añade ciertas precisiones. Por ejemplo, Womack habla del obstáculo que implicaba para Hall no haber obtenido un reconocimiento oficial del gobierno de su país. La autora agrega, por su parte, que los agentes especiales norteamericanos instalados en la capital, los mismos que ya han sido referidos, culparon a Hall de hostilizarlos a través de Manuel Palafox y de haberlos delatado ante él por proteger y ayudar a la fuga de Eduardo Iturbide.⁷³ Además, cita que el 25 de mayo de 1915 la publicación *The Mexican Herald* informaba que Palafox había concedido las tierras a Hall, pero indica que la autorización se derrumbó junto con el gobierno de la Convención. No obstante, Ulloa no discute la autenticidad de esta concesión, pues no pone a juicio la fuente citada ni ofrece otra que le dé sustento.⁷⁴

Como puede observarse, en ambos volúmenes Palafox aparece de nuevo en un papel protagónico y como representante de la corriente intransigente del ejército zapatista. También puede notarse que la documentación utilizada por Bertha Ulloa –en su mayoría procedente de archivos estadounidenses– proporciona nueva luz sobre diversos incidentes en los que estuvo involucrado nuestro personaje. Empero, la trascendencia asignada a Palafox no es resultado

⁷² *Ibid.*, pp. 135 y 136.

⁷³ *Ibid.*, p. 141.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 141 y 142.

de acciones relevantes o de talento político, más bien parece ceñirse únicamente a los contraproducentes efectos de su intransigencia y a los constantes conflictos que sostuvo con personajes de otros bandos. Prueba de ello es que mientras son pocas las menciones acerca de su aportación al proceso revolucionario, abundan las acusaciones y las denuncias sobre su participación en situaciones polémicas, sin que sean cabalmente documentadas.

Como sea, no hay que olvidar que el objeto de estudio de Berta Ulloa era la Revolución Mexicana entre 1914 y 1917, no el zapatismo de manera específica, ni mucho menos, Manuel Palafox de forma particular; sin que ello reste valor alguno a su trabajo. Bajo esta apreciación, debemos aceptar que sus aportaciones para el tema de nuestro interés son más relevantes que las de otros trabajos de la revolución en general, e incluso, del zapatismo en particular.

Y una nueva generación vino a contradecir...

Es visible hasta este punto el gran impacto que provocó la obra de John Womack Jr. a menos de una década de publicada, incluso en dos trabajos de corte tan distinto como los anteriores. Adolfo Gilly se benefició de la asidua investigación histórica de aquél autor, aunque pronto difirió de sus interpretaciones. Berta Ulloa, por su parte, proporciona una considerable cantidad de fuentes novedosas, pero su interpretación siguió las mismas pautas que las de Womack. La influencia de *Emiliano Zapata y la Revolución Mexicana* ha sido una constante que se extiende hasta la actualidad, sobre todo en trabajos que abordan a la Revolución Mexicana en general. Sin embargo, una nueva generación de investigadores que comenzaba a gestarse a mediados de la década de 1970, brindaría una serie de

aportaciones tan valiosa como la de sus antecesores. Los cambios en el ámbito político y cultural de esos años, la apertura de nuevos fondos documentales y la admirable puesta en marcha del Programa de Historia Oral (PHO), fueron aprovechados por un buen número de investigadores para plantearse nuevos problemas y cuestionamientos, o en su defecto, para retomar, precisar o rebatir las propuestas de investigaciones anteriores.⁷⁵

En los inicios de este cambio historiográfico aparece el antropólogo mexicano Arturo Warman con su obra *...Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, publicada en 1976. El autor realizó un estudio histórico y antropológico del campesinado en la actual zona del estado de Morelos desde la Colonia hasta la década los años setentas del siglo XX.⁷⁶ En esta perspectiva, la revolución zapatista es sólo un periodo en la historia de la región, aunque trascendental.

Warman retoma el estudio de Womack -al igual que Gilly- como la principal referencia para relatar el movimiento zapatista. El autor distingue dos mecanismos que permitieron la persistencia del zapatismo durante la revolución: el primero, el papel primordial de las comunidades campesinas; el segundo, la descentralización de la autoridad política. Para Warman, Zapata ejercía más como un coordinador y un líder que un jefe que concentrara poder político y militar.⁷⁷

⁷⁵ Para un análisis de este cambio generacional, véase: Felipe Ávila, "La historiografía...", *op.cit.* pp. 34-39. Comenta el autor que para esos años se pusieron a disposición del público los fondos Emiliano Zapata, Cuartel General del Sur, Genovevo de la O, Soberana Convención Revolucionaria, Jenaro Amezcua y Francisco Mendoza. (*Ibid*, p.36).

⁷⁶ Es a partir de este autor, profundo conocedor del campo mexicano, cuando se empezará a notar con mayor peso la influencia de estudios, tanto nacionales como extranjeros, sobre sociedades y movimientos campesinos en la historiografía del zapatismo.

⁷⁷ Arturo Warman, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México: CIESAS, 1976, p. 116.

En su análisis específico sobre la *jefatura* entre los zapatistas, es el apartado en donde encontramos elementos sugerentes. Warman destaca que, en buena medida, la asignación de la jefatura era mediante un mecanismo que existía con anterioridad en las comunidades, en el cual contaba la confianza, el valor, la capacidad, etcétera. De ahí la permanencia por años de algunos jefes locales como Genovevo de la O, Francisco Mendoza y Amador Salazar. En estos hombres -apunta Warman- era constante su enorme desconfianza hacia los “catrines de la ciudad”, grupo que a su vez constituía otro sector en la jefatura del movimiento.⁷⁸

Incorporados por razones ideológicas o románticas, el autor admite la importancia que alcanzaron algunos de estos hombres al redactar leyes, proclamas y discursos; aunque recalca que el Plan de Ayala, el documento de mayor valor para el movimiento, lo escribió Otilio Montaña, el único intelectual del movimiento en sus orígenes. Entre los intelectuales incorporados destaca a hombres como Magaña, Díaz Soto y Gama y Palafox. Otras de sus labores significativas -describe el autor- estuvieron dentro del campo de la legislación y la negociación, la puesta en marcha de organizaciones y comisiones, y por último, ofrecer un proyecto para reorganizar a la sociedad. Warman afirma que a pesar de que su función fue definitiva para la estructuración del movimiento, nunca llegaron a controlarlo o a dirigirlo.⁷⁹

Al abordar la conformación del gobierno convencionista, por ejemplo, Warman subraya que el desinterés por parte de los villistas y zapatistas se debía a

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 132-134.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 134.

que ambas facciones veían al gobierno como una entidad “diferenciada y distanciada” del proceso revolucionario. Considera que no lo necesitaban porque los pueblos se gobernaban solos: “Por eso Villa y Zapata mandaron al gobierno de la convención a sus *secretarios y chupatintas*, a los que hacían discursos pero no combatían.”⁸⁰

Para Warman, el movimiento zapatista contó con diversos mecanismos de dirección interrelacionados entre sí pero con funciones específicas conforme al desarrollo de la revolución. Esto es, desde mi punto de vista, lo que le permite identificar el papel del sector intelectual y sus respectivas labores, sin menoscabo de la importancia del liderazgo y dirección de Emiliano Zapata, de sus jefes militares y locales y de la capacidad organizativa de las comunidades.⁸¹

El interés de Warman sobre el zapatismo no terminó con la obra anterior. En su artículo “El proyecto político zapatista” debate las perspectivas con las que se había analizado la revolución zapatista. Señala que a pesar de los notables avances en la historiografía del zapatismo y los movimientos campesinos en general, existían temas poco esclarecidos, como el de su proyecto ideológico o su propuesta de un modelo para la transformación de la sociedad.⁸² Warman propone

⁸⁰ *Ibid.*, p. 114. Las cursivas son mías.

⁸¹ Considero pertinente subrayar en este punto que las investigaciones sobre las comunidades campesinas en el estado de Morelos (no sólo durante la etapa zapatista), es uno de los principales aportes de los antropólogos para el estudio de la organización zapatista. Una excelente revisión sobre estos trabajos es la de Claudio Lomnitz, “La antropología de campo en Morelos, 1930-1983”, en Horacio Crespo, coord., *Morelos... op. cit.*, pp. 395-418. Como una introducción al estudio de las comunidades campesinas puede consultarse el artículo de Horacio Crespo, “Los pueblos de Morelos. La comunidad agraria, la desamortización liberal y una fuente para el estudio de la diferenciación campesina”, en Laura Espejel López, coord., *Estudios... op.cit.*, pp. 57-120.

⁸² Arturo Warman, “El proyecto político del zapatismo”, en Friedrich Katz, comp., *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, trad. Paloma Villegas, 2ª ed, México: Era, 2004, p. 294.

tres medios para acercarse a dicho tema, mismos que se desarrollan a continuación:

1) “Las propuestas públicas” del zapatismo, contenidas en planes, manifiestos, leyes, etcétera. Estos documentos, dirigidos a la nación, “eran la consecuencia de la experiencia revolucionaria más que se prefiguración.”⁸³ Warman indica que pese al tono grandilocuente del discurso casi no había demagogia, sino estricta propaganda.

Con respecto a lo anterior, el autor percibe un “rezago temporal” entre la acción revolucionaria y su expresión pública, que se apreciaba en la legislación zapatista. Es el caso de la Ley agraria del 26 de octubre de 1915, promulgada meses después de haberse realizado con éxito el reparto agrario en Morelos.⁸⁴

Para Warman es evidente que estos documentos fueron elaborados por los intelectuales del movimiento (a los que define ahora como un grupo pequeño, limitado a funciones específicas de secretaría y encargados de las relaciones externas). Pero si bien la retórica y algunos conceptos específicos son de su autoría, los planteamientos generales se sometían a la aprobación de los jefes locales, razón por la cual estos documentos concuerdan con los pronunciamientos ideológicos del zapatismo, aunque no los expresen con fidelidad absoluta.⁸⁵

Warman afirma que la sugerencia de que la ideología del zapatismo fue obra de los intelectuales urbanos, es resultado de una concepción elitista y personalista de la historia, que no sabe distinguir la división del trabajo en los procesos sociales. La importancia de los intelectuales –sostiene- debe ser vista en

⁸³ *Ibid.*, p. 295.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 296.

⁸⁵ *Idem.*

un proceso colectivo. También indica que hubo planteamientos básicos que no se alteraron desde la promulgación del Plan de Ayala, y que si existieron cambios fueron para precisar o ajustar las demandas del movimiento, aunque en ocasiones ello se tradujera en un mayor radicalismo.⁸⁶

2) La “documentación interna” que abarca circulares, órdenes y cartas intercambiadas entre los zapatistas. En este caso –asegura Warman- la retórica y la intención de propaganda están ausentes, pues son instrumentos de trabajo “que dan respuesta a los problemas concretos de la lucha y el gobierno”⁸⁷; de ahí que sea irrelevante si la redacción de muchas circulares fuera obra de intelectuales.

3) La “acción o práctica revolucionaria”. Su hipótesis principal, y que ya esbozaba desde la primera vía, es que “la acción política fue más allá de los pronunciamientos y debe ser considerada como parte integrante de la ideología de la revolución del Sur y de su estudio.”⁸⁸

La propuesta de Warman es atractiva. Su intento por identificar el proyecto político zapatista con base en el análisis -aunque no minucioso- de la documentación que generó, será uno de los medios a los que se recurrirá en investigaciones posteriores. También lo será la diferenciación que hace entre propuestas públicas y documentación interna, sobre todo su apreciación del “rezago temporal” de las primeras con respecto a la práctica revolucionaria. Sin embargo, como observaremos en otros autores, la congruencia con que Warman ve -o quiere ver- las propuestas públicas y el sentir ideológico zapatista -justificado, en gran parte, por el peso que le brinda a la capacidad organizativa de

⁸⁶ *Ibid.*, p.297.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 298.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 302.

las comunidades zapatistas, lo imposibilitaron para poder observar que ese “rezago temporal” podía deberse a “desfases” de otra índole, que bien podrían contrariar la supuesta congruencia que observa, aunque no necesariamente en detrimento de la capacidad organizativa de las comunidades.

Un último esfuerzo marxista

Entrada la década de 1980, fueron publicados en un solo volumen cinco ensayos acerca del movimiento zapatista, mismos que fueron parte de un concurso convocado para celebrar el centenario del natalicio de Emiliano Zapata (1879-1979). De nuestro interés es el trabajo que lleva por título “El papel de Emiliano Zapata y el movimiento zapatista en la revolución mexicana: una interpretación marxista”, de Juan de Dios Vargas Sánchez. Como puede inferirse, su objetivo está dirigido más hacia una discusión teórica que a la investigación histórica.

Uno de los temas cruciales para el autor es el liderazgo de Emiliano Zapata. Vargas Sánchez indica que en ese entonces persistían posiciones que negaban la posibilidad de liderazgo a un campesino, y si llegaba a darse, se le veía destinado al fracaso; el derrumbe de la unión zapatista y villista se presentaba como una prueba de ello. Vargas Sánchez responde –como ya lo habían hecho Gilly y Millon- que Zapata fue el mejor líder que los campesinos podían esperar y que

Quizá, entonces, la culpa recae en la cauda de escritores, periodistas, licenciados, maestros e ingenieros que rodeaban a Zapata y formaban su *camarilla ideológica*. Durante las importantes pláticas de Zapata con los villistas y carrancistas en Cuernavaca, los únicos líderes zapatistas presentes eran a menudo los *ideólogos urbanos*. Los campesinos de calzones blancos, generales con huaraches, se quedaron fuera de las

grandes decisiones políticas. Dejaron que los *ideólogos anarquistas* de la Capital los representaran.⁸⁹

Debemos percatarnos, antes de continuar, que nuestro autor no establece –ni lo hará a lo largo su trabajo- diferenciación alguna entre la “camarilla ideológica”, “ideólogos urbanos” e “ideólogos anarquistas”, cuando estudios anteriores ya habían intentado tal distinción. Además, si bien percibe -como lo hizo Womack- el desplazamiento del que fueron víctimas los campesinos, no se esfuerza por explicarlo.

En torno al mismo debate, nuestro autor lanza la siguiente pregunta junto con su respectiva respuesta:

¿Por qué entonces los “cerebros” alrededor de Zapata no le explicaron la necesidad de una alianza obrero-campesina y lo forzaron a quedarse en México para ayudarles a formar un Estado Político? La respuesta es que ellos mismos no comprendían lo que se debería hacer.⁹⁰

Estas equivocaciones, que tanto lamenta el autor, parecen opacar cualquier contribución que pudieron tener los “intelectuales” en el movimiento; si bien admite, por ejemplo, que con la ayuda del “ambicioso” Palafox, Zapata logró crear un ejército disciplinado y jerarquizado.⁹¹

En resumen, el autor otorga un papel capital a los intelectuales, pero -a diferencia de Gilly y Millon- no por algunas de sus aportaciones, sino por su gran responsabilidad en el fracaso del movimiento zapatista, crítica que, como hemos visto, fue bastante común en las primeras décadas de historiografía zapatista. Sin descontar que atribuir tanta trascendencia a sus fallas deja sin espacio de acción

⁸⁹ Juan de Dios Vargas Sánchez, “El papel de Emiliano Zapata y el movimiento zapatista en la revolución mexicana, una interpretación marxista”, en Marta Rodríguez García, *et al.*, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista: cinco ensayos*, México: INAH, 1980, 381 p.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 306.

⁹¹ *Ibid.*, p. 319.

al campesinado. La postura del autor, por último, se torna más endeble al carecer tanto de un sustento teórico sólido, como de una investigación histórica más seria.

El acercamiento biográfico

Valentín López González, quien fuera el Cronista del Estado de Morelos, publicó en 1980 su libro *Los compañeros de Zapata*. El trabajo contiene ochenta y ocho breves biografías de los principales jefes y generales zapatistas. Sus fuentes principales fueron los expedientes de la sección cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA), algunas obras publicadas y, en el caso de los personajes menos conocidos, la información proporcionada por personas cercanas a ellos. Lamentablemente, el autor no presenta las fuentes específicas de cada biografía, falta de rigor que imposibilita sacarles mayor provecho.

La biografía de Manuel Palafox padece esta inconsistencia. El autor refiere que fue en el campamento del “Pozo Colorado” donde lo tomaron prisionero en 1911. Plantea que poco a poco ganó la confianza de Zapata, “pues en aquella época había pocas personas que pudieran desempeñar labores de oficina y atención a la correspondencia”,⁹² y que fue al perder la esperanza de volver a su trabajo cuando aceptó permanecer en el campamento suriano. López González menciona datos ya conocidos como su participación en el gobierno convencionista, el repartimiento de tierras en Morelos y en los juicios contra Luis Cartón y Otilio Montaña. Por último, señala que los zapatistas le apodaban “el ave

⁹² Valentín López González, *Los compañeros de Zapata*, Cuernavaca, Morelos: Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1980, p. 189.

negra” (por sus habilidades para la intriga), y que secundó el Plan de Agua Prieta de 1920.⁹³

El balance sobre la figura de Palafox no parece nada favorable. Esto por un lado, porque después de echar un vistazo a la biografía de Otilio Montaña, encontramos una posición más explícita del autor. Sobre su polémico fusilamiento explica:

La verdad del caso nos queda oscura, pero es muy sospechosa la actitud del tribunal al no permitirle defenderse, lo que nos hace creer que efectivamente fue víctima del “ave negra” del zapatismo y de los “políticos” de Tlaltizapán.⁹⁴

Son cortos los argumentos de López González, pero es evidente que la opinión acerca del choque entre los “políticos” del zapatismo y su base social es una constante en la historiografía del zapatismo. En este caso podemos percibir un poco más el fondo del asunto. Montaña expresaba el carácter auténtico del sentir campesino, mientras que los políticos de fuera -como Palafox- perseguían objetivos que no eran afines al mismo.

Un trinomio revitalizador

Continuamos en los inicios de la década de 1980 cuando comienzan a publicarse las primeras investigaciones de un grupo de investigadores conformado por Alicia Olivera, Laura Espejel y Salvador Rueda, quienes no tardaron en aportar estudios novedosos y decisivos que revitalizaron el tema zapatista. En primer lugar analizaremos un par de sus trabajos colectivos, y posteriormente nos enfocaremos a sus indagaciones particulares.

⁹³ *Idem.*

⁹⁴ *Ibid.*, p.156.

En 1981 el “trinomio zapatólogo” publicó el artículo “El programa político zapatista 1911-1920”. El objetivo de los autores consintió, como ellos sostienen, en hacer un estudio del contenido de los documentos emitidos por los zapatistas y, en un segundo nivel, un análisis comprensivo de los mismos. Todo ello mediante el método de análisis del discurso ideológico. Como premisa, sostienen que su análisis de la ideología se apoya sobre dos hipótesis: la ideología lleva consigo un lenguaje retórico particular de la clase (o sector) que la produce y que éste análisis se obtiene agrupando unidades de muestra en conjuntos heterogéneos.⁹⁵

Los autores establecen la siguiente periodización del zapatismo para fines referenciales: la primera de 1910 a 1914, la segunda de 1914 a 1916 y la tercera de 1916 a 1920. En cada una de ellas analizan dos tipos de política: una “hacia fuera” y otra “hacia adentro”. La primera, explican, consistió en “justificar la causa agraria ante el pueblo de Morelos, ante los pueblos de los estados aledaños y ante la nación entera.”⁹⁶ La segunda, por su parte, era “aquella que se encaminaba a la organización del Ejército Libertador y al control y dirección de las operaciones de los zapatistas.”⁹⁷

En la etapa inicial (1910-1914), en su política “hacia afuera”, los ejes de sus discursos fueron las causas de su lucha, su transformación hacia una “revolución nacional agraria” y su irrupción en 1911.⁹⁸ La promulgación del Plan de Ayala (el 28 de noviembre de 1911) marcó el inicio de la articulación de esta política. La reforma agraria, desde el principio, fue el motor fundamental de su lucha. Sus

⁹⁵ Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda, “El programa político zapatista. 1911-1920”, en *IV Jornadas de Occidente. Ideología y praxis en la Revolución Mexicana*, Michoacán: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, Lázaro Cárdenas, 1981, p. 60.

⁹⁶ *Idem.*

⁹⁷ *Idem.*

⁹⁸ *Ibid.*, p. 61

acciones se encaminaron hacia la reivindicación social y su consolidación política y militar. Los autores apuntan que en el Plan se expresaba cierta conciencia de los zapatistas sobre las causas de la problemática que padecían, pero que

Para mediados de 1913, al incorporarse al movimiento algunos hombres ajenos a los campesinos sureños como sector de clase, pero identificados con sus propios principios agrarios, el discurso político del movimiento se vio enriquecido, porque se definieron varios puntos importantes: quiénes eran los enemigos de las clases explotadas, el por qué de la situación social, y cuál era la alternativa...⁹⁹

Los autores agregan que en ese momento aún no había una separación entre las funciones de los campesinos y de los intelectuales, característica que se evidenciaría en la siguiente etapa (1914-1916). Sostienen que para 1913 el movimiento se hallaba en plena expansión y en creciente fecundidad ideológica; y que existía un enfoque más amplio sobre la problemática nacional. Para los zapatistas y sus intelectuales, exponen, era clara la necesidad de un gobierno revolucionario que avalara sus aspiraciones.¹⁰⁰ Su discurso se tornaría más combativo al llegar noticias de las victorias de los ejércitos del norte.

En cuanto a la política “hacia adentro”, consideran que por las características de su composición, el zapatismo necesitaba de la coexistencia del pueblo y el ejército campesino. Se estrecharon sus vínculos e igualaron sus atribuciones. La organización interna del Ejército Libertador tenía como objetivo primordial los intereses de las comunidades.¹⁰¹ El Cuartel General asumió la autoridad basada en la lógica campesina del consenso, en la costumbre y en la

⁹⁹ *Ibid.*, p. 62

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 62 y 63.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 63.

moral.¹⁰² Todas sus actividades fueron consignadas por escrito, con lo que se añadió un carácter legalista al movimiento.

En la segunda etapa (1914-1916), que enmarca los años más difíciles y ricos –a juicio de los autores- para la lucha zapatista, la erección de la Soberana Convención no fue suficiente para afianzarlos en la dirección nacional. Los autores proponen que las características internas del movimiento son el punto para comprender esta situación, en la que los límites se impusieron a las posibilidades zapatistas. De acuerdo con ellos:

Esta situación permite entender el por qué en el mismo momento en que tuvieron el poder en sus manos dejaron ver su incapacidad para adueñarse de él, perdiéndolo tan rápidamente como lo obtuvieron; del mismo modo, es así como se explica la diferencia y separación real entre los zapatistas *no campesinos* del Consejo Ejecutivo de la Nación y *los campesinos* del Cuartel General y de los campamentos regionales: los primeros, *políticos radicales de amplia visión*, pero que se dirigían a una nación sobre la que no se ejercía ningún control; *los segundos*, hombres forjados en la práctica guerrera, pero demasiado cansados con su realidad inmediata, regional, *imposibilitados para ver más allá de los intereses campesinos cotidianos*.¹⁰³

Los autores aseveran que fue su regionalismo (producto de la estrecha relación entre los campesinos armados y el pueblo) la fuerza y la debilidad del zapatismo.

Dentro de este contexto ubican a la política “hacia afuera”. En esta etapa se distinguen dos aspectos: a) la idea sobre el origen y la finalidad de la revolución y b) la relación entre el movimiento sureño y la política nacional convencionista. Con respecto a la idea de la revolución, los autores enfatizan la incorporación de los miembros de la Casa del Obrero Mundial y de “gente de ciudad”, pues es notable la visión y la redacción *no campesina* en los documentos.¹⁰⁴ En cuanto al segundo

¹⁰² *Ibid.*, p. 64.

¹⁰³ *Ibid.*, pp. 65 y 66. Las cursivas son mías.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 67.

aspecto, remarcan la creación de un instrumental jurídico por parte de la Convención para mejorar la situación de campesinos y obreros; mismo que poco se llevó a la práctica (ya sea por la rápida derrota o por ser inaplicable). También destacan en este punto el divorcio entre las propuestas ideales de los intelectuales del Consejo Ejecutivo -depositario del gobierno de la Convención- y la actividad práctica de los campesinos revolucionarios. Señalan que los sureños únicamente tomaban en cuenta los ordenamientos de Zapata y sus jefes locales, sin considerar -afirman con base en la documentación- lo dispuesto por el Consejo.¹⁰⁵

La política “hacia adentro”, por otro lado, seguía dirigida por el Cuartel General en la cotidianidad campesina. Éste y las autoridades civiles y militares locales, eran quienes dirigían la vida “normal” en la zona revolucionaria, reproduciendo los aspectos propios del ser campesino del centro-sur del país, desde su organización hasta sus valores.¹⁰⁶

La situación en la tercera etapa (1916-1920), fue similar a la de los primeros años, pues fue prioritaria la supervivencia de guerrillas y el control del territorio ganado. Pero se efectuó un cambio en la política social del movimiento, puesto que hubo un impulso sin precedentes en la organización civil mediante los municipios, preocupación paralela a la militar.¹⁰⁷

En su política “hacia afuera”, conscientes de su nula fuerza fuera de sus dominios, intentaron con mayor perseverancia atraer a otros sectores sociales, principalmente al obrero. Esta pretensión no llegó a culminarse. Otro objetivo era la unificación revolucionaria de las fuerzas de todo el país, aunque también quedó

¹⁰⁵ *Ibid*, p. 68.

¹⁰⁶ *Ibid*, p. 68 y 69.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 69.

en intenciones. El discurso se concentró, advierten los autores, en legitimar al movimiento sureño a través de críticas hacia los carrancistas.¹⁰⁸

En relación con la política “hacia adentro” el divorcio entre el Consejo (ahora inexistente) y el Cuartel General desaparecieron, y con ello la división entre la política “hacia afuera” y la política “hacia adentro”. Por consecuencia, el Cuartel asumió la dirección única y disolvió la discordancia. Como se ha mencionado, la prioridad fue la organización de la vida civil.

A pesar de los avances en la materia, la situación interna del zapatismo y la presión externa por parte del carrancismo vaticinaban el desenlace de la revolución del sur. Los autores añaden que

Aunque Zapata dirigió sus esfuerzos hacia la solución de estos dos problemas y trató de consolidarse reforzando el apoyo popular, el zapatismo se estancó después de las muertes de Otilio Montaña, Lorenzo Vázquez y Francisco Pacheco, y con la expulsión de Palafox, no pudiendo recuperarse ya del marasmo que los empantanó desde 1916.¹⁰⁹

Con lo anterior, más el estremecimiento interno y los problemas económicos de los campos, los combatientes comenzaron a dispersarse y a ceder los terrenos que dominaban. Es decir –concluyen los autores- fueron los conflictos internos los que marcaron el destino del movimiento zapatista, pero las condiciones externas fueron las que encauzaron los últimos acontecimientos.¹¹⁰

El planteamiento de los autores -que desarrollará aún más Salvador Rueda- resulta novedoso y sugerente. Autores como Womack y Warman lo habían expuesto pero poco atendieron a explicarlo. Warman, por ejemplo, sólo se percató de un “rezago temporal” entre la práctica revolucionaria y las propuestas

¹⁰⁸ *Ibid*, pp. 69-72.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 75.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 76.

legislativas, es decir, que sólo se legislaba lo ya practicado. Ahora, en cambio, vemos la práctica revolucionaria no sólo como prefiguración de la legislación, sino distanciada de ésta al incrementarse la presencia zapatista en el escenario nacional. La congruencia que identificaba Warman aparece únicamente por escasos años en el presente estudio. Sospecho que la discrepancia se debe a que Warman centró su análisis en los principales programas zapatistas, mientras que la examen del trinomio abarcó una revisión más amplia de la documentación “externa” y procedió con igual esmero con la “interna”.

Ahora bien, tenemos que las dos dinámicas se desarrollaron al mismo tiempo sólo por escasos años. Fue en los primeros cuando más vinculadas estaban, justo cuando la influencia de intelectuales externos era prácticamente nula. Es decir, era patente la coherencia entre el discurso hacia afuera y la dinámica interna del zapatismo. En el momento cumbre de aquellos hombres, la etapa de la Convención, fue en el que se fracturó (para no volver a ser el mismo) dicho vínculo. Por las circunstancias o por intereses personales, tuvieron que hacerse cargo *de facto* de un gobierno nacional. Ninguna de sus disposiciones se llevó a la práctica, pero ello no era motivo para deslindarse de los intereses nacionales.

Si bien el marco anterior resulta convincente, existe un punto en el que no se detuvieron los autores: la diferenciación de los intelectuales del zapatismo. Parece que la función principal de éstos fue la introducción de la doctrina agrarista y, posteriormente, una teoría sobre la revolución. De esta manera se ciñe su participación en la política “hacia afuera”. El problema es que alguien como Palafox tuvo sus mejores momentos dentro del cuartel general y no fuera de él; en

la Convención, en cambio, tuvo algunos de su más graves desencuentros. Quizá por ello cuando aluden al marasmo en el que cayó el zapatismo desde 1916, incluyen a Palafox y otros jefes locales y no a los “ideólogos” de la Casa del Obrero Mundial. Es decir, de nuevo parece que Palafox fue un factor con mayor peso en la estructura interna que en la parte externa. En este sentido, no se debe dejar de lado que los autores acentúan que los conflictos internos, y no las fallas de los intelectuales, fueron los que marcaron el destino del zapatismo.

En 1988, el trinomio elaboró la selección documentos y el estudio introductorio a *Emiliano Zapata. Antología*. De nueva cuenta, mediante un conjunto de textos básicos se proponen brindar un acercamiento a lo que ideológicamente fue el zapatismo. Para los autores, la importancia de los escritos zapatistas es que, a pesar de la *decisiva intervención* de algunos intelectuales ajenos a ellos y de las circunstancias nacionales en las que se presentó la revolución sureña, dichos escritos dejan traslucir el auténtico pensamiento del campesino sureño.¹¹¹

Los autores presentan los diferentes tipos de documentos emitidos por el movimiento, como lo fueron: manifiestos, solicitudes, planes, decretos, proyectos de ley, proposiciones, acuerdos y convocatorias, entre otros. Se detienen para apuntar que además de conocer los asuntos sobre los que versaban, a través de ellos pueden observarse quiénes se encargaron de la elaboración de los textos y cómo, con el progreso del movimiento, “se adherían personas que *a nivel intelectual* proponían soluciones a los problemas que presentaba la elaboración

¹¹¹ Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda, *Emiliano Zapata. Antología*, México: INEHRM, 1988, p. 23.

del programa político revolucionario del sur.”¹¹² El trinomio menciona a hombres como Otilio Montaña, Manuel Palafox, Gildardo Magaña, Antonio Díaz Soto y Gama, Miguel Mendoza López y Jenaro Amezcua. A su vez, los autores proponen que sería interesante rastrear históricamente a cada uno de ellos “con objeto de conocer su origen, su formación ideológica y en general las fuentes que los nutrieron, para explicarnos con mayor claridad tanto su participación, como su posición dentro el movimiento zapatista.”¹¹³

En la segunda parte de su estudio presentan un panorama general sobre la revolución mexicana (de 1910 a 1920). De acuerdo con ellos, la revolución se desarrolló en dos niveles: uno en la lucha por la hegemonía (sectores de las clases dominantes) y otro en la base popular. Poco, pero rescatable, es lo que encontramos dentro de este cuadro. Por ejemplo, cuando describen la creación del Centro de Consulta para la Propaganda y la Unificación Revolucionaria en 1916 por parte del gobierno convencionista en Morelos, aseguran que la efectividad zapatista en la propaganda revolucionaria se debió a que en sus filas militaban un gran número de intelectuales.¹¹⁴ Lo que no aclaran, en cambio, es en dónde o en quiénes tuvo éxito la propaganda. Podemos suponer que fue en el público nacional, puesto que anteriormente negaron su impacto en la cotidianidad campesina (véase más adelante también el artículo de Salvador Rueda y Jane Dale Lloyd).

¹¹² *Ibid.*, p. 36. Las cursivas son mías.

¹¹³ *Idem.*

¹¹⁴ *Ibid.*, p.78. Los autores agregan que, por el contrario, esta fue una de las carencias de las fuerzas villistas, quienes hicieron poco por plasmar programáticamente sus objetivos.

En la parte final de la fase armada, los autores caracterizan la crisis del zapatismo de la siguiente manera: aseguran que mientras los carrancistas buscaban consolidar su victoria, el gobierno zapatista en Morelos se resquebrajaba por “pugnas internas, hambrunas, presión militar carrancista (iniciada en 1917), enfermedades, etc., [que] hacían cada vez más simbólicas las leyes y decretos del Cuartel General.”¹¹⁵ Y agregan que

En los años 1917-1919 cuando, a pesar de la solidez en la base del movimiento, la crisis interna debilita y desmorona al zapatismo: el conflicto entre los “intransigentes” (grupo de Manuel Palafox) y los “conciliadores” (grupo de Gildardo Magaña y Antonio Díaz Soto y Gama) se resuelve con los fusilamientos de Otilio Montañón y del general Lorenzo Vázquez, y con la expulsión de Manuel Palafox; por otra parte, las viejas pugnas existentes en las tropas campesinas culminó con el fusilamiento de Francisco Pacheco, por orden de Genovevo de la O...¹¹⁶

Nos encontramos otra vez con la división de grupos en la dirigencia zapatista, y con Palafox situado en el de los “intransigentes”. Los autores, de igual manera, no dejan de lado las pugnas existentes entre los jefes locales. Es decir, la crisis en la dirección del zapatismo no se limitó únicamente a las diferencias entre los intelectuales del Cuartel General. Lo que reiteran –y que es una constante en los trabajos de los autores- es que la base del movimiento (esa en donde vivía su cotidianidad el pueblo morelense) se mantenía sólida.

Tenemos, entonces, que la revolución desde abajo continuaba, pero no podía separarse de los problemas venidos desde la arriba. Esta tesis, de nuevo, invita a preguntarse si en verdad la revolución de los pueblos morelenses se desarrollaba separada de los órganos rectores (con o sin intelectuales) y la interrogante tal vez más obvia ¿qué tan sólida era en verdad la base? Con todo,

¹¹⁵ *Ibid.*, p.80.

¹¹⁶ *Idem.*

insistimos en el gran valor que las aportaciones de estos autores tienen para trazar algunos lineamientos con respecto al papel de nuestro personaje en la estructura interna del movimiento zapatista.

Un campo distinto: la cotidianidad zapatista

Analizaremos a continuación la obra particular de Salvador Rueda, quien produjo la mayor parte de su obra en la década de 1980. Fue él quien insistió en el estudio de la política “hacia adentro” y la “dinámica interna” del zapatismo, que se delineaba en los artículos anteriores.

En su artículo “Oposición y subversión: testimonios zapatistas”, de 1983, pone a debate el carácter “utópico” de la rebelión zapatista. Para él, la utopía existió no como deseo abstracto, sino que surgió del ejercicio real y profundo de una manera de concebir y ordenar el mundo. Es decir, los zapatistas subvirtieron un orden que se les había impuesto, acción que no se limitó a la cuestión de la tierra, pues lograron alcanzar la autogestión campesina al margen del Estado mediante el municipio libre y el ejercicio político democrático.¹¹⁷ El autor asegura que fue a través de la defensa y reproducción de sus conductas cotidianas tradicionales como llevó a cabo la organización de su rebeldía.

Dentro de este marco, Rueda admite la injerencia de grupos *no campesinos* en la afinación de los objetivos de la lucha, aunque remarca el carácter coyuntural de su adhesión y la franca contradicción entre algunas de sus demandas y la

¹¹⁷ Salvador Rueda, “Oposición y subversión: testimonios zapatistas”, en *Historias*, México: Dirección de Estudios Históricos, INAH, # 3, 1983, pp. 3 y 4.

realidad cotidiana zapatista.¹¹⁸ Pero el desajuste con la política “hacia afuera”, en manos de este grupo, no atentó contra la “dinámica interna”, en donde, como se ha dicho, el autor supone la realización de la utopía zapatista. Es más -a diferencia de Womack, Gilly y Warman-, Rueda sugiere que el periodo de 1915-1917 fue sólo el de mayor práctica utópica, no el único, porque la utopía se gestó desde el levantamiento de las comunidades –“cuando la oposición se convirtió en subversión”-, y funcionó durante todo el movimiento.¹¹⁹ De esta manera, para el autor “la épica zapatista, como historia de una viabilidad campesina entre campesinos, se llevó a cabo en la vida cotidiana de los pueblos y campamentos, y no sólo en los campos de batalla ni en el cuartel general de Zapata, como la historiografía lo ha mostrado hasta ahora.”¹²⁰

De acuerdo con Rueda, más allá de las demandas inmediatas de los zapatistas, el Plan de Ayala contenía la base principal del inicio de un nuevo orden: el carácter legalista de la rebeldía (en donde subyace la importancia de la letra escrita para los zapatistas). Esto es lo que Rueda plantea en su artículo “La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista.”, incluido en el libro *Morelos: cinco siglos de historia regional* coordinado por Horacio Crespo y publicado en 1984.

No es mi intención ahondar en su interesante análisis sobre la cotidianidad y la legalidad de las comunidades zapatistas, pues puede alejarnos de nuestro interés principal. Sólo menciono que el autor sugiere que la legalidad zapatista también siguió dos vertientes: una hacia afuera y otra hacia adentro (como ya

¹¹⁸ *Ibid.*, p.6

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 9

¹²⁰ *Ibid.*, p.14

hemos observado que sucedió con su discurso político), pero a la contradicción entre ambas se agregó otra. Si bien el Cuartel General era el encargado de emitir las leyes hacia adentro, con base en el orden cotidiano campesino, éstas eran interpretadas y obedecidas, en varias ocasiones, conforme a la situación de la lucha, o de las zonas y de los jefes.¹²¹ En otras tantas lo que valía y regía eran leyes implícitas y las tradiciones campesinas. Con lo anterior, vemos que el autor remarca aún más el auténtico carácter social del movimiento zapatista, es decir, una lógica revolucionaria de las comunidades con un funcionamiento cada vez más alejado de una estructura “formal” rectora.

La cuestión de la legalidad zapatista continuó en otros estudios de Salvador Rueda, como en su artículo “El discurso legal campesino y el orden político revolucionario. El caso zapatista”, publicado en 1985, en coautoría con Jane Dale Lloyd. En este texto se profundiza el análisis y se tocan puntos sugerentes para nuestro tema. De acuerdo con los autores, el estudio del discurso político zapatista ha dejado de constreñirse al Plan de Ayala y las leyes agrarias derivadas de este documento, pues se ha extendido el interés hacia el discurso jurídico y legal de los campesinos.¹²²

Las indagaciones, no obstante, han enfrentado algunos problemas. Uno de ellos es con respecto a las leyes emitidas en el periodo convencionista, las cuales, a pesar de su novedad y radicalidad, no se pudieron aplicar a nivel nacional ni en la propia zona zapatista. Esto sin contar su contradicción con las leyes y decretos

¹²¹ Salvador Rueda, “La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista”, en Horacio Crespo, coord., *Morelos...*, *op. cit.*, p. 246.

¹²² Salvador Rueda y Jane Dale Lloyd, “El discurso legal campesino y el orden político revolucionario. El caso zapatista”, en *Historias*, México: Dirección de Estudios Históricos, INAH, # 8-9, 1985, p. 52.

emitidos por el Cuartel General. Los autores explican que esta distancia entre lo pensado y escrito por los *no campesinos* y lo llevado a la práctica por los campesinos, una característica histórica del discurso revolucionario zapatista, debe servir de contexto para comprender el porqué, a pesar de las contradicciones, ambos discursos surgen del mismo seno revolucionario. Remarcan que la fuerza adquirida por los campesinos y su autogestión al margen del Estado son “la explicación de ese *dejar hacer* a los *no campesinos*: éstos no molestaban la cotidianeidad pueblerina.”¹²³

Los autores son conscientes, sin embargo, de que al aceptar que los hombres de procedencia urbana enriquecieron el contenido pragmático de la rebeldía campesina (sin que ello le quitara su carácter contestatario rural), se llegaría a la conclusión de la supuesta incapacidad y simpleza de los campesinos, “esto es, que los discursos jurídicos y legales campesinos serían contruidos por *no campesinos*.”¹²⁴ La posible respuesta –sugieren- puede hallarse en la documentación de los propios rebeldes, en la cual es visible la diferenciación entre los discursos (político, social económico, etc.) “hacia afuera” y los discursos “hacia adentro”, como ya lo había propuesto Rueda.

En este caso, se afirma que ambos cuerpos discursivos tenían como documento matriz el Plan de Ayala, cuyo contenido se basó en la concepción de pueblos y comunidades como “entes geográficos vivos”. La territorialidad campesina hallaba su coherencia en la justicia, la libertad y la ley. Muestra de ello es que al sustraerse del control estatal y regirse bajo esta concepción, entre 1911

¹²³ *Idem*. Las cursivas son más. Muestra de esto -nos dicen- es que no hay referencias de que el órgano de Consulta y Propaganda Revolucionaria interviniera en la cotidianeidad de los pueblos.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 53.

y 1913, los zapatistas distorsionaron la juridicidad burguesa, mucho antes, incluso, que los decretos convencionistas.¹²⁵

Así, los autores concluyen que un mismo cuerpo discursivo se dividía en dos, pero que no dejaba de ser coherente; y que esto se encuentra en el centro de la problemática campesina total estructural, pues “son las manifestaciones de la práctica de las relaciones sociales particulares que intentaron transponer los límites regionales y amalgamarse al espacio nacional: territorialismo y nacionalismo que ensayaron ser parte de una misma realidad.”¹²⁶

En este punto, quisiera retomar la propuesta de Salvador Rueda en el conjunto de sus trabajos. Este autor marca una clara distancia con sus antecesores. En suma, Rueda propone la existencia de dos discursos (político, social, jurídico, etc): uno hacia afuera y otro hacia adentro. Del primero se hicieron cargo los *no* campesinos y prácticamente no se llevó a la práctica tanto a nivel nacional como local; el segundo se puso en marcha en la dinámica interna zapatista, en su cotidianidad. Ambos parten del contenido (expresión y demanda de la cultura particular campesina) del Plan de Ayala. Por tal motivo, a pesar de distanciarse no perdían coherencia.

Salvador Rueda es el autor que más se ha acercado al conocimiento de la dinámica interna o cotidianidad campesina. Sus aportaciones son de gran valor para los fines que aquí perseguimos, pero, por otro lado, nos presentan ciertas dificultades.

¹²⁵ *Ibid.*, pp. 53-55.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 57.

Homogeneizar al grupo *no* campesino facilita a Rueda asignarle un rol específico dentro del movimiento. De esta manera afirma que los zapatistas dejan hacer a los *no* campesinos en el campo discursivo. El problema, como ya se ha planteado, es que la actuación (o si se prefiere, influencia) de Manuel Palafox no encaja únicamente en el campo discursivo, y de ser así, es difícil sostener que su labor se limitó al discurso “hacia afuera” (en el mismo caso podría ponerse a Otilio Montaño). Tal vez en esas peculiaridades olvidadas se encuentre la relevancia de nuestro personaje, sin que ello reste utilidad ni certeza a la propuesta de Salvador Rueda.

El Cuartel General y sus hombres

Laura Espejel, por su parte, publicó su artículo “El Cuartel General: rector de la revolución zapatista, 1914 y 1915”, también incluido en el libro *Morelos: cinco siglos de historia regional*. Espejel considera que dentro del estudio del zapatismo, poco se había realizado aún para esclarecer sus formas organizativas internas durante la insurrección. La autora intenta demostrar que el Cuartel General zapatista, además de orientar la política del movimiento, fungió como un órgano rector que legislaba de acuerdo con las necesidades de las comunidades y de las guerrillas, así como un órgano de gobierno cuyas funciones se iban conformando con el tiempo.¹²⁷ Con él se establecía una simbiosis pueblo-ejército y autoridades

¹²⁷ Laura Espejel, “El Cuartel General: órgano rector de la revolución zapatista, 1914 y 1915”, en Horacio Crespo, coord., *Morelos...*, *op.cit.*, p. 252. Cabe mencionar que este artículo es casi de manera íntegra la introducción que Espejel realizó para trabajo *La Organización del movimiento Zapatista a través del Cuartel General en el Fondo Emiliano Zapata del Archivo General de la Nación*, tesis con la que obtuvo su título de licenciatura en 1984 y que posteriormente sería publicado como *El cuartel general zapatista (1914-1915): documentos del Fondo Emiliano Zapata del Archivo General de la Nación*, en el 2001.

civiles. Espejel afirma que Zapata y quienes lo rodearon decidieron crearlo para atender ciertas cuestiones y cumplir algunas funciones que tendían al establecimiento de un gobierno campesino.¹²⁸

Con la creación de la Junta Revolucionaria del Centro y Sur de la República, a mediados de 1913, se inicia este proceso. El Cuartel se encargó de las actividades políticas, económicas y sociales del movimiento. Espejel muestra, con base en su investigación documental, los múltiples aspectos que el Cuartel vigilaba y solucionaba, y asienta que “es así como este órgano conjuga los intereses de los distintos sectores que componían el espectro campesino.”¹²⁹

Debido a la trascendencia del Cuartel en el desarrollo de la rebelión zapatista, Espejel considera pertinente “rescatar el papel que desempeñaron los secretarios no campesinos en la asimilación o fusión de los intereses dentro de la organización del movimiento y, en particular, del Cuartel General.”¹³⁰

La autora comenta que

entre innumerables personajes que ocuparon el cargo de secretarios del Cuartel General, Manuel Palafox fue uno de los que marcó una posición más definida dentro del marco de las propuestas del gobierno campesino, en cuanto la administración de bienes nacionalizados, el reparto agrario y a la organización del Ejército libertador.¹³¹

Además, señala que Palafox “se distinguió de otros intelectuales zapatistas porque no dudó ni transigió con las pretensiones del padre de Pascual Orozco (vocero de

¹²⁸ *Idem.*

¹²⁹ *Ibid.*, pp. 254-257.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 257.

¹³¹ *Ibid.*, pp. 257 y 258.

Victoriano Huerta) para llegar a un arreglo con el huertismo”;¹³² posición radical que mantuvo durante el gobierno convencionista.

Por otra parte, explica que la legitimidad adquirida por el movimiento ante su base social, estuvo reflejada en Zapata y que éste la trasladó al Cuartel General. La autora homologa la estructura de la organización zapatista con la figura de un cuerpo humano, en donde el Cuartel General es el cerebro y el Ejército Libertador el cuerpo. Por tal razón, insiste que el estudio de las funciones de la Junta Revolucionaria del Centro y Sur de la República, del Cuartel General y, posteriormente, del Centro de Consulta, puede arrojar nueva luz acerca de la estructura y organización interna del movimiento suriano.¹³³

El trabajo realizado por Laura Espejel proporciona varios elementos para el presente estudio. Para empezar, el Cuartel General no había sido sometido a un análisis concreto. Su importancia -si es que se le asignaba- parece implícita en las obras generales sobre el zapatismo o soslayada -por diferentes motivos, según la autora- en los estudios específicos. Para nosotros, por el contrario, el enfoque en particular es uno de los aspectos más útiles que hemos encontrado. Estudiar a Palafox dentro del campo en el que se desarrolló con mayor eficacia es uno de nuestros principales objetivos. Esto lo distancia, según veo, del grupo de intelectuales incorporados cuando el movimiento estaba en plena marcha.

Un rescate documental

¹³² *Ibid.*, p. 258. A pie de página, Espejel refiere que mediante la hoja de servicios del general Palafox se conoce su carrera militar dentro del Ejército Zapatista y su actividad política en los años veinte, pero que es poca la información que brinda frente a su “rica participación” dentro el movimiento. *Idem.*

¹³³ *Ibid.*, p.259.

Ricardo Pérez Montfort publicó en 1982 la *Guía de archivo del general Jenaro Amezcua*, personaje que incursionó en el zapatismo desde fechas tempranas y que también ha sido considerado integrante del grupo de intelectuales del movimiento. La temática central de los documentos que contiene dicho archivo, nos indica el autor, es el movimiento zapatista desde sus inicios hasta la unificación revolucionaria en 1920. Puede parecer obvia la utilidad de la guía y del archivo en sí mismos, pero su valor no sólo reside en la numerosa documentación que contiene pertinente a nuestro tema, sino en algunas hipótesis lanzadas por el autor en su análisis del fondo.

Pérez Montfort presenta información específica sobre Manuel Palafox. Reitera que hasta esos años no se había realizado un estudio detallado del controvertido personaje. Una imposibilidad para ello era el extravío de su archivo personal y que aún permanecían sin publicación los escritos de Marte R. Gómez sobre la vida de Palafox.¹³⁴

El autor indica que el Fondo de Amezcua contiene algunos documentos que podrían ser de utilidad para el estudio de dicho personaje. Pérez Montfort da cuenta de algunos datos ya conocidos acerca de su paso por el zapatismo, sobre todo acerca de su desertión, pero agrega algunos novedosos. Por ejemplo, cita una carta de Zapata dirigida a Higinio Aguilar semanas después de la huída de Palafox del campamento, en la cual confiesa que el ex secretario ya tenía adictos dentro del ejército, y que por tal motivo pudo mandarlo a fusilar cuando supo de sus intrigas; que su actitud agresiva perjudicaba a la causa y, para terminar, lo

¹³⁴ Pérez Montfort, *Guía del Archivo... op. cit.*, [p. 17]. El autor obtuvo su título de licenciatura en Historia con este catálogo en 1981.

acusa de acumular caudales en los puestos que ocupó, tanto en el Cuartel General como en la Convención.¹³⁵

Pérez Montfort plantea que las acusaciones, sobre todo la última, eran merecedoras de algo más que la simple separación del Cuartel, “lo que nos hace pensar en que la fuerza de Palafox debió ser bastante considerable como para que no se le castigara como parecía merecer.”¹³⁶ Por nuestra parte, diremos que no se debe olvidar que Zapata tampoco castigó de inmediato a personajes importantes para él y que cometieron fallas similares a la de Palafox, como lo fueron Lorenzo Vázquez y Otilio Montaña. Zapata afirma también en dicho documento que por causa de la actitud negativa de Palafox, se frustró una alianza con los carrancistas a la caída de Huerta (aunque, como se ha dicho, la hostilidad contra estos fuereños fue una actitud generalizada por parte de los campesinos sureños y por el mismo Zapata). Pérez Montfort afirma que este documento tuvo la finalidad de contrarrestar los sediciosos manifiestos que Palafox emitió después de su defección.¹³⁷

Pero la mención de nuestro personaje no concluye con este episodio, como había ocurrido en obras anteriores. El autor señala que en la década de los treinta aparecen noticias acerca de él. En el archivo existe una amplia documentación sobre la elección para gobernador en el estado de Puebla en 1932. Uno de los contendientes en ella era Manuel Palafox, abanderado del Partido Revolucionario “Acción Poblana”. Jenaro Amezcua participó por una diputación distrital y fue uno

¹³⁵ *Ibid.* [p.18].

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Idem.* Incluso, Zapata refiere las apuestas que realizaba Palafox sobre la cantidad de comida que podía ingerir de una sola sentada, acusándolo por ello de una “increíble glotonería”.

de los dirigentes de la campaña de Palafox (de ahí que conservara los documentos). Ambos enfrentaban a candidatos favorecidos por “el jefe máximo” Plutarco Elías Calles.¹³⁸ Entre la diversidad de documentos relativos a la campaña electoral, atraen la atención de nuestro autor los libelos y folletines usados por “Acción Poblana” a favor de Palafox, pues

No obstante haber sido expulsado del cuartel general zapatista, como ya vimos, Palafox y su partido utilizan la imagen del jefe suriano para ayudarse políticamente. Su propaganda imprime fotografías y lemas de Emiliano Zapata junto los emblemas del Partido Revolucionario “Acción Poblana”. Inclusive el periódico de dicho partido se llama “La Voz de Zapata.”¹³⁹

Con todo y estas argucias, Palafox y su partido perdieron la contienda.

Pérez Montfort aprovechó su revisión del archivo para desarrollar posteriormente algunas de sus inquietudes, como lo hace en su artículo “La Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur”, publicado en 1983, dentro del citado libro *Morelos: Cinco siglos de historia regional*. El autor describe la incursión de varios zapatistas (como Genovevo de la O, Jenaro Amezcua o Antonio Díaz Soto y Gama) en la institucionalización del poder (ya sea dentro del gobierno, partidos u organizaciones políticas), una vez que Álvaro Obregón llegó a la presidencia, con quien el zapatismo se alió después de la muerte de Zapata.

De acuerdo con el autor, culminado el gobierno de Obregón y durante los años de 1924-1925 y 1935, el ideal zapatista en el estado sureño permaneció aletargado.¹⁴⁰ Fue con el arribo de Lázaro Cárdenas a la presidencia –nos dice– cuando se reinició su actividad política y surgió un repunte en la conciencia sobre el zapatismo. Los libros, discursos y homenajes que aparecieron por esos años

¹³⁸ *Idem.*

¹³⁹ *Ibid.*, [p. 18 y 19].

¹⁴⁰ Pérez Monfort, “La Unión...”, *op. cit.*, p. 276.

son muestra de ello (como las obras de Baltasar Dromundo y Gildardo Magaña). A la par se fundaron pequeñas organizaciones campesinas, entre las que destacó, según el autor, la Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur (U.R.A.S.).¹⁴¹

En los años cuarenta, pasado el período cardenista, la división que caracterizaba a la sociedad mexicana se manifestó en ciertos ex-zapatistas. Un ejemplo de esta situación fue que mientras Antonio Díaz Soto y Gama apoyaba fervientemente al candidato presidencial opositor Juan Andrew Almazán, el partido oficial recurrió a la figura “un tanto desacreditada”, considera el autor, de Manuel Palafox, para acarrear a campesinos morelenses y antiguos zapatistas a favor de Manuel Ávila Camacho.¹⁴² En esos mismos años -concluye el relato- la U.R.A.S. fue desplazada como intermediaria con el Estado por el recién aparecido Frente Zapatista.

Las indagaciones de Ricardo Pérez Monfort proporcionan datos rescatables para el estudio de Palafox, específicamente sobre su desertión y su trayectoria política después de la unificación revolucionaria. Ambos aspectos pueden aportar elementos para debatir. La desertión puede revelar las tensiones internas dentro del zapatismo en ese momento; de igual manera, las acusaciones de Zapata

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 278. Pérez Monfort apunta que este fue un momento en el que el zapatismo dejó de ser cuestionador del régimen y más bien se dedicó a justificarlo.

¹⁴² *Ibid.*, p.282. En su libro *Antonio Díaz Soto y Gama: genio y figura*, Pedro Castro documenta el fuerte intercambio de opiniones que hubo en la prensa entre estos antiguos zapatistas en octubre de 1939. Mientras Díaz Soto y Gama se ocupó por reivindicar a Almazán como zapatista, Palafox se encargó de desmentirlo. El primero reaccionó y escribió que Palafox “siempre se ha distinguido por su natural propensión a falsear los hechos y a desfigurar la verdad”, y agregaba que “el zapatismo en masa conoce y repudia la actuación de quien, habiendo en un tiempo disfrutado de la confianza del caudillo suriano, abandonó a éste del modo más vergonzoso en los momentos de prueba, rindiéndose al enemigo y aprovechándose de su rendición para atacar en forma procaz, virulenta e injusta al mismo caudillo que lo había colmado de distinciones.” Pedro Castro, *Antonio Díaz Soto y Gama: genio y figura*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2002, pp. 105 y 106. Entre los dimes y diretes intercambiados, alguien llamó “afeminado” a Palafox. Éste respondió con un reto a duelo a Almazán, sin recibir respuesta alguna. *Ibid.*, p. 106. La documentación sobre este evento proviene del Archivo Familiar de Antonio Díaz Soto y Gama.

sobre el comportamiento de Palafox en años anteriores, dejan ver la existencia de esas mismas tensiones desde entonces, aunque como hemos señalado, debe tomarse en cuenta no sólo el contexto en el que las emite Zapata, sino además en el de los eventos a los que se refería. En cuanto a su trayectoria política, es probable que el hecho de ser utilizado en las elecciones de Puebla y contra el almazanismo, a pesar de su desprestigio, nos permita inferir que en algún momento contó con una convocatoria considerable, y que -al mismo tiempo- aún se le consideraba una de las prominentes figuras del movimiento zapatista.

Un giro hacia el estudio de la dirigencia

Bien entrada la década de 1990, fueron dos autores los que despuntaron en los estudios sobre el zapatismo. Por un lado, el historiador estadounidense Samuel Brunk, y por otro, el mexicano Felipe Arturo Ávila Espinosa. Llama la atención que en sus primeras investigaciones -y casi al mismo tiempo- ambos estudiosos fijaran su mirada en el mismo objetivo: las actividades de la dirigencia del movimiento zapatista, especialmente, su parte intelectual. No obstante, como se observará en las siguientes líneas, ambos autores tomaron caminos diferentes y llegaron a resultados igualmente distintos.

Samuel Brunk hizo su primer acercamiento al tema con su artículo “Zapata and the city boys: in search of a piece of the revolution”, publicado en 1993. El autor considera que la brecha entre la escasa educación de Zapata (que lo imposibilitaba para diseñar un programa político y supervisar dicha empresa) y las crecientes necesidades del movimiento zapatista fueron gradualmente llenadas por un grupo de gente relativamente educada que provenía de fuera de Morelos,

al que denomina *city boys*, puesto que llegaron de un ambiente urbano extraño para la mayoría de los zapatistas, casi todos eran hombres y en su mayoría eran bastante jóvenes. Debido a estas condiciones, nos dice, difícilmente podían ser representantes naturales del zapatismo; pero Zapata no tuvo a nadie más para prescindir de ellos.¹⁴³

Según el autor, estos *city boys* -atraídos al mundo zapatista por simpatía, curiosidad, necesidad o ambición- rápidamente se hicieron indispensables, pues pronto aportaron sus conocimientos en cuanto al sistema de justicia, cuidados médicos, el campo ideológico, la reforma agraria y la reconstrucción de la vida pueblerina después de la devastación provocada por las tropas del gobierno. También, agrega Brunk, ayudaron en la organización de las fuerzas zapatistas y en ocasiones llegaron a liderar batallas.¹⁴⁴

Brunk acepta el uso que los propios morelenses hacían del término “intelectual”, el cual incluía a estudiantes, abogados y doctores de la ciudad, así como a profesores rurales. Admite que la mayoría de estos personajes llegó sólo después de que, bien definida, la rebelión fue puesta en marcha, y que su presencia no fue claramente crucial, por ejemplo, para incitar a los campesinos a la acción o en difundir ideología. Sin embargo, y en contra de quienes minimizan su papel, el autor asegura que ellos fueron en gran parte quienes condujeron la política interfaccional de Zapata, compusieron los manifiestos emitidos por el movimiento, mantuvieron a Zapata en comunicación con otros líderes revolucionarios y representaron al zapatismo en el escenario de la política

¹⁴³ Brunk, “Zapata...”, *op. cit.*, p. 34.

¹⁴⁴ *Ibid.*, pp. 34 y 35.

nacional. En suma, asegura que su aportación fue significativa para la naturaleza y la dimensión de la “parte de la revolución” -es decir, de los resultados- que al final del conflicto obtuvieron los campesinos de Morelos.¹⁴⁵

Brunk retoma la división entre intelectuales locales (como Pablo Torres Burgos y Otilio Montaña) y los intelectuales urbanos o *city boys*, que comenzaron a permear en el campo zapatista desde tempranas fechas (como Abraham Martínez, Gildardo Magaña y sus hermanos desde 1911, por ejemplo; y Dolores Jiménez Muro, Manuel Palafox, Enrique Villa y Jenaro Amezcua, desde 1912), así como los hombres procedentes de la Casa del Obrero Mundial en 1914.

El autor señala que cualquier intento para evaluar el papel de estos hombres remite al análisis del difícil proceso de “decisión-elaboración” (teoría y acción) en el desenvolvimiento de la rebelión zapatista y a la curiosa relación *love-hate* entre zapatistas y *city boys*. Con respecto al sentimiento *love-hate*, el autor menciona que un talento práctico de un recluta urbano no tenía que ser especialmente grande para ganar aceptación (Gustavo Baz ganó confianza al curar a la hija del general Francisco Pacheco y Alfredo Serratos provocó una buena impresión a Zapata cuando mostró que sabía hablar inglés). Como regla general, señala Brunk, si alguien sabía leer y escribir era útil para el movimiento. Sin embargo, los zapatistas esperaban más que un simple conocimiento de las personas con educación, también deseaban cierto tipo de sabiduría.¹⁴⁶

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 35.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 41.

Otros *city boys* ganaron aprecio y aceptación por el simple hecho de poner un pie en el campo de fuego, pues con esto demostraban valor.¹⁴⁷ Al mismo tiempo, no obstante, los zapatistas temieron que los “catrines” recién llegados se apropiaran del poder que habían obtenido por sí mismos durante años de lucha, por lo que no podían confiar en ellos incondicionalmente.¹⁴⁸

Las tesis del ensayo se extienden más bien sobre el citado proceso de “decisión-elaboración”. Para Zapata -señala Brunk- la política nacional era principalmente terreno de los instruidos (muestra de esto es que un intelectual intermediario estuvo casi siempre presente en importantes encuentros diplomáticos, por ejemplo, Palafox durante la conversación sostenida entre Villa y Zapata en Xochimilco).¹⁴⁹ No obstante, Zapata fue demasiado cauteloso para dar a sus consejeros pleno dominio sobre relaciones interfaccionales, puesto que él quiso mantener el control, es decir, dirigir a sus intelectuales en vez de ser dirigido por ellos. El proceso de “decisión-elaboración” fue en apariencia una colaboración, en la cual Zapata recogía el consejo de otros y después escogía el mejor rumbo de la acción.¹⁵⁰

Brunk indica que Manuel Palafox fue el primer *city boy* que en verdad llegó a ser prominente dentro del zapatismo. Debido a que Zapata necesitaba gente instruida dentro de su movimiento, el líder optó por ponerlo a trabajar en lugar de

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 42.

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 43.

¹⁴⁹ A diferencia del uso dado al término en español, Brunk no utiliza la palabra *diplomacy* sólo para el ámbito de las relaciones internacionales, como en este caso. Respetaremos el criterio del autor, no sin antes haber hecho esta aclaración. Para un estudio de la diplomacia zapatista en torno a los extranjeros residentes en México y a la política internacional debe consultarse el trabajo de Josefina Mac Gregor, “Del plano regional al internacional: Emiliano Zapata, la revolución agraria y las potencias mundiales”, en Anne Staples, *et al.*, *Diplomacia y revolución: homenaje a Berta Ulloa*, México: El Colegio de México, 2000, pp. 65-81.

¹⁵⁰ *Idem.*

fusilarlo después de su complicado encuentro en 1911. En adelante, Palafox fue consumido -según Brunk- por una ambición que eventualmente le permitió superar la desventajosa forma con la cual ingresó movimiento. Luego de la caída de Madero -opina el autor- Palafox comenzó a dejar su impronta.¹⁵¹

Brunk observa -como ya lo señalaba Octavio Paz- que la principal disputa por el poder se produjo entre Palafox y Otilio Montaña a la llegada de los comisionados de paz, encabezados por Pascual Orozco padre, a territorio morelense en 1913. De acuerdo con Brunk, la insistencia de Montaña para que Palafox presentara más pruebas para condenar a los comisionados causó la molestia de Zapata.¹⁵² Montaña esgrimió ante el líder suriano que Palafox tuvo una “inclinación sistemática” para frustrar sus esfuerzos en nombre de la revolución. Zapata comenzó a descubrir y recompensar las habilidades de Palafox justo cuando el movimiento se acercaba a su cima. Palafox estuvo -según Brunk- en posición para presidir el cuartel zapatista en el punto más crítico de la revolución.¹⁵³

Con la llegada de Carranza al poder, la diplomacia zapatista entró en una nueva fase. Zapata incrementó su esfuerzo por centralizar su movimiento. La mayoría de decisiones fueron hechas por los cuadros principales de Zapata, en donde había más secretarios que guerreros.¹⁵⁴ Pocos jefes locales, sin embargo, estaban mejor preparados que Zapata para entender la complejidad de la política nacional, y la mayoría parecían confundidos por la situación. No obstante, no hay

¹⁵¹ *Ibid.*, pp. 44 y 45.

¹⁵² *Ibid.*, p. 44 También dice que Montaña agravó sus errores llamando a Orozco y sus cohortes precisamente “comisionados de paz”, un estatus que Zapata nunca reconoció.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 45.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 46.

evidencia -asegura el autor- de alguna discusión significativa entre ellos sobre el nuevo cambio diplomático.¹⁵⁵

Las dos estrategias que habían elegido *los city boys*: distanciamiento o intransigencia plena frente a los norteños, reflejaron dos tendencias mayores dentro del zapatismo, según el autor. La primera, que la función diplomática de varios intelectuales -antes y después de la llegada de Huerta al poder- ayudó a fomentar la llamada “unidad revolucionaria”. La segunda, que en esta nueva fase hubo un áspero balance entre la vieja percepción de que el zapatismo necesitaba alianzas a nivel nacional y el crecido sentimiento de que quizás en ese escenario no había aliados de valor. No debe sorprender entonces que los intelectuales de Zapata estuvieran indecisos acerca de cuál camino tomar.¹⁵⁶

Las famosas conferencias con los carrancistas fueron reflejo de dicha inseguridad. Brunk no cree que Zapata haya sido manipulado por Palafox y Serratos, pues la decisión final estaba en sus manos, aunque en situaciones como ésta él había confiado en sus consejeros. Esto explica que haya permitido a Palafox continuar sus ataques contra los envidos, quien además estaba seguro de que con la ayuda de Villa ganarían la batalla decisiva. Los enviados, por su parte, dirigieron sus críticas hacia Palafox en sus informes a Carranza, porque un ataque

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 47.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 47 y 48. Las diferencias entre los mismos intelectuales eran reflejo de esto. Además de la disputa con Montañó, el autor refiere la confrontación que hubo entre Manuel Palafox y el ingeniero Ángel Barrios (suceso antes relatado por Octavio Paz Solórzano), debido al acercamiento sin autorización de éste con carrancistas en 1914. Barrios escribió a Zapata para acusar a Palafox de socavar su trabajo, añadiendo que si Palafox continuaba comportándose de esa manera habría consecuencias graves y nocivas para la revolución. Aunque Barrios intentó inculpar solamente a Palafox, Brunk indica que el propio Zapata comenzó a ser cada vez más intransigente con aliados potenciales. *Ibid.*, pp. 48 y 49.

frontal contra Zapata sólo lo alejaría irreversiblemente, mientras que atacar a Palafox podría ayudar a dividir a los zapatistas.¹⁵⁷

Por otro lado, Brunk señala que en el caso (poco factible) de que Carranza aceptara a un representante zapatista a su lado en el gobierno nacional, como lo demandaban los zapatistas, era muy probable que Palafox se previera a sí mismo en dicho puesto. El autor observa que la ambición de nuestro personaje se evidenciaba en su avance a través de las posiciones zapatistas, más aún cuando hacía todo lo posible para congraciarse el favor de Zapata, una estrategia que incluía provocarle recelo contra los extraños. De acuerdo con Brunk, Palafox había comenzado a ver el poder a nivel nacional, y quizás, la presidencia misma. Por tal motivo, si Carranza no aceptaba las demandas zapatistas, la mejor forma de obtener semejante poder era destruir toda iniciativa diplomática.¹⁵⁸ Los enviados carrancistas, por ejemplo, eran hombres que tenían reputación nacional, por lo que si se unían a la emergente alianza zapatista-villista, con o sin Carranza, la perspectiva política de Palafox se vería severamente reducida. Esto muestra, dice el autor, que la intransigencia de nuestro personaje no era sólo por mantener la más o menos radical agenda zapatista, sino que ya miraba por sí mismo.¹⁵⁹

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 51.

¹⁵⁸ *Idem.* Otra oportunidad diplomática frustrada por la intransigencia de Palafox, dice Brunk, ocurrió ese mismo año con Gerardo Murillo, mejor conocido como el Dr. Atl, quien, a pesar de haber llevado una iniciativa prometedora y tener algunos amigos en las filas zapatistas –como Díaz Soto y Gama–, pronto se encontró con el rechazo de Palafox e, incluso, tuvo la impresión de que éste había ordenado su asesinato. Otros embajadores de paz a quienes Palafox confrontó en esos tiempos fueron Manuel N. Robles y Guillermo García Aragón. *Ibid.*, p. 52.

¹⁵⁹ *Idem.* Esto no significa, según el autor, que los carrancistas no tuvieran culpa alguna en el fracaso. Menciona que los reportes iniciales de Sarabia a Carranza parecían más de un espía que de un comisionado y que en ellos mostraba tanta insensibilidad como Palafox acerca de renovar la guerra. También cita la ofensa de Villarreal al manifestar no tener conocimiento del Plan de Ayala y la escasa autoridad que tenían para pactar. Brunk asevera que la Convención, más adelante, mostraría cuántos eran carrancistas meramente nominales (como el propio Villarreal y Obregón). *Ibid.*, pp. 52 y 53.

De esta manera, dice el autor, la intransigencia del movimiento zapatista se había endurecido al momento de la Convención.¹⁶⁰

Comenta el autor que Palafox no estaba solo en creer que la revolución podría triunfar, como tampoco en sentir que el poder ganado era mejor que el poder negociado y compartido, pues lo villistas compartían las mismas suposiciones. Trasladada la Convención a la ciudad de México, rápidamente se enfrascó en la disputa entre Zapata y sus *city boys* y tres presidentes no zapatistas. Brunk añade que, por un lado, los villistas mostraron ser más cautelosos, y por otro, los *city boys* ignoraron la necesidad de llegar a acuerdos (Díaz Soto y Gama sólo vociferaba y Palafox se quejaba).¹⁶¹ No obstante, advierte que hay indicios de que los intelectuales tenían pleno apoyo de Zapata en sus acciones; según él, el líder suriano estaba contento por delegarles la discusión nacional pues ello le permitía atender la reforma agraria y otros asuntos concernientes a Morelos y estados circundantes.¹⁶²

En la parte final de su artículo, Brunk realiza una descripción de lo que llama “la diplomacia de la desesperación”. Trasladada la Convención a Morelos sólo llegó a ser un gobierno en teoría, y como tal, fue un reflejo de las tensiones existentes dentro del zapatismo. Zapata pidió a la Convención continuar legislando

¹⁶⁰ Brunk señala que Díaz Soto y Gama, el delegado zapatista más destacado en la Convención, lejos ser conciliatorio con sus viejos amigos, optó por la intransigencia perfilada antes por Palafox. De ahí que el autor considere que la actuación de Díaz Soto y Gama no puede ser justificada como una indispensable expresión de los principios zapatistas. El pavoneado radicalismo de Díaz Soto y Gama -dice Brunk- era muy diferente del radicalismo -si se le puede llamar así- de los campesinos de Morelos. De esta manera, los *city boys* distorsionaban las demandas de Zapata al darle forma para el público nacional, por lo que el vacío entre lo que los zapatistas eran y cómo estaban representados fue ampliándose por las provocaciones y excentricidades de sus intelectuales. *Ibid.*, pp. 54 y 55.

¹⁶¹ *Ibid.*, pp. 55-57.

¹⁶² *Ibid.*, p. 57.

para demostrar que al zapatismo estaba preparado para gobernar la nación. Brunk califica esto como un sueño, pues aunque fueran capaces de gobernar la región, en su momento no pudieron gobernar la nación por fallar en la construcción de coaliciones y por la falta del compromiso que ello requería. Fue en esos momentos cuando palabras como intriga y traición se volvieron de uso común dentro del movimiento. Las futuras defecciones y muertes de importantes jefes por las disputas internas serían fruto de ello.¹⁶³

Entre los *city boys* ocurrió la misma tensión y tras esta vendría una “purificación”. Palafox correría esa suerte. A pesar de permitirle presidir el juicio sobre Montaño, Zapata comenzó a cansarse de él, pues estaba decepcionado de los resultados obtenidos en 1914 y 1915. Por tal motivo no era difícil culparlo. Como Palafox había pasado por encima de compañeros intelectuales y jefes zapatistas, dice el autor, fue difícil que alguien le ayudara a evitar su caída. Para diciembre de 1917 su papel estuvo estrictamente limitado y su lugar fue ocupado por Gildardo Magaña.¹⁶⁴ De esta manera, su último desatino como zapatista lo realizó cuando, después de escapar del territorio zapatista, trató de persuadir a otros compañeros de seguirlo y desconocer a Zapata.¹⁶⁵

Zapata presentó un relato acerca de la trayectoria de Palafox dentro del movimiento, como respuesta a las acusaciones que éste comenzó a lanzar en su contra. En dicho documento, describe Brunk, Zapata admite que era difícil evaluar las motivaciones de hombres como Palafox al ingresar al movimiento. “En un tono

¹⁶³ *Ibid.*, p. 58.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 60.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 63. Si la homosexualidad de Palafox tuvo algo que ver con su desgracia, como sugiere Womack, para Brunk sólo fue un factor menor.

casi confesional”, el líder suriano relata los esfuerzos hechos por Palafox para obtener su gracia y crear conflicto entre él y Montañó, aunque indica que Montañó era demasiado importante en ese momento como para ser desplazado por Palafox. Aclara que éste no tenía un gran poder cuando arribaron los delegados carrancistas en 1914, pero que de “alguna manera” fue elegido para encabezar el encuentro. También señala que su culpabilidad en el fracaso de dicho encuentro comenzó a ser clara en los últimos años, por lo que fue removido de su posición dentro del cuartel general para comenzar a sanar el mal, aunque era ya tarde.¹⁶⁶

Brunk opina con respecto a este relato que los eventos de 1914 debieron parecer tan trascendentes al momento de escribir el documento, que Zapata se desentendió del apoyo que le proporcionó a Palafox y sólo estuvo dispuesto a aceptar, de manera indirecta, la culpa en el delito menos serio de haber fallado en controlar a sus intelectuales. También rechaza que la elección de Palafox para encabezar el encuentro fuera una casualidad.¹⁶⁷

El autor plantea el problema de esta manera: si los *city boys* intercedían entre Zapata y los políticos e intelectuales de otros movimientos, entonces ¿quién intercedía entre los *city boys* y Zapata, para hacer seguro que él entendía plenamente lo que ellos estaban haciendo en su nombre? Brunk responde que la falta de educación de Zapata le impidió controlar a aquellos que estaban mejor educados, y que por ello cualquier puente que se construyera entre Zapata y la nación contendría serios defectos estructurales.

¹⁶⁶ *Idem*. El autor menciona que el documento no puede ser tomado “puramente” como la confesión de Zapata, pues necesitó de ayuda “intelectual” para realizarlo, aunque el resultado final requirió de su aprobación.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 63 y 64.

Así, continúa Brunk, aunque algunos *city boys* fueron significativos y enriquecieron el movimiento, como grupo fallaron durante la coyuntura más crítica de la revolución. Si los campesinos con frecuencia hicieron alianzas -señala Brunk- los *city boys* también debieron hacerlas si deseaban tener éxito. En cambio, en lugar de abogar por un diplomacia seria en 1914, cuando el zapatismo pudo haberse asegurado una “gran parte” de la revolución para negociar desde una mejor posición, varios *city boys* sabotearon el proceso diplomático para reforzar el *aislamiento* regional de Zapata. No le dieron, en suma, el proyecto que requería ni ayudaron a hacerlo un actor serio en la escena nacional.¹⁶⁸ Brunk asienta que la rebelión de Montaña en 1917 demuestra que incluso entre los hombres que hicieron el Plan de Ayala no estaban necesariamente de acuerdo con la dirección que el movimiento debía tomar. Sugiere que la probabilidad del fracaso diplomático pudo haber sido puesta a prueba si Palafox no hubiera concentrado tanto poder y no hubiera arrojado su peso contra la diplomacia. De esta manera, concluye el autor, el movimiento fracasó en dar diplomacia a cambio cuando más importaba, y que gran parte de la falla debe ser atribuida a la problemática relación entre Zapata y sus *city boys*.¹⁶⁹

Son varios los elementos a comentar sobre este artículo. Una de sus virtudes es que pone como objetivo central lo que otros autores sugerían de manera tangencial: el papel de los intelectuales en el movimiento zapatista. Esto obligó al autor a hacer una intensa revisión documental que brindó nuevas pistas y que le permitieron lanzar algunas hipótesis sugerentes (como las ventajas y

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 64.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 65.

desventajas que presentaba para Palafox una alianza con los carrancistas). Otros aspectos no son tan novedosos, como hacer patente la desvinculación de los intelectuales con la base campesina en el momento de adquirir relevancia nacional o presentar como multifactorial las causas de los fracasos de los encuentros interfaccionales.

Sus limitaciones, por el contrario, son más evidentes. La primera de ellas es su propia concepción de intelectual (que es la de los propios zapatistas), la cual si bien le permite evadir una discusión tal vez ociosa y así observarlos como un grupo, lo imposibilita para realizar diferenciaciones (y las hubo) funcionales entre ellos. Es por esto que no queda claro qué hacía cada uno de los intelectuales, y por consecuencia, parece que el objetivo y función de todos era básicamente diplomático. Y de aquí parte el problema central de la argumentación del autor. Veamos: Brunk señala algunas de las labores de estos personajes dentro del zapatismo, pero considera que su verdadera relevancia se halla en la cuestión diplomática, campo minado de antemano, puesto que es poco el margen de éxito que tuvieron si desde ahí se les quiere observar. En otras palabras, su trascendencia se cierne en el fracaso al que llevaron al zapatismo, pues el aspecto organizacional pronto es desechado por el autor. Además, si aceptamos que la diplomacia -impulsada y vapuleada por los propios intelectuales- fue lo crucial para obtener una “parte de la revolución”, se descarta de inmediato la fuerza interna del movimiento. Eso justifica que su interés primordial sea por Zapata y no por la comunidad: el líder estuvo listo –aunque al parecer no tanto- para entender la dimensión de su lucha, no así la base social.

Palafox es un claro ejemplo de lo malogrado de este balance. Es presentado como un hombre ambicioso, capaz de pasar sobre los demás, sin que siquiera se llegue a mencionar las habilidades (dejémoslas en administrativas) que le permitieron ascender dentro del movimiento. Otro caso es Otilio Montaña, cuya labor *dentro* del movimiento es olvidada al ser de carácter diplomático las actividades a las que el autor da mayor peso (a pesar de que el propio Brunk admite que los *city boys* llegaron cuando la rebelión bien definida estaba puesta en marcha).

A partir de esto resulta fácil observar, en el cuadro pintado por Brunk, a un movimiento social maniatado por sus intelectuales y con escaso control sobre ellos. Tampoco sorprende ver a Zapata, como ya se dijo, como el único puente entre ambas partes, y por tanto, responsable de su desarticulación al no ser capaz de corregir los excesos de sus *city boys*, ni superar el provincialismo de sus seguidores. Zapata, en ambos sentidos, se quedó a medio camino.

Este enfoque ceñido en la importancia de las decisiones y acciones individuales de Zapata, es expuesto con mayor detalle por el autor en su libro *Emiliano Zapata. Revolution and betrayal in Mexico*, publicado en 1995.¹⁷⁰ No obstante el carácter biográfico de la obra, el autor extiende (de nuevo) gran parte de su atención hacia la polémica relación entre Zapata y sus intelectuales. Desafortunadamente -para nuestro interés- Brunk traslada casi sin modificación

¹⁷⁰ Samuel Brunk, *Emiliano Zapata. Revolution and betrayal in Mexico*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995, p. XVI. Brunk indica que los estudios más importantes sobre el zapatismo (como el de Jesús Sotelo y Womock), tienden a resaltar el papel de la comunidad y no el de las acciones individuales. En buena medida su obra pretende llenar ese vacío.

los datos y opiniones que vertió en su artículo anterior. Aunque escasos, sin embargo, no podemos dejar de valorar los elementos nuevos que brinda el autor.

Uno de los eventos sobre los cuales se hacen aportaciones significativas es la crisis del gobierno convencionista. Brunk relata que con la pérdida de la ciudad de México continuó la decadencia moral entre los zapatistas. Varios jefes culparon por sus errores a Palafox (quien se había encargado de la defensa), y por consecuencia, acusaron a Zapata de dar demasiado poder a sus intelectuales. Pacheco, por ejemplo, calificó como ridículas las órdenes de Palafox, además escribió a Zapata que Palafox había tratado a todos con vituperio y lo culpó por la falta de pago a sus fuerzas.¹⁷¹

De regreso a la capital, tuvo lugar la conversación entre Zapata y Roque González Garza.¹⁷² Brunk sugiere que uno de los temas abordados probablemente en dicho encuentro fue la reciente propuesta de Villa de trasladar la Convención a Chihuahua, en donde sus fuerzas podrían protegerla. Con la promesa de no perder recursos del gobierno, Zapata eventualmente accedió. Para Palafox, sin embargo, la decisión pareció inconveniente, por consecuencia, expresó a Zapata su inconformidad y le dio cuenta de varios pretextos que le impedirían trasladarse a Chihuahua. Brunk supone que sus reservas se debieron a que su poder dependía de su habilidad de comunicarse con Zapata y de llevar a cabo la reforma agraria en la zona morelense. Según el autor, tal vez estas

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 161.

¹⁷² Brunk se basa en el relato de González Garza antes mencionado por Alfonso Taracena, aunque agrega otros testimonios.

reservas reforzaron las del propio Zapata. De cualquier manera, el traslado no se llevó a cabo.¹⁷³

Brunk indica que las diferencias entre los representantes villistas y zapatistas eran en parte ideológicas (identifica a los primeros con un formación más liberal y a los segundos como anarquistas); pero si bien el conflicto entre ambos surgiría naturalmente, éste fue agravado por la fuerte personalidad de hombres como Palafox, Díaz Soto y Gama y el propio González Garza. Palafox, por ejemplo, expresó a Zapata que los villistas no eran suficientemente radicales. González Garza, por su parte, presentó cargos contra Palafox en sesión secreta de la legislatura y solicitó permiso para removerlo de su gabinete. González lo obtuvo a pesar de la mayoría zapatista, lo que para el autor significa que muchos de quienes lo conocían concordaban que Palafox era imposible.¹⁷⁴ Zapata de nuevo arremetió contra González Garza. Villa intervino y escribió a Zapata para defender los derechos de González para remover a Palafox, a quien además calificó de obstruccionista e intrigante.¹⁷⁵

En marzo de 1915, Palafox notó un movimiento estratégico hecho por González Garza para incitar aún más la rivalidad entre los generales zapatistas Francisco Pacheco y Genovevo de la O, quien miraba con recelo los favores del ejecutivo a aquél. De acuerdo con el autor, Palafox fue el único que entendió esta situación y expresó a Zapata su descontento con González Garza, no porque predispusiera a los jefes zapatistas contra él (lo que conllevó que constantemente dijeran que él no era un hombre adecuado para la revolución), sino porque

¹⁷³ *Ibid.*, pp. 163 y 164.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 165.

¹⁷⁵ *Ibid.*, pp. 165-168.

intentaba dividir al ejército del Sur. A la par de esto, la lealtad de muchos jefes estaba flaqueando, por lo que comenzaron a cuestionar cada vez más el liderazgo de Zapata -o al menos el de la parte intelectual-, y pronto surgió cierta duda sobre la capacidad de líder suriano para controlarlos.¹⁷⁶

Sobre el poder dado al secretario de Agricultura para echar a andar la reforma agraria, el autor sostiene que bien pudo ser producto de la ambición de Palafox, pero admite que también mostraba el crecimiento constante del entendimiento de Zapata sobre los obstáculos políticos que confrontaban su programa. Señala que, en general, ésta era la clase de legislación en la cual Zapata seguramente tuvo cierta participación, y que deben mirarse como resultado de las ideas expresadas en el Plan de Ayala y su interacción con subsecuentes experiencias.¹⁷⁷ No obstante, sostiene que la agenda de reformas de 1915 y 1916 iba más allá de lo que Zapata y los jefes locales habían previsto (por ejemplo en temas como la liberación femenina, la legislación del divorcio, la emancipación de la universidad nacional, e incluso, sobre la libertad de prensa).¹⁷⁸

Para finalizar con respecto a nuestro personaje, el autor agrega algunos detalles sobre su desertión. El autor relata que a mediados de 1917 Palafox había sido reducido a un “hombre errante”, por lo que intentó llegar a un acuerdo con el enemigo. Palafox escribió a Luis Cabrera que si Carranza lo enviaba a un exilio en Sudamérica, él prometía llevar al campo constitucionalista a un gran número de intelectuales y jefes, quienes al ver que él -“el director intelectual del zapatismo”-

¹⁷⁶ *Ibid.*, pp. 172 y173. El interés de Brunk por entender la naturaleza del liderazgo de Zapata explica sus constantes referencias a los enfados y cuestionamiento que le hacen los jefes a su mando sobre algunas de sus decisiones.

¹⁷⁷ *Ibid.*, pp. 183-184.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 185.

se había rendido, harían lo mismo, y así, el zapatismo estaría totalmente extinto en el estado de Morelos.¹⁷⁹ Sin embargo, Zapata descubrió sus planes, y si bien no fue ejecutado, Palafox se convirtió en un prisionero virtual entre los zapatistas. En la primavera de 1918 -continúa Brunk- Zapata envió a Palafox y a su compañero Enrique Bonilla a Tochimilco para tenerlos fuera de su vista; pero en el mes de octubre la necesidad de instrucción del líder suriano fue tan grande que encargó a Palafox y Bonilla una comisión diplomática, ocasión que ambos aprovecharon para escapar. Y aunque Magaña tramó una trampa a su regreso, Zapata no quiso que volvieran.¹⁸⁰

Resta decir que -como se señaló anteriormente- las conclusiones del autor con respecto a la relación entre Zapata y sus intelectuales, se mantiene inalterada. Por nuestra parte, debemos recalcar de nuevo la amplia documentación utilizada por el autor para el estudio de los conflictos entre Palafox y los jefes militares zapatistas.

Tradición y modernidad en el zapatismo

Felipe Ávila, por su parte, publicó su artículo “El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto estatal zapatista”, en 1993 (el mismo año en que apareció el de Brunk). Su objetivo era analizar las propuestas programáticas de legislación estatal que elaboró el Consejo Ejecutivo y establecer la relación sostenida con la actividad general del movimiento zapatista entre octubre de 1915 y mayo de 1916.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 218 y 219. Este interesante documento fue publicado originalmente en Isidro Fabela y Josefina Fabela, eds., *Emiliano Zapata, el Plan de Ayala, y la política agraria*, México: Jus, 1970. (*Documentos históricos de la revolución mexicana*, vol. XXI).

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 219.

Ávila retoma algunas las propuestas de Alicia Olivera, Laura Espejel y Salvador Rueda, sobre todo las referentes a la nula aplicación a nivel nacional de las propuestas de los ideólogos del Consejo y el desfase entre sus disposiciones y lo ejecutado por el Cuartel General en la zona morelense.¹⁸¹ Así como sus tesis sobre el divorcio entre el discurso “hacia afuera” y el discurso “hacia adentro”.

Ávila admite que la mayoría de estos planteamientos son un avance contra percepciones tradicionales acerca del movimiento zapatista, pero que aún adolecen de ciertas limitaciones. Asegura que si no demuestran realmente que hubo una articulación entre ambos discursos, caerían en el mismo error de la historiografía tradicional, al presentar al zapatismo como incapaz de elaborar una alternativa nacional viable y como un gobierno caracterizado por la inmediatez y el localismo a nivel regional.¹⁸²

Para él la relación de los intelectuales con el movimiento zapatista es un asunto complejo “puesto que tiene que ver con la forma en que un movimiento conforma su propia ideología y destaca a un cuerpo de especialistas ‘intelectuales’ que le dan mayor o menor grado de sistematicidad, coherencia y expresión.”¹⁸³ Desde su punto de vista, el problema no sólo es si había articulación y desfase, “sino demostrar qué tipo de articulación era y establecer si era correspondencia y complementariedad o separación y antagonismo lo que predominaba.”¹⁸⁴ A su juicio -y como Warman ya lo había señalado, en el zapatismo, como en cualquier otro movimiento social, “se dio una división natural del trabajo de manera funcional

¹⁸¹ Felipe Arturo Ávila Espinosa, “El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto de legislación estatal zapatista”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, año XVI, 1993, p.53.

¹⁸² *Ibid.*, p. 55.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 57.

¹⁸⁴ *Idem.*

según las especialidades de sus integrantes y de acuerdo con las diversas necesidades que se fueron presentando.”¹⁸⁵

Después de estas consideraciones, Felipe Ávila entra de lleno al examen del Consejo Consultivo. En primer término, enuncia los hombres que lo integraron: Manuel Palafox, Otilio Montaña, Manuel Mendoza López, Luis Zubiría y Campa y Jenaro Amezcua; todos ellos importantes intelectuales zapatistas, según el autor. Distingue algunos rasgos comunes entre ellos, como pertenecer a una misma generación, haber realizado estudios, provenir de sectores de clase media provinciana, y por último, haberse incorporado al zapatismo por convicción y no por necesidad.¹⁸⁶ A esto agrega que el contacto con la realidad zapatista los hizo percatarse de la importancia de la problemática agraria. Por otra parte, subraya sus diferentes trayectorias políticas e ideológicas, mismas que seguirían expresándose durante el movimiento.¹⁸⁷

El autor presenta una breve semblanza de cada intelectual. Son pocos los datos novedosos en lo correspondiente a Manuel Palafox. Describe que su incorporación fue confusa, pero que para mediados de 1914 era el secretario de más peso dentro del Cuartel General, posición que conservó los dos años siguientes. Dice que “de personalidad dominante y ambicioso, duro y sectario, se convirtió en el artífice de la reforma agraria morelense, la más profunda que hubo en la etapa revolucionaria”;¹⁸⁸ al tiempo que fue un foco de fricción dentro del gobierno convencionista y un importante factor en la ruptura con los villistas.

¹⁸⁵ *Idem.*

¹⁸⁶ *Ibid.*, p.59.

¹⁸⁷ *Idem.*

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 60.

Luego de este vistazo a la organización y composición del Consejo, Ávila da paso al análisis de la legislación que elaboró. Afirma que las leyes y disposiciones

...representan el conjunto más acabado hecho por el zapatismo sobre el proyecto general de gobierno que ese movimiento concebía para la nación mexicana, paradójicamente, cuando menos posibilidades tenía de ser una alternativa viable, en virtud de la victoria definitiva que había alcanzado el constitucionalismo meses atrás.¹⁸⁹

Señala que si bien eran una continuación del Programa de Reformas Económicas y Sociales de la Revolución, elaborado durante el gobierno convencionista, poseía la peculiaridad de que al encontrarse solos los ideólogos zapatistas, no hicieron ninguna concesión y pudieron plasmar sus ideas de manera más nítida. Explica que para asentar sus ideas se debieron tomar en cuenta las concepciones de cada uno de ellos, sin eludir que también fueron influidos por el propio movimiento zapatista (por sus aspiraciones y necesidades).¹⁹⁰

Una de las leyes que somete a examen es la Ley Agraria, elaborada, principalmente, por Manuel Palafox. Menciona que en ella se complementaba y concretaba el Plan de Ayala y las propuestas del programa convencionista. Llama la atención que, contrario a otras opiniones que hemos referido, para Ávila la centralización del poder en la Secretaría de Agricultura, ocupada en ese momento por Palafox, fue un rechazo del zapatismo a que los gobiernos estatales se encargaran de la reforma agraria “prefiriendo la centralización ministerial como garantía de que no habría desviaciones y una relación directa entre pueblos e individuos beneficiarios y las autoridades centrales zapatistas”;¹⁹¹ y no el simple

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 62.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 63.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 64.

reflejo de los deseos y ambiciones de Palafox. En este caso es indudable para el autor la vinculación entre la propuesta intelectual y la realidad zapatista (como lo es en la ley laboral y la ley sobre funcionarios y empleados públicos).

El autor concluye que las propuestas de los intelectuales del Consejo Ejecutivo eran complementarias y representativas de la visión nacional del zapatismo, que a su vez se preocupaban por atender la problemática de otras clases sociales.¹⁹² Sin embargo, admite que también hay rasgos en los que se advierte

que sus propuestas eran producto más de sus convicciones personales y de sus aspiraciones, tales como las adhesiones de partido por la socialización paulatina de los medios de producción, la constitución de sociedades corporativas, la orientación educacional técnica o, incluso, su misma laicidad [sic]...¹⁹³

Asimismo, sugiere que un análisis más completo sobre esta problemática “no sólo debe contemplar la resonancia o receptividad de lo intelectuales con las demandas de los movimientos de los cuales forman parte y, por tanto, de su representatividad o enajenación, sino también la interacción que se fue dando entre unos y otros.”¹⁹⁴ Asegura, finalmente, que la viabilidad de las propuestas no radicaba en el hecho de que fueran irrealizables por sí mismas, pues se aplicaron parcialmente, o que carecieran de dimensión nacional, pues la tenía, sino que más bien estuvieron marcadas por la derrota del zapatismo.¹⁹⁵

En su ensayo “La historiografía del zapatismo después de John Womack”, publicado en el año 2000, Ávila propone que desde este enfoque se debe abordar el papel de Palafox, por ejemplo, durante las pláticas con los carrancistas; es

¹⁹² *Ibid.*, p. 74.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 75.

¹⁹⁴ *Idem.*

¹⁹⁵ *Idem.*

decir, no desde su sectarismo y su maquiavelismo, como lo hace Samuel Brunk. El autor sugiere también que lo que se debe desarrollar es en qué medida las posturas de Palafox correspondían con lo que era la visión y las definiciones de los otros jefes zapatistas y de las comunidades (como en el análisis de la Ley Agraria, anteriormente mencionado). En otras palabras, dar más peso a la representatividad de los intelectuales como parte de los movimientos sociales a los que pertenecían y que en alguna medida los explican. De no ser así, afirma Ávila, se corre el peligro de no superar la explicación tradicional individualista de la historia.¹⁹⁶

Felipe Ávila publicó su libro *Los orígenes históricos del zapatismo* en el 2001. El objetivo principal que persigue en esta obra es explicar los orígenes, causas y las formas que tuvo el zapatismo en su etapa inicial, mediante la indagación de las razones agrarias de largo plazo que hicieron posible la insurrección y la coyuntura política que permitió que se conformase esta rebelión de proporciones regionales inéditas.¹⁹⁷

Debido a su corte cronológico, Ávila aborda el problema del liderazgo y de los intelectuales del movimiento de manera muy breve. En su primera fase (que es la estudiada por el autor) la participación de intelectuales foráneos en el zapatismo fue escasa o nula. De acuerdo con el autor, fue con el triunfo maderista y con la ampliación de la influencia zapatista que el movimiento comenzó a atraer a intelectuales urbanos (como Abraham Martínez, Juan Andrew Almazán y los

¹⁹⁶ Felipe Ávila, "La historiografía...", *op. cit.*, p. 49.

¹⁹⁷ Felipe Ávila, *Los orígenes históricos del zapatismo*, México: El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, p. 11. El autor presentó esta investigación como tesis de doctorado en Historia en 1999.

hermanos Magaña). Sin embargo, ninguno de ellos ejerció influencia ideológica decisiva en esta etapa. Ávila menciona que todos ellos eran intelectuales en términos convencionales: “de clases medias, con cierto grado de educación y cultura, con contactos entre las élites gobernantes, es decir, intelectuales orgánicos del tipo clásico, desclasados, fuereños.”¹⁹⁸ Fue Otilo Montaña quien ejerció la mayor influencia ideológica hasta 1914, conservándola hasta su muerte en 1916.¹⁹⁹ Posteriormente, en los años de 1913 y 1914 se incorporaron intelectuales provenientes de las clases medias urbanas. Ávila dice que:

En conjunto, estos intelectuales fuereños de tipo tradicional, entre los que descollaron Manuel Palafox y Antonio Díaz Soto y Gama, fueron los que elaboraron las formulaciones programáticas nacionales más importantes del zapatismo y quines se encargaron de que el zapatismo trascendiera el ámbito regional y alcanzara una dimensión nacional.²⁰⁰

De nuevo, Ávila señala que sus propuestas surgieron de una mezcla entre su aprendizaje del movimiento zapatista y sus propias convicciones e ideas y que, como en todo movimiento social, tuvieron diferentes grados de representatividad. Sin descontar, por otra parte, que el sectarismo y doctrinarismo de varios de ellos desembocó en alianzas vacilantes e infructuosas, un factor importante en la derrota del zapatismo.²⁰¹

El continuo interés de Ávila por estos temas es visible en su reciente artículo “Tradición y modernidad en el zapatismo”, publicado en el 2004. En este trabajo Ávila busca “analizar las características y el peso de los elementos tradicionales y modernos del zapatismo y explicar la influencia que tuvieron en su

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 28.

¹⁹⁹ *Idem.*

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 29

²⁰¹ *Idem.*

práctica, en su evolución histórica y en sus propuestas programáticas.”²⁰² La manifestación de los elementos tradicionales es analizada a partir de las haciendas azucareras, los pueblos y el ejército suriano. Los modernos, por su parte, son estudiados a partir de las propuestas políticas e ideológicas elaboradas por sus intelectuales.²⁰³

Con respecto a este último punto, Ávila sostiene que con la combinación entre los elementos tradicionales de las comunidades y las doctrinas modernas de estos intelectuales (desde el liberalismo decimonónico, hasta el anarquismo y el socialismo), manifestada en el discurso y los proyectos políticos (desde el Plan de Ayala hasta la leyes del Consejo Consultivo), el zapatismo produjo algunos de los planteamientos más innovadores y radicales de toda la década revolucionaria.²⁰⁴

El mérito de los estudios de Felipe Ávila en su conjunto es atender a la tradición histórica de los pueblos zapatistas para explicar su comportamiento durante el proceso revolucionario, así como afirmar su capacidad para incorporar elementos de política moderna en su práctica revolucionaria. Con respecto al tema de nuestro interés sus aportaciones cobran relevancia al introducirse en la fase en donde ha sido ubicado el divorcio entre el discurso intelectual y la práctica campesina.

Su argumento central, la representatividad de las propuestas de los intelectuales, es un punto destacable, pero tiene sus límites. Al enfocarse

²⁰² Felipe Ávila, “Tradición y modernidad en el zapatismo”, en Erika Pani y Alicia Salmerón, coords., *Conceptualizar los que se ve: Francois Xavier-Guerra, historiador. Homenaje*, México: Instituto de Investigaciones Mora, 2004, p. 350.

²⁰³ *Ibid.*, p. 351.

²⁰⁴ *Ibid.*, p.378. La propuesta tiene como base la idea de Francois Xavier Guerra -precisamente el historiador homenajeado en el libro donde se encuentra el artículo de Ávila- expuesta en la introducción de este trabajo, acerca de la “tenue articulación” entre la tradición (representada por los actores sociales de tipo antiguo) y la política moderna (representada por los intelectuales).

básicamente en la legislación descuida analizar la aplicación de la misma (precisamente el punto en donde Espejel, Olivera y Rueda, observan el desfase entre la política hacia adentro y la política hacia afuera). Para Ávila lo rescatable es más bien la representatividad de las leyes y, según su exposición, sus dimensiones nacionales, pues su aplicación parcial estuvo marcada por una causa distinta: la derrota villista-zapatista.

La legislación del Consejo, por otra parte, es un campo muy estrecho para dar por ciertas algunas de sus conclusiones. Por más que las propuestas combinaran elementos tradicionales (campesinos) y modernos (intelectuales), no me parecen por sí solas razón suficiente para hablar de una verdadera representatividad, más bien sugiere una tajante separación funcional de los sectores integrantes del zapatismo. Eso disminuye el papel participativo del común de los zapatistas en las decisiones de “alta política” (con todo y que las propuestas de los intelectuales se sometieran a la aprobación de los jefes locales) y reduce la gama de funciones que tuvieron los intelectuales en la práctica revolucionaria zapatista.

Finalmente, Ávila nos muestra un grupo homogéneo de intelectuales (a quienes incluso llama “ideólogos”), afirmación también cuestionable. No creo que sus formaciones profesionales e ideológicas los hayan conducido de facto al zapatismo (en todo caso sería mejor indagar sobre sus motivaciones), como tampoco tuvieron el mismo grado de participación dentro el movimiento.

El zapatismo desde dentro

Concluimos nuestra revisión con el análisis de la obra de Francisco Pineda Gómez *La revolución del Sur, 1912-1914*, publicada en 2005. El autor, antropólogo de formación, intenta explicar cómo llegó la revolución a la cima durante esos años (tanto el grupo zapatista como el villista) y por qué perdió dicha posición tan rápidamente.²⁰⁵ El enfoque de su estudio parte del análisis de la guerra; sin embargo, no centra su interés sólo en el aspecto militar, sino que extiende su atención hacia las prácticas puestas en marcha por los sucesivos gobiernos federales (como el racismo y el genocidio), a las que hizo frente el Ejército Libertador del Sur. Desde esta posición, Pineda intenta rebatir las tesis que menosprecian el valor y el alcance de la guerra zapatista y que circunscriben sus metas políticas al ámbito local. Para sustentar su posición, el autor recurre al análisis de un momento decisivo para el desarrollo del zapatismo: el mes de octubre de 1913.

En dicho mes comenzó la preparación de la campaña militar zapatista sobre el estado de Guerrero (la misma en la que Womack acentúa la presencia de Manuel Palafox). De acuerdo con Pineda, por las pocas posibilidades de victoria y los escasos beneficios materiales que se obtendría (la ventaja más bien acarrearía reclutamiento y unificación de fuerzas), “esa campaña zapatista no se explicaría bajo los preceptos de localismo y pasividad que han impuesto los pregoneros del ‘zapatismo aldeano’.”²⁰⁶

²⁰⁵ Francisco Pineda Gómez, *La revolución del Sur, 1912-1914*, México: Era, 2005, p. 31.

²⁰⁶ *Ibid*, p. 342. Sus opiniones sobre esta concepción son expuestas con mayor precisión en su primer libro, *La irrupción zapatista de 1911*, México: Era, 1997, 247 p. En resumen, Pineda vincula esta concepción como una herencia de las tesis evolucionistas procedentes de la antropología estadounidense, mismas que -hasta cierto punto- John Womack continuó al concebir al ejército zapatista sólo como “una liga de pueblos armados”.

Zapata expidió, a su vez, un manifiesto a la nación el 20 de octubre de 1913. Francisco Pineda hace un análisis del discurso contenido en el texto (que básicamente alude al principio de la soberanía y al problema de la riqueza) y observa en él una “transformación de base, aquella que marca los cambios en el relato político”:²⁰⁷ No obstante, el autor no olvida el problema que implica confrontar el discurso con los acontecimientos no discursivos, por ello se pregunta “¿con qué fuerza contaban para una victoria de esa naturaleza?”²⁰⁸ Pineda sostiene que además de iniciar la rebelión para alcanzar la victoria, se requería también de una transformación en los propios revolucionarios (pasar de su inicial voluntad de *vencer o morir* a la de *vencer y cumplir*). Esto es lo que precisamente expresaba el manifiesto del 20 de octubre, según el autor.

En este sentido, el autor está consciente del debate generado con respecto a la elaboración de este tipo de manifiestos a la nación (discurso hacia fuera) por parte de los intelectuales del zapatismo. Pineda fija su postura de la siguiente manera:

Se podrá decir, desde los lugares comunes del racismo, que tal manifiesto no fue obra de los zapatistas sino de algún intelectual. Con frecuencia se sospecha que los pobres son manipulados a tal grado que serían capaces de suscribir un documento sin entenderlo. Casi nunca se levanta la misma sospecha cuando se trata del discurso suscrito por los hombres del poder, aunque sea completamente evidente que no son ellos quienes escriben directamente sus discursos. Lo cierto es que si, por ejemplo, en lugar de Zapata, hubiera suscrito el manifiesto Otilio Montaña o Ángel Barrios, o Antonio Díaz Soto y Gama, o Manuel Palafox, este documento no habría tenido la misma *significación política*. Como acontecimiento discursivo, ese manifiesto fue emitido por el Ejército Libertador y quien lo autorizó (principio de autor) fue su general en jefe, Emiliano Zapata. Allí, *en el*

²⁰⁷ Pineda, *La revolución...*, *op.cit.*, p. 344.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 348.

sujeto colectivo, está anclada su significación histórica dentro del proceso revolucionario.²⁰⁹

Pineda también añade, no obstante, que es posible corroborar que existe correlato entre las ideas del discurso del frente externo y las del frente interno zapatista. Como ejemplo expone una carta de Emiliano Zapata a Gildardo Magaña, también fechada en octubre de 1913, en la cual expresaba, en términos semejantes a los del manifiesto, el problema de la riqueza, la propiedad y el sujeto revolucionario. Aún más, el autor percibe en la carta una mayor profundidad histórica, un mayor énfasis en la problemática campesina y, a su vez, la supone más directa al considerar el papel decisivo de la violencia en el proceso histórico mexicano.²¹⁰ Así es como se puede ver la “simetría” entre ambos discursos (bajo una retórica afinada o sin ella; con o sin faltas de ortografía).

La unidad política del discurso, concluye el autor, “no fue obra de la casualidad sino el resultado de la propia revolución, un saldo de aquel proceso que trasforma, en primer término, a los humanos”;²¹¹ pues si bien el discurso persuasivo se dirigió a la nación, también interpeló a los propios revolucionarios y fue allí donde cumplió una función educativa política.²¹²

Bajo esta concepción de la *autoemancipación* de los campesinos, es como Francisco Pineda entiende los alcances obtenidos por el zapatismo en unos cuantos años. No es difícil mirar, a partir de este enfoque, la escasa relevancia del grupo intelectual dentro de la revolución zapatista (por tal motivo el autor repara poco en eventos como las conferencias con los carrancistas o los conflictos entre

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 350. Las cursivas son mías.

²¹⁰ *Ibid.*, p. 350 y 351.

²¹¹ *Ibid.*, p. 357.

²¹² *Ibid.*, p. 358.

los intelectuales durante el gobierno convencionista). Pineda acepta su colaboración para la elaboración de los discursos del frente externo, pero la correspondencia con las ideas expresadas en el discurso del frente interno indica que su participación no fue decisiva y, al mismo tiempo, elimina la posibilidad de cualquier manipulación.

Por otro lado, si nos atenemos a las etapas sugeridas por Espejel, Olivera y Rueda, los documentos cotejados por Pineda se encuentran en una etapa en la que la presencia intelectual (por no decir influencia) aún es poca. Sería interesante conocer la mirada de Pineda sobre los años posteriores, esos en los que aparece el desfase entre el discurso y la práctica, según el trinomio zapatista, o bien, en los que la legislación (hecha por intelectuales) sigue siendo representativa de los intereses de las comunidades, según Ávila.²¹³

* * * * *

El saldo de esta revisión es un cuadro cada vez más delineado acerca de Manuel Palafox. Lejos del personaje que sólo llamaba la atención por su complicidad en el juicio de Montaña y su desertión del zapatismo, ahora encontramos al prominente secretario del Cuartel General, organizador de las Comisiones Agrarias del Sur, secretario de Agricultura durante el gobierno convencionista y miembro del Consejo Consultivo de la República. Nos enteramos, entre otras cosas, de su incorporación al movimiento, sus conflictos por llegar (y permanecer) en los primeros cuadros de la dirigencia zapatista, sus constantes choques con prominentes hombres de otras facciones y con otros jefes

²¹³ Cabe mencionar que el autor tiene en preparación el tercer tomo que completará su estudio sobre el zapatismo.

zapatistas, más detalles sobre su desertión del zapatismo, e incluso, de su participación en las elecciones para gobernador del estado de Puebla y su activismo durante las elecciones presidenciales de 1940.

En general, como ya hemos advertido, podemos identificar un notable incremento en el conocimiento histórico sobre el zapatismo y los distintos enfoques desde los que se le ha interpretado. La disposición de archivos, las tendencias teórico-metodológicas (tanto nacionales como extranjeras), la especialización de los estudiosos del tema y la caída de paradigmas políticos e ideológicos, permitieron ampliar el horizonte con que se estudiaba a Zapata, al zapatismo y a los zapatistas. En este marco, el tema de los intelectuales, con todo y la reticencia que ha generado para algunos autores, ha sido una constante para la explicación de los alcances y límites que tuvo el movimiento, ya sea como un factor decisivo o no. El *rescate* de la figura de Manuel Palafox se debe entender desde esta lógica y no sólo por el interés que haya generado por sí mismo.

A continuación expondré los motivos por los que, a pesar de los avances obtenidos en la actualidad, considero pertinente el estudio de Manuel Palafox y las posibles aportaciones que tendría para la historiografía zapatista. De igual manera, realizaré algunas observaciones acerca del papel de los intelectuales en el zapatismo y explicaré en qué medida, desde mi punto de vista, es importante su estudio.

Epílogo

Manuel Palafox fue un personaje protagónico, y no menos polémico, tanto en la *historia* como en la *historiografía* de la revolución zapatista. Casi todos los autores que le han dedicado un espacio no dejan de envolverlo en calificativos, aunque son pocos quienes han sustentado su posicionamiento en un estudio más o menos riguroso del personaje. Así, en diversos momentos, ha pasado de ser un simple oportunista y manipulador a todo un artífice en la organización del proyecto estatal zapatista (tal vez el contraste más evidente se encuentre en los trabajos de John Womack). Ambas posiciones, como se ha expuesto, han aparecido de forma simultánea durante casi ocho décadas de historiografía zapatista, pues ni con el *rescate* de su figura han cesado los descalificativos hacia este personaje.

Ahora bien, toca el turno de presentar las consideraciones finales a las que hemos llegado, que son más bien propuestas a seguir para un trabajo posterior.

Comencemos por tratar de caracterizar la trayectoria de nuestro personaje dentro del movimiento zapatista. De acuerdo con lo expuesto en este trabajo, podemos distinguir tres fases más o menos claras en el desenvolvimiento del general Manuel Palafox: 1) De 1911 a 1914, años en los que comienza a mostrarse como un eficiente administrador, pero sin mucha relevancia en la esfera política zapatista; 2) De 1914 a 1916, momento cúspide de su carrera como consejero de Zapata, con gran presencia en la dirección del Cuartel General, en la que mantiene un contacto estrecho con los pueblos mediante las reformas agrarias que impulsó; y 3) De 1916 a 1919, años de su decadencia, en los que

sostiene crecientes conflictos dentro del cuartel, su figura se desprestigia ante las comunidades y desconoce la autoridad de Zapata.

Aunque la mayoría de los autores ha privilegiado el análisis de Palafox, y en general de los “intelectuales” zapatistas, en la etapa convencionista (1914-1916), me parece que existen cuestiones fundamentales para el estudio de nuestro personaje durante sus primeros años en las filas zapatistas. Es cierto que hasta antes de su ingreso al zapatismo es muy poco lo que sabemos de Palafox. Conocemos, y no con la precisión deseable, algunos datos sobre su nacimiento, su preparación profesional y algunos de los trabajos que desempeñó. Pero si bien es lamentable la escasez de los datos, algo se puede rescatar de los disponibles.

Un aspecto que se debe recalcar, por ejemplo, es su trabajo en actividades administrativas en la hacienda de Tenango. La utilidad que Zapata vio en Palafox, y por la cual decidió tenerlo a su servicio en lugar de fusilarlo, no sólo radicaba en que supiera leer y escribir, como se ha sugerido. Su labor en las haciendas pudo situarlo en contacto directo con diversos sectores sociales del campo morelense y, a su vez, le permitió conocer las condiciones socioeconómicas de los mismos. El hecho no es menor, si tomamos en cuenta que Palafox fue uno de los autores de la importante reforma agraria de 1916, misma que sometía a la conveniencia de los pueblos la posesión y administración de sus tierras. De manera que la inspiración de la ley, y con esto doy la razón a quienes niegan su autoría a un solo hombre, surge netamente de la realidad de las comunidades, esa que no era del todo desconocida para Manuel Palafox.

Por otro lado, podemos suponer que esas mismas actividades administrativas (e incluso en el comercio), aunadas a su formación de ingeniero,

dotaron a Palafox de habilidades en la planeación, la organización, la dirección y el control; todas ellas labores básicas en la administración, y precisamente, todas ellas labores en donde destacó la figura de nuestro personaje dentro del movimiento zapatista.

Se debe también enfatizar en el móvil de su ingreso al zapatismo. Por lo que sabemos es el único de los “intelectuales” zapatistas que no se adhirió por voluntad propia o por convicciones al movimiento, sino que lo hizo en calidad de prisionero. Esto puede ayudar a comprender la reticencia hacia su persona por parte de las comunidades, aparte de su condición de “fuereño”. Igualmente, puede explicar porqué las principales acusaciones en su contra, más vehementes cuando se toma en cuenta su desertión, se refieren a su falta de “convicciones” o a que velaba sólo por sus propios intereses.

Otro aspecto puede englobar la importancia del estudio del personaje en esta primera etapa. A diferencia del resto de “intelectuales” zapatistas, Manuel Palafox estuvo presente -como Womack lo ha observado- cuando la organización del movimiento aún era incipiente. Palafox colaboró dentro de la dirigencia del zapatismo -y no sólo como simpatizante o promotor, como es el caso de Gildardo Magaña- en esos difíciles primeros años. Desde esta posición, según veo, pudo adquirir una vinculación más estrecha con la dinámica interna del movimiento. Quizás por ese amplio conocimiento que tenía sobre la estructuración del mismo, se debió que Zapata le haya confiado decisiones importantes durante algunos años. Creo que es allí en donde el estudio de Palafox en sí no sólo puede resultar atractivo, sino que puede volverse, a la vez, una herramienta para una mejor comprensión de la complejidad estructural del zapatismo.

En cuanto a la segunda etapa de nuestro personaje, la cuestión central para analizarlo es su controvertida actuación en los encuentros y negociaciones con miembros de otras facciones, tanto antes como durante la instauración del gobierno convencionista. Se puede argumentar, como se ha hecho, que al ser el representante del “ala radical” del zapatismo, su comportamiento obedecía a la radicalidad misma del campesinado, es decir, el momento más elevado del impulso revolucionario del zapatismo; de ahí la reticencia para negociar una revolución que se creía ganada (Gilly, Knight). Pero también se puede asegurar, como se ha hecho, que su actitud respondía sólo a su intransigencia y sus intereses personales (Ulloa, Brunk). Algo puede haber de ambas suposiciones, pero más allá de culpas y sentencias, lo interesante es lo que nos puede revelar el análisis del comportamiento de Palafox. Tal vez al cotejar el sentir de las comunidades (por medio de sus demandas, necesidades y sugerencias al cuartel general) y el accionar de Palafox, podamos calibrar el potencial político que iban adquiriendo (o perdiendo, en su defecto) las propias comunidades; así como la manera en que la fuerza adquirida en las bases era vista por la dirigencia zapatista y la forma en que trató de capitalizarla.

Otro aspecto que se debe remarcar, y con esto nos remitimos a lo dicho sobre la primera fase de nuestro personaje, es que su experiencia previa la adquirió en el campo laboral (en las haciendas y el comercio), y no tanto en el político-intelectual. De igual manera, su capacidad como dirigente zapatista (que no de líder), la adquirió dentro del Cuartel General, lugar desde el cual -por lo menos durante los primeros años de la revolución, como apuntan Olivera, Espejel y Rueda- se tomaron acciones en cuanto a la realidad inmediata del campesinado

morelense. Lejos estuvo de destacar en labores propagandísticas, políticas, mediadoras o negociadoras. Es decir, Palafox fue un hombre práctico: a mi juicio, no fue un político a la manera de Magaña ni un “ideólogo” a la manera de Díaz Soto y Gama.

Es posible que por esto se vea en su actuación en encuentros con otras facciones, no su intransigencia personal, sino el impulso de la propia revolución zapatista. Asimismo, esa falta de formación política lo hacía un hombre impulsivo para conducirse, por ejemplo, como miembro del gabinete de la Convención. Ese mismo arrojo ya lo había evidenciado ante Luis Cabrera, un político mejor preparado que él. Por eso es que -como ya se ha señalado- las capacidades de Palafox cobraban valor en el ámbito que él conocía, el Cuartel General; y no en el escenario nacional, con el que poco tenía que ver. Ejemplo de ello, como ya se ha dicho, es que la reforma agraria que impulsó secretario de agricultura, su empresa más importante, la realizó gracias al conocimiento que le había brindado el contacto con la realidad morelense.

La última etapa de Palafox está marcada indudablemente por su decadencia y deserción final. El contexto de esos años ha sido detallado por varios autores: las devastadoras ofensivas carrancistas, a cargo del general Pablo González; la acentuación de conflictos entre las comunidades, la franca hostilidad de éstas contra jefes militares, las rivalidades entre estos mismos; la preferencia de Zapata por la negociación, con Magaña como paladín; las defecciones, los fusilamientos.

En estas condiciones no aparece como un caso excepcional la deserción de Palafox. Sin embargo su acción estuvo signada por otros eventos. Se le acusó

de ser cómplice en el juicio y fusilamiento de Montaño, se le culpó de los fracasos en las negociaciones con otras facciones revolucionarias, aumentaron las quejas sobre su comportamiento y Zapata lo relegó de las decisiones importantes. Aunado a estos antecedentes, la forma en la que salió del movimiento aumentó la aversión hacia su persona: desconoció y lanzó fuertes acusaciones contra Zapata, se proclamó autor del Plan de Ayala y ofreció sus servicios -con favores de por medio- a las filas carrancistas.

Ante el panorama anterior cabe preguntarse: ¿El declive de Palafox es producto de la decadencia del zapatismo? La primera respuesta puede ser afirmativa, con la indicación de que mientras Palafox optó por desertar, el movimiento continuó en pie de lucha. Es evidente que un proceso revolucionario va más allá de uno de los individuos que lo conforman (incluso, el zapatismo persiste después de la muerte de Zapata). Ahora bien, si tomamos en cuenta el contexto de su deserción y la forma en que la llevó a cabo, resulta claro que Palafox dejó de ser útil para el movimiento como lo había sido en años anteriores y que éste a su vez ya no cubría las expectativas -o si se prefiere, ambiciones personales- de Palafox. Habían quedado atrás los tiempos en los que el control de los hombres y los territorios por parte del Cuartel General eran menos complicados (aunque nunca fue una tarea fácil). Ese ambiente favorable en el que desplegó sus habilidades Palafox había terminado. Ahora, al recrudecerse la lucha, las funciones y la autoridad de Palafox no eran las mismas (el propio Zapata tuvo que esforzarse durante toda la revolución por mantener su liderazgo y autoridad ante sus seguidores). De manera que son más factores que la simple incapacidad de Palafox los que explican su desplazamiento.

Por otra parte, si se pone énfasis en su deserción debe hacerse lo mismo sobre las motivaciones de su ingreso. La falta de convicción a su incorporación al movimiento pudo ser sustituida por la inmediatez e importancia de las tareas que se le asignaron, lo que a su vez pudo incitar a que nuestro personaje se sintiera un elemento indispensable desde un principio. El movimiento nutrió a Palafox de un impulso revolucionario que estaba ausente en él, mientras que Palafox imprimió sus habilidades personales para capitalizar esa fuerza. En el momento en que terminó ese proceso, en el cual hubo una ruptura en el flujo revolucionario entre el movimiento y el individuo, se dio la deserción de Palafox. Así, no resulta incomprensible la acción ni su forma, pues más allá de su utilidad no había nada que atara a Palafox al movimiento. Desde este punto de vista, podemos aceptar la evaluación que hace Alan Knight acerca del papel de nuestro personaje en el zapatismo, al decir que: “*En todo* se advertía la mano de Palafox (en la ampliación del horizonte político, en la diplomacia, en la administración); *con todo*, no hizo más que desempeñar el papel que necesitaba el desarrollo constante y orgánico de la rebelión suriana.”¹

* * * * *

Como puede observarse en este trabajo los estudiosos del zapatismo parecen eludir el debate -que quizás podríamos llamar teórico- que representa el uso de la categoría de “intelectual”, tal vez por suponer de poco valor elucubraciones de este tipo o por no considerar dicha discusión como un elemento explicativo primordial para los fines de sus estudios. De ahí que, como se ha indicado, se

¹ Alan Knight, *La Revolución Mexicana* [1986], trad. de Luis Cortez Bargalló, t. II, México: Grijalbo, 1996, p. 615. Las cursivas son mías.

utilice indistintamente el término de ideólogo, secretario o consejero. Incluso, en estudios específicos sobre los intelectuales zapatistas es visible su desatención - con muy contadas excepciones- a los estudios de Cosío Villegas, Knight, Katz y Guerra (o quizá sea simple omisión de referencia), a pesar de que la mayoría de éstos aluden de manera concreta al caso zapatista. Tal vez el contraste más evidente ante este descuido sea el uso del término de “ideólogo”, pues mientras autores como Knight y Katz plantean la ausencia total de este tipo de personajes - auténticos intelectuales- prácticamente para toda la etapa armada de la Revolución Mexicana, los estudiosos zapatistas no tienen ningún problema para asignarle tal categoría a varios hombres dentro de la dirigencia del zapatismo.

No obstante, en términos generales, no hay grandes diferencias sobre los personajes zapatistas a quienes se les considera intelectuales (fuera del criterio de la “calidad orgánica”). Se incluye a hombres como Otilio Montaña (a quien, dentro de los cuadros principales del zapatismo, se le considera como el único intelectual “orgánico”), Paulino Martínez, Antonio Díaz Soto y Gama, Octavio Paz Solórzano, Gildardo Magaña y Manuel Palafox. Se ha señalado que la mayoría de estos hombres procedían de regiones ajenas a Morelos y que por tal motivo varios de ellos tuvieron dificultades para ganar -si es que lo lograban- la simpatía de las comunidades, que contaban con cierta formación profesional, tenían antecedentes en el activismo político y que se encargaron de labores para las cuales no eran propensos el común de las filas zapatistas. De este modo se han identificado las funciones más o menos específicas a las cuales se dedicaron cada uno de ellos (de mediación, propaganda, ideologización, actividades administrativas, e incluso, médicas). Y, finalmente, se ha desechado cualquier posibilidad de manipulación o

control del movimiento por su parte.²

El panorama se muestra bien dibujado, pero se pueden hacer algunas observaciones. Primero, me parece que el uso del concepto de “intelectual” es muy laxo en casi todos los casos. De ello es muestra la cantidad de matices que se hacen para tratar de definir al *grupo intelectual* del zapatismo o el recurrente uso de conceptos -a veces muy distintos entre sí- para sustituir el de “intelectual” (pienso, por ejemplo, en la tremenda diferencia entre un consejero y un ideólogo). Preferiría hablar en términos de *intermediarios*, ya sea en el campo diplomático, político o administrativo; independientemente de su procedencia, formación o profesión.³

Ahora, si bien es cierto que se han diferenciado las labores a las que se dedicaron estos personajes, ocurre que casi siempre se les mete en un mismo costal para analizarlos. Así, no parece haber diferencias entre la importancia de uno y otro, cuando sin duda alguna las hubo. Un ejemplo de ello lo muestra Brunk, quien al centrar sus funciones en el ámbito interfaccional y “diplomático” (aun admitiendo otras de sus funciones), disminuye la importancia de intelectuales cuya labor se centraba entre las propias comunidades zapatistas, como Otilio Montaña. De igual manera, se ha sugerido que su presencia o importancia, sólo es visible

² La hostilidad hacia ellos por parte de las comunidades y las acusaciones con respecto a sus ambiciones de poder por parte de los estudiosos, han sido adjudicadas en general a los intelectuales de los altos cuadros de la dirigencia (Palafox, Díaz Soto y Gama, Magaña). La excepción, se dice, fueron los estudiantes y agrónomos que colaboraron en la medición y repartimiento de tierras decretadas por la Ley Agraria de 1915. Lo que no se toma en cuenta es que estos hombres no intervinieron en la dirección del movimiento, mientras que aquellos sí. Es claro que las comunidades no podían tener una actitud similar frente a personas con funciones muy diferentes.

³ Este es un elemento que se puede rescatar, precisamente, de la propuesta de Antonio Gramsci, quien afirmaba que la relación del intelectual sólo es *mediata* en diversos grados con el tejido social. Gramsci, *Cuadernos... op. cit.*, p. 17.

una vez puesta en marcha la revolución a pesar de que hombres como Montañó y Palafox, sobre todo el primero, contribuyeron en los primeros intentos de dirección del movimiento.

Veamos otros ejemplos. Alguien como Magaña, quien pronto tuvo simpatía por el movimiento, tenía mayor contacto con la política de la capital del país que con la región morelense. Su participación aumentó en la medida que el zapatismo se posicionaba en el escenario nacional. El caso de Díaz Soto y Gama es también ejemplar. Su llegada al zapatismo sólo se concretó al cierre de la Casa del Obrero Mundial y, ahora sí, una vez bien echada andar la revolución zapatista. En sus labores propagandísticas y legislativas -tal vez las más similares a la “ideologización”- no sólo tuvo como prioridad al auditorio nacional (discurso “hacia afuera”), sino que la mayoría de sus ideas provenían del estudio del proletariado citadino y no de la realidad campesina. Es decir, no dispensó al campesinado de una ideología, pues éste ya poseía la propia, y en todo caso, difería en buena medida de la de él.⁴ La trascendencia de la labor de Octavio Paz Solórzano, bien a bien, sigue siendo una incógnita.⁵

⁴ Para el caso de Antonio Díaz Soto y Gama, con una postura distinta a la mía, pueden verse los trabajos de Gloria Villegas Moreno. La historiadora, por ejemplo, sostiene que la aportación ideológica de Díaz Soto y Gama lo hizo una pieza imprescindible para el movimiento zapatista. Gloria Villegas Moreno, “La Soberana Convención y los perfiles del discurso zapatista”, en Laura Espejel López, coord., *Estudios... op. cit.*, p.350. Por cierto, en otro de sus trabajos, la autora incluye al personaje en lo que define como “clase media intelectual”. Villegas admite como intelectuales a un grupo de individuos con cierta preparación, preocupados por los problemas del país y que propusieron alguna suerte de solución por diversos medios (materiales, institucionales, entre otros). Además, los observa como “fracciones de clase” con potencialidad para convertirse en “fuerzas sociales”, de acuerdo con la propuesta del marxista Nicos Poulantzas. Gloria Villegas Moreno, “La militancia de la ‘clase media intelectual’ en la Revolución Mexicana”, en Roderic A. Camp, Charles Hale, Josefina Zoraida Vázquez, eds., *Los intelectuales y el poder en México*, México: El Colegio de México, 1991, pp. 211-213.

⁵ Rico Moreno, *Poesía e historia...*, *op. cit.*, pp. 51-66.

¿A dónde nos lleva todo esto? Me parece que homogeneizar a estos hombres con formaciones, convicciones y funciones diferentes, trae como resultado una minimización de sus acciones personales y, a la par, una exageración en su importancia como *grupo intelectual*. Desde mi punto de vista, si se ha de medir la trascendencia de estos hombres en un movimiento como el zapatista (de una “liga armada de municipalidades del estado”, de “actores sociales de tipo antiguo”, o de “ligas clánicas”, según la interpretación que se prefiera), se debe hacer con respecto a sus labores, capacidades y logros individuales dentro de un movimiento social. Los *intermediarios*, considero, no formaron un grupo dirigente, ni mucho menos un “estado mayor político”, por eso mismo, por no ser un grupo, fueron incapaces de dar al movimiento la dirección que ellos creyeron conveniente y se mostraron débiles en el encuentro con delegados de otras facciones.

Surge por necesidad la pregunta, ¿eran entonces necesarios para el movimiento? No hay duda sobre la capacidad de liderazgo de Emiliano Zapata, pero es obvio que eso no le bastaba para dirigir un movimiento tan complejo. Podemos -y debemos- admitir la capacidad organizativa de las comunidades campesinas (demostrada por centurias), pero también debemos recalcar que estamos frente a un movimiento social de complejidad y dimensiones inéditas en la historia del campesinado morelense. Tal vez por eso era necesario el elemento *intermediario* o dirigente en diversas áreas de la organización, puesto que no se contaba con quien sustituir sus funciones. El análisis de este punto puede revelar importantes rasgos tanto de la capacidad receptiva de las comunidades, como de las estrategias de cada intermediario para adherirse al movimiento.

Ahora bien, hemos abordado el papel de los *intermediarios* dentro del zapatismo, pero ¿de qué manera la percepción de los autores sobre este fenómeno influye en su visión del zapatismo en general? Es cierto que se ha desechado la posibilidad de manipulación por parte de los *intermediarios* sobre el movimiento zapatista, pero aún persiste la suposición de que en buena medida el zapatismo no pudo ir más allá debido al fracaso de los *intermediarios* en sus labores (Brunk). Por otra parte, se ha arremetido contra este argumento al decir que sólo en los primeros años hubo una estrecha vinculación entre las comunidades zapatistas y los intelectuales, por lo que siguieron caminos distintos después de dichos años, cada quien viviendo su revolución, y de ahí precisamente la autenticidad de la experiencia de las comunidades zapatistas (Olivera, Espejel y Rueda). Finalmente, se ha propuesto que los *intermediarios* no fracasaron en la creación de un proyecto nacional y que tampoco hubo tal desvinculación, y que la derrota zapatista más bien estuvo marcada por el proceso revolucionario en general, de manera particular, por la derrota de la otra gran fuerza popular, el villismo (Ávila).

Lejos de plantear una alternativa a estas sugerencias, pues carezco del estudio especializado del movimiento, sólo quiero acentuar una constante en el análisis de los estudiosos.

El profundo carácter social de la revolución zapatista y la autenticidad del liderazgo popular de Emiliano Zapata, ha hecho tremendamente complejo a los investigadores definir con precisión la trascendencia de los *intermediarios* dentro del movimiento (hombres ajenos, casi por completo, a la sociedad que sustentó esa revolución). De tal manera, se puede apreciar la siguiente fórmula en sus

estudios: si se disminuye la importancia de los intelectuales (o su grado de intelectualidad), se incrementan, proporcionalmente, las capacidades organizativas del movimiento zapatista, y viceversa. Un camino de ida y vuelta.

Ante este panorama y de acuerdo con los objetivos que han guiado al presente trabajo, surge como cuestión elemental: ¿Qué pertinencia o relevancia puede tener el estudio de los intelectuales zapatistas, de manera particular Manuel Palafox? Creo que la investigación, primero que nada, no debe limitarse al carácter biográfico, aunque aspectos de este tipo son elementos explicativos de gran utilidad (como la formación sociocultural del personaje, su preparación laboral o profesional, sus tendencias políticas-ideológicas, entre otros). Sin embargo, creo que el marco histórico en el que se inserta al personaje obliga a variar el énfasis puesto en diferentes aspectos, eventos o etapas de su vida.

Un ejemplo de la dificultad de biografiar a un hombre que estuvo envuelto dentro de un movimiento social de las dimensiones del zapatismo, aunque con su debida gran distancia con respecto a Palafox, es el propio Emiliano Zapata. La obra de Womack continúa siendo la mayor referencia para el estudio de la revolución zapatista; pero además, y sin que haya sido su propósito, también continúa siendo el mejor retrato biográfico de Zapata, a pesar de intentos - anteriores y posteriores al tiempo de su publicación- que tenían por objetivo fundamental la figura del general sureño.

Otro problema para el caso de Palafox es el de las fuentes. Sabemos que en buena medida el historiador está supeditado a la disposición y a la calidad de las mismas, y ya se ha aludido a las dificultades existentes para el caso de Palafox.

Tomando en cuenta estas dos cuestiones (por un lado, el individuo y el proceso que lo envuelve, y por el otro, el problema de las fuentes), me parece que la pertinencia y relevancia de su estudio se encontraría en una investigación de su trayectoria dentro del zapatismo (1911-1918). Más aún, creo que sólo en la medida en que una investigación sobre Palafox (así como de otros *intermediarios* y jefes militares del zapatismo) responda o aliente el debate acerca de la capacidad del movimiento zapatista para la recepción y aprovechamiento de agentes -ya sea personajes o ideas- externos, los mecanismos que se echaron a andar para la configuración y estructuración del ejército zapatista, el proceso de retroalimentación entre la dirigencia y las bases del movimiento para la toma de decisiones y acciones, los conflictos internos en las filas zapatistas y las dificultades del accionar de la política zapatista a nivel nacional, se podrá asegurar que es una tarea de inaplazable realización. De ser posible lo anterior, en estos momentos es válido lamentarnos y exclamar -como lo ha hecho Womack en otra parte y con otro sentido- que “Palafox sigue siendo, indebidamente, un misterio.”

Fuentes consultadas

Arias Gómez, María Eugenia, *El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)*, México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1979, 345 p (Tesis de Licenciatura en Historia).

_____, "Algunos cuadros históricos sobre Emiliano Zapata y el Zapatismo. (1911-1940)", en Martha Rodríguez García, *et al.*, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*, México: INAH, 1980, pp. 181-280.

Ávila Espinosa, Felipe Arturo, "El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto de legislación estatal zapatista", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, año XVI, 1993, pp. 53-77.

_____, "La historiografía del zapatismo después de John Womack", en Laura Espejel López, coord., *Estudios sobre el zapatismo*, México: INAH, 2000, pp. 31-55.

_____, *Los orígenes históricos del zapatismo*, México: El Colegio de México/ Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, 332 p.

_____, "Tradición y modernidad en el zapatismo", en Erika Pani y Alicia Salmerón, coords., *Conceptualizar los que se ve: Francois Xavier-Guerra, historiador. Homenaje*, México: Instituto de Investigaciones Mora, 2004, pp. 350-393.

Brunk, Samuel, "Zapata and the city boys: in search of a piece of the revolution", en *Hispanic American Historical Review*, Duke University Press, vol. 73, #1, 1973, pp. 33-65.

_____, *Emiliano Zapata. Revolution and betrayal in Mexico*, Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995, 360 p.

Castro, Pedro, *Antonio Díaz Soto y Gama: genio y figura*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2002, 171 p.

Chevalier, Francois, "Un factor decisivo de la revolución agraria de México: 'El levantamiento de Zapata (1911-1919)'", en *Cuadernos Americanos*, México: Editorial Cultura, núm 6, año XIX, vol. CXIII, 1969, pp. 160-187.

Cosío Villegas, Daniel, *El intelectual mexicano y la política*, México: Joaquín Mortiz/Planeta/CNCA, 2002, 92 p.

- Crespo, Horacio, "Los pueblos de Morelos. La comunidad agraria, la desamortización liberal y una fuente para el estudio de la diferenciación campesina", en Laura Espejel López, coord., *Estudios sobre el zapatismo*, México: INAH, 2000, pp. 57-120.
- Díaz Soto y Gama, Antonio, *La revolución agraria del Sur y Emiliano Zapata su caudillo*, México: El Caballito, 1976, p. 293.
- Diccionario de política*, bajo la dirección de Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, trad. de Raúl Crisafio... [et al.], , México: Siglo XXI editores, 1982, vol. I.
- Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, México: INEHRM, 1990-1992, VIII vols.
- Dromundo, Baltasar, *Emiliano Zapata. Biografía*, México: Imprenta Mundial, 1934, 285 p.
- _____, *Vida de Emiliano Zapata*, México: Guaranía, 1961, 301 p.
- Espejel, Laura, "El Cuartel General: órgano rector de la revolución zapatista, 1914 y 1915", en Horacio Crespo, coord., *Morelos: Cinco siglos de Historia regional*, Cuernavaca, Morelos: CEHAM-UAEM, 1984, pp. 251-260.
- Espejel, Laura, Alicia Olivera y Salvador Rueda, "El programa político zapatista. 1911-1920", en *IV Jornadas de Occidente. Ideología y praxis en la Revolución Mexicana*, Michoacán: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, Lázaro Cárdenas, 1981, pp. 57-78.
- _____, *Emiliano Zapata. Antología*, México: INEHRM, 1988, 479 p.
- Fabela, Isidro y Josefina Fabela, eds., *Emiliano Zapata, el Plan de Ayala, y la política agraria*, México: Jus, 1970 (*Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, vol. XXI).
- Gilly, Adolfo *La revolución interrumpida. México 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, México: El Caballito, 12ª ed., 1979, 410 p.
- Gómez, Marte R., *Las comisiones agrarias del Sur*, México: Manuel Porrúa, 1961, 198 p.
- _____, *Vida política contemporánea: cartas de Marte R. Gómez*, selección de Emilio Alanís Patiño, México: FCE, 1978, t. II.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel: Los intelectuales y la organización de la cultura*, trad. Raúl Sciarreta, 2ª ed., México: Juan Pablos, 1997, 181 p.
- Guerra, Francois Xavier, "Teoría y método en el análisis de la Revolución mexicana", entrevista realizada por Carlos Martínez Assad y Carlos Antonio Aguirre Rojas, en

- Revista Mexicana de Sociología*, México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, año LI, núm. 2, marzo/abril, 1989, pp. 3-24.
- Katz, Friedrich, "Los intelectuales de la Revolución Mexicana", entrevista realizada por Salvador Camacho Sandoval, en *Nexos*, núm. 163, julio de 1991, pp. 5-8.
- Knight, Alan, "Los intelectuales en la Revolución Mexicana", en *Revista Mexicana de Sociología*, México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, año LI, núm. 2, marzo/abril, 1989, pp. 25-65.
- _____, *La Revolución Mexicana*, trad. Luis Cortez Bargalló, México: Grijalbo, 1996, t. II.
- List Arzubide, Germán, *Emiliano Zapata. Exaltación*, México: ¡Uníos!, 1998, 82 p.
- Lomnitz, Claudio, "La antropología de campo en Morelos, 1930-1983", en Horacio Crespo, coord., *Morelos: Cinco siglos de Historia regional*, Cuernavaca, Morelos: CEHAM-UAEM, 1984, pp. 395-418.
- López González, Valentín, *Los compañeros de Zapata*, Cuernavaca, Morelos: Gobierno del Estado Libre y Soberano de Morelos, 1980, 280 p.
- Mac Gregor, Josefina, "Del plano regional al internacional: Emiliano Zapata, la revolución agraria y las potencias mundiales", en Anne Staples, et al., *Diplomacia y revolución: homenaje a Berta Ulloa*, México: El Colegio de México, 2000, pp. 65-81.
- Magaña, Gildardo (con la colaboración y continuación de Carlos Pérez Guerrero), *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México: Comisión para la conmemoración del centenario del natalicio del general Emiliano Zapata, 1979, 5 vols.
- Matute, Álvaro, "La revolución recordada, inventada y rescatada", en *La revolución mexicana: actores, escenarios y acciones*, México: Océano/INEHRM, 1993, pp. 17-22.
- Mena, Mario, *Zapata*, 2ª ed, México: Jus, 1998, 171 p.
- Millon, Robert Paul, *Emiliano zapata: ideología de un campesino mexicano*, México: El Caballito, 1977, 166 p.
- Monsiváis, Carlos, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en *Historia general de México*, obra preparada por el Centro de Estudios Históricos, versión 2000, México: El Colegio de México, 2000, pp. 957-1076.
- Musacchio, Humberto, *Milenios de México*, México: Hoja Casa Editorial, 1999, 3 t.
- Palacios, Porfirio, *Emiliano Zapata. Datos biográficos-históricos*, México: Libro Mex, 1960, 323 p.

Paz Solórzano, Octavio, *Zapata*, México: EOSA, 1986, p. 196 p.

Pérez Montfort, Ricardo, *Guía del Archivo del general Jenaro Amezcua. 1909-1947*. México: Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1982, [sin paginado].

_____, "La Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur (unos zapatistas después de la muerte de Emiliano Zapata)", en Horacio Crespo, coord., *Morelos: Cinco siglos de Historia regional*, Cuernavaca, Morelos: CEHAM-UAEM, 1984, pp. 275-283.

Pineda Gómez, Francisco, *La irrupción zapatista de 1911*, México: Era, 1997, 247 p.

_____, *La revolución del Sur, 1912-1914*, México: Era, 2005, 636 p.

Rico Moreno, Javier, *Poesía e historia en El Laberinto de la soledad*, México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2006, 211 p. (Tesis de doctorado en Historia).

Rueda, Salvador, "Oposición y subversión: testimonios zapatistas", en *Historias*, México: Dirección de Estudios Históricos, INAH, # 3, 1983, pp. 3-32.

_____, "La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianeidad campesina en el área zapatista", en Horacio Crespo, coord., *Morelos: Cinco siglos de Historia regional*, Cuernavaca, Morelos: CEHAM-UAEM, 1984, pp. 225-249.

_____, y Jane Dale Lloyd, "El discurso legal campesino y el orden político revolucionario. El caso zapatista", en *Historias*, México, Dirección de Estudios Históricos, INAH, # 8-9, 1985, pp. 51-67.

Sala, Antenor, *Emiliano Zapata y el problema agrario en la República Mexicana. El sistema Sala y el Plan de Ayala. Correspondencia sostenida con el jefe suriano y su secretario Manuel Palafox*, México: Imprenta Franco-Mexicana, 1919, 93 p.

Salazar Pérez, Juan, *General Otilio Montaño. Biografía*, Cuernavaca, Morelos: Cuadernos Morelenses, 1982, 57 p.

Sotelo Inclán, Jesús, *Raíz y Razón de Zapata*, México: CNCA, 1991, 244 p.

Tannenbaum, Frank, *La paz por la revolución*, ed. facsimilar, México: INEHRM, 2003, 343 p.

Taracena, Alfonso, *La tragedia zapatista*, México: Bolívar, 1931, 92 p.

_____, *Zapata. Fantasía y realidad*, México: B. Costa-Amic, 1970, 117 p.

Ulloa, Berta, *La revolución escindida*, México: El Colegio de México, 1979, 178 p (*Historia de la Revolución Mexicana*, periodo 1914-1917, núm. 4).

_____, *La encrucijada de 1915*, México: El Colegio de México, 1979, 267 p (*Historia de la Revolución Mexicana*, periodo 1914-1917, núm. 5).

- Vargas Sánchez, Juan de Dios, "El papel de Emiliano Zapara y el movimiento zapatista en la revolución mexicana, una interpretación marxista", en Martha Rodríguez García, *et al.*, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*, México: INAH, 1980, pp. 283-326.
- Villegas Moreno, Gloria, "La militancia de la 'clase media intelectual' en la Revolución Mexicana", en Roderic A. Camp, Charles Hale, Josefina Zoraida Vázquez, eds., *Los intelectuales y el poder en México*, México: El Colegio de México, 1991, pp. 211-233.
- _____, "La Soberana Convención y los perfiles del discurso zapatista", en Laura Espejel López, coord., *Estudios sobre el zapatismo*, México: INAH, 2000, pp. 341-360.
- Warman, Arturo, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México: CIESAS, 1976, 351 p.
- _____, "El proyecto político del zapatismo", en Friedrich Katz (comp.) *Reuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, trad. Paloma Villegas, 2ª ed, México: Era, 2004, pp. 291-305.
- Weber, Max, *El político y el científico*, trad. Martha Johannsen Rojas, 6ª ed, México: Colofón, 2004, 121 p.
- Womack Jr, John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad. de Francisco González Aramburu, vigésimosexta edición, México: Siglo XXI editores, 2004, 443 p.
- _____, "La revolución mexicana, 1910-1920", en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, trad. de Antonio Acosta, t. 9, Barcelona: Crítica, 1986, pp. 78-145.
- _____, "Los estudios del zapatismo: lo que se ha hecho y lo que hay que hacer", en Laura Espejel López, coord., *Estudios sobre el zapatismo*, México: INAH, 2000, pp. 23-30.